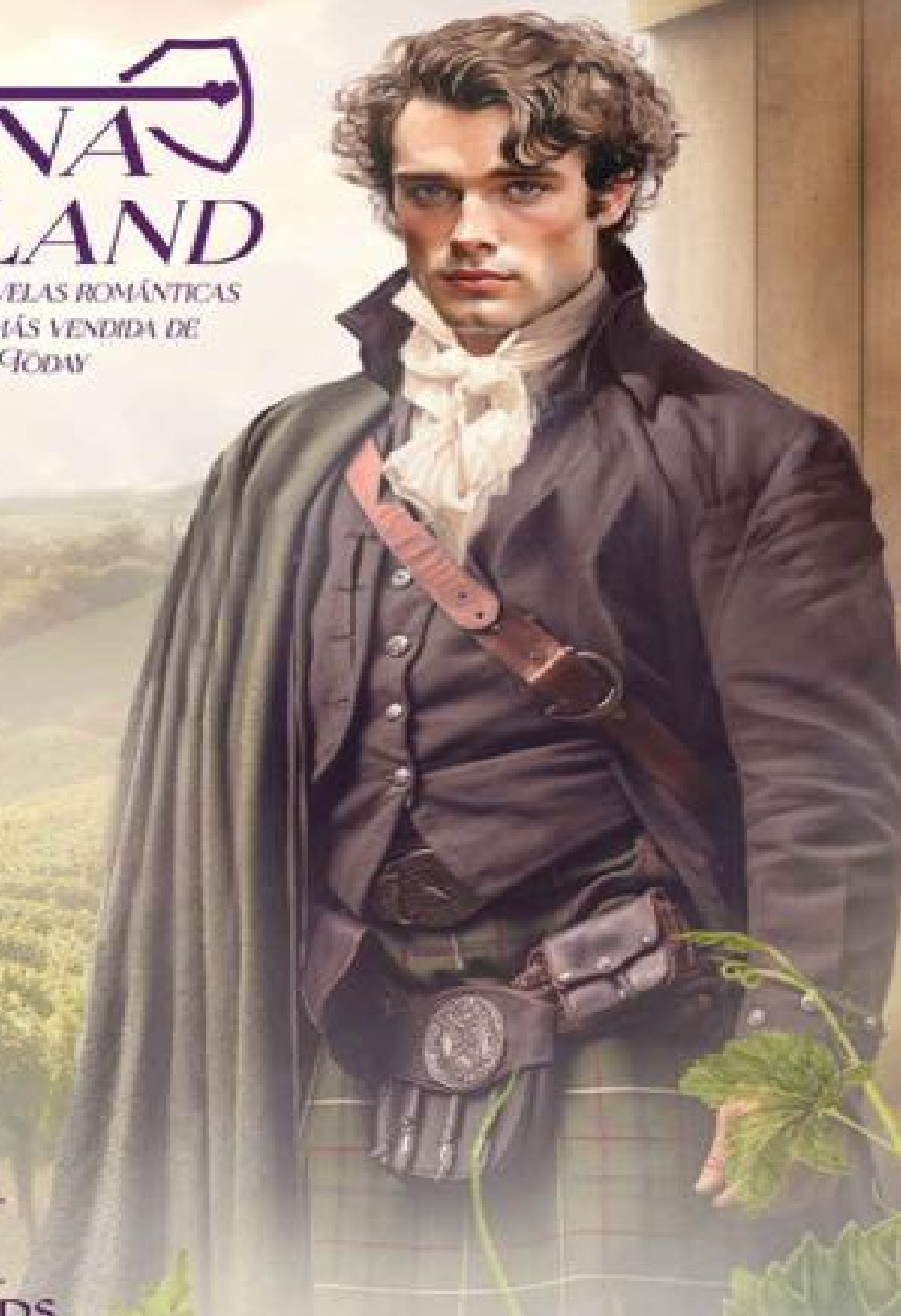


ANNA
MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS
DE REGENCIA MÁS VENDIDA DE
USA TODAY



WISKY
DE LAS HIGHLANDS



PAYTON Y LA APASIONADA PARTISANA

Payton y la apasionada partisana

ANNA MARKLAND

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[Copyright](#)

[Más de Anna Markland](#)

[Encima de un barril](#)

[De compras](#)

[Catriona](#)

[Los voluntarios](#)

[Un Estrecho áspero](#)

[Los partisanos](#)

[John Smith](#)

[Sin descanso](#)

[Un coqueteo](#)

[Un trío improbable](#)

[¿Qué hay en un nombre?](#)

[Mientras tanto, en Escocia](#)

[La atracción](#)

[Una emboscada](#)

[La bodega](#)

[Adiós Cat](#)

[La niebla](#)

[Trabajo duro](#)

[¡Viva Cádiz!](#)

[Royal Navy al rescate](#)

[Las mujeres son volubles](#)

[Mi amor](#)

[Por lo mejor](#)

[Cambio de plan](#)

[¡Qué rollo!](#)

[Las dudas se van arrastrando](#)

[Una reunión](#)

[Alba recorre la destilería](#)

[La carta](#)

[Un enfrentamiento en los muelles](#)

[Las soluciones](#)

[Las botellas](#)

[Los camaradas](#)

[The White Horse](#)

[Perdida](#)

[La chabola](#)

[El rescate](#)

[Cada uno en lo suyo](#)

[La reunión](#)

[Los preparativos para el gran día](#)

[La gran revelación](#)

[Los rituales](#)

[Los gritos de alegría](#)

[Los diferentes caminos](#)

[Notas históricas](#)

Dedicatoria

Dedicado a la gente de España.

“Si la penicilina puede curar a los enfermos,
el jerez español puede resucitar a los muertos.”

~Sir Alejandro Fleming.

“Siempre habrá tiempo suficiente para morir. Un hombre que se está ahogando instintivamente se aferrará a una pajita. Es la ley natural del mundo moral que una nación, que se encuentra al borde de un abismo, intentará salvarse por cualquier medio.”

~Carl Von Clausewitz.

Copyright

Payton y la apasionada partisana de Anna Markland.

Libro dos de la serie Los reyes del wiski de las Highlands.

Publicada originalmente en inglés como: *Payton and the Passionate Partisan.*

© 2024 Anna Markland.

Reservados todos los derechos. Este libro tiene licencia para su disfrute personal únicamente. No podrá revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta autora. Este libro o partes del mismo no pueden reproducirse de ninguna forma, almacenarse en ningún sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo) sin el permiso previo por escrito de la editora, excepto por lo dispuesto en las leyes de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares, es una coincidencia, totalmente.

Diseño de la portada: Dar Albert.

Más de Anna Markland

Anna es una autora de bestsellers en USA Today ha escrito de más de sesenta novelas históricas medievales, vikingas, montañesas, isabelinas y de la Regencia, galardonadas y muy queridas. No importa el entorno histórico o geográfico, muchas de sus series relatan las aventuras de generaciones sucesivas de una familia, con énfasis en la importancia de la ascendencia y el honor.

Puedes encontrar una lista detallada con enlaces en:

<https://www.annamarkland.com/>

Ella es una autora independiente, por lo que hacer correr la voz sobre su libro es vital para su éxito. Si disfrutas de este libro, favor considera escribir una reseña. Las reseñas ayudan a otros lectores a encontrar historias para disfrutarlas.

Encima de un barril

Payton King acarició la oreja de su prometida.

—En pocas palabras, señorita Foxworthy —susurró—. Los franceses nos tienen encima de un barril.

Frunciendo el ceño, ella se apartó.

Quizás él sabía que Jasmine no entendería este juego de palabras. Por otra parte, cuando intentó hacer esta broma, ese mismo día, en las oficinas de la compañía naviera del duque de Withenshawe, ninguno de los empleados del duque se dio cuenta.

—Barril, ya ves —explicó—. No podemos recuperar nuestros barriles de España porque Bonaparte está sitiando Cádiz.

—¿Cádiz?

Ocasionalmente, él se preguntaba, si ella alguna vez escuchaba sus palabras.

—Es un puerto. El más cercano a la destilería de jerez español, donde enviamos nuestras duelas.

—Háblame de eso otra vez —dijo ella.

El primo de Payton, Kenneth, duque de Ramsay, le había hablado de un truco que utilizaba a menudo para evitar reaccionar negativamente, ante la torpeza de otra persona. Payton lo había encontrado bastante útil, especialmente cuando trataba con Jasmine. Ella siempre parecía tener la mente en otra parte, cuando él hablaba de la destilería de su familia en las Highlands de Escocia. Entonces, contó hasta diez antes de responder.

—Desde cinco años, fabricamos duelas de barril, utilizando un método antiguo heredado de los vikingos.

—Hace cinco años —corrigió ella, estremeciéndose, como solía hacer, cuando él mencionaba a los vikingos. Ella se había negado a creer su afirmación que muchos montañeses, incluyéndolo a él mismo, eran descendientes de los nórdicos—. ¿Cómo puede ser eso cierto, tonto? —replicó—. No hablas noruego ni danés.

Él ya debería estar acostumbrado a que le corrigieran la gramática, así que volvió a contar hasta diez y reanudó su explicación.

—Enviamos las duelas a España, donde las convirtieron en barriles para almacenar jerez.

—Entonces, ¿por qué los quieres recuperar, si están llenos de jerez? Tu destilería no produce jerez, ¿cierto?

Sentado en un rincón lejano de la biblioteca de Ramsay House, Niven resopló. Supuestamente inmerso en un libro, el hermano menor de King había guardado silencio hasta el momento y Payton admiraba su moderación.

—No... Destilamos el mejor wiski de malta del mundo —respondió, dándose cuenta que contar hasta diez no calmaba su impaciencia—. Las barricas estarán vacías, cuando las recuperemos, pero el jerez habrá impregnado la madera, y...

—Supongo que esa es la razón por la que el príncipe regente te concedió una orden real —dijo ella—. Quiero decir, permiso para hacer un wiski, que te guste.

Quizás a veces ella lo escuchaba, pero a él le preocupaba llevarla a Escocia, cuando se casaran. No le iría bien allí, si ella insistiera en que la familia hablara el inglés del rey y no el inglés de los reyes. Había considerado compartir ese ingenioso juego de palabras con ella, pero a esta mujer no le agradaba ningún indicio de crítica. Ella le había dado algunas pistas,

manifestando que quería quedarse en Inglaterra, pero esa no era una opción para él.

Él se sintió aliviado cuando la hermana de Kenneth entró en la biblioteca. Alguna vez pensó que Daisy y él podrían intentarlo, pero algunas personas dicen que casarse con un primo no es una buena idea y de todos modos, Daisy no era su tipo, siendo demasiado hosca e impredecible. Una vez ella lo había engañado, y luego lo había abandonado sin una buena razón.

—¿Lista? —le preguntó Daisy a Jasmine.

Las dos damas nunca habían sido amigas, por lo que fue amable por parte de Daisy tomar a Jasmine bajo su protección. Incluso ella planificó visitar las tiendas de Bond Street, en una tarde.

—Tienes más paciencia que yo —comentó Niven con un suspiro, después que las mujeres se fueron.

—¿Que yo? —Señaló—. ¡Qué horror! Me estoy volviendo tan malo como ella.

—Pero amas a esa muchacha.

—Sí. Ya no hay nada que hacer al respecto.

Un año atrás, en el primer momento de su relación, él quedó enamorado y le propuso matrimonio.

—¿Recuerdas cómo solíamos hacer todo lo que estaba en nuestro poder para evitar la soga del párroco, cuando éramos muchachos? —preguntó Niven—. Ahora, Tavish está felizmente casado con Piper y vive en las Highlands, haciendo lo que ama.

—Sí, y ella ha dado a luz a un pequeño bebé.

—Supongo que ver la felicidad de nuestro hermano mayor, cuando se casó con Piper, afectó mi juicio —comentó Payton, sintiendo de repente cierta nostalgia—. Pensé que había encontrado a mi alma gemela. Sería deshonesto renegar eso ahora y, en cualquier caso, amo a Jasmine, a pesar que tiende a ser una tonta.

—Bueno, cuando te casas, siempre puedes encontrar consuelo en sus tentadores atributos físicos —sugirió Niven.

Payton nunca lo admitiría, pero los magníficos pechos de Jasmine eran la razón principal de su enamoramiento original. Vivía con la esperanza que, algún día, ella le permitiera...

—Vamos a dar un paseo por Hyde Park —declaró, cuando su virilidad se agitó—. Podemos aclarar nuestras mentes y reflexionar sobre el problema de los barriles.

* * *

Niven podría haberse burlado de su hermano. Sabía muy bien por qué Payton quería tomar un poco de aire fresco y refrescarse. Sin embargo, estaba preocupado. Cuando el hermano mayor, Tavish, conoció a Piper Graham, cualquiera que tuviera ojos tenía claro que estaban hechos el uno para el otro. Jasmine y Payton habían perdido esa chispa, y Niven temía que la atracción original pudiera haber sido puramente física. Payton tendía a perder su capacidad de pensar racionalmente frente a un par de globos terráqueos tentadores.

Jasmine realmente era una tonta, aunque Niven, a veces, sospechaba que ella no mostraba ningún interés en el negocio familiar, y esto era a propósito. Su altiva indiferencia podría llevar a cualquier persona a creer que ella pertenecía a una familia aristocrática rica. Aunque esto no era tan cierto. A pesar que su padre provenía de la nobleza, él había perdido la mayor parte de su dinero en apuestas.

Después de su boda, Tavish y su mujer regresaron a Glengéarr. Payton y Niven se quedaron en Inglaterra para supervisar los planes de recibir los cargamentos de wiski *Uachdaran*, que venían por mar, desde Dundee a Londres, y asegurar espacios en el almacén para guardarlos. Sin embargo, el plan siempre fue regresar a Escocia. Al menos, Niven esperaba que ese siguiera

siendo el plan. No tenía mucha confianza en que Jasmine se acercara a las Highlands, pero sospechaba que Payton extrañaba su hogar tanto como él.

Por casualidad, Niven descubrió que Payton se había ofrecido como voluntario para navegar a España, si no había otra forma de recuperar los barriles. El nudo en su estómago se apretó, cuando pensó en su hermano, saliendo para España, un país devastado por la guerra. Fue doloroso que Payton no hubiera confiado en él ni le hubiera pedido su opinión sobre la idea.

Uachdaran es un fino whisky de malta sin el toque añadido de sabor que proporcionarían las barricas de jerez. Los tres hermanos siempre habían sido unidos, incluso formaron un equipo contra sus padres abusivos. Tavish se sentiría decepcionado, si su creación no se hiciera realidad, pero tal vez nunca se recuperaría, si Payton perdiera la vida, en un intento de recuperar los barriles.

* * *

A Jasmine le gustaba viajar en el carruaje bien amortiguado de los Hawkins, aunque eso significaba tener que soportar charlas sin sentido con Daisy, una mujer que nunca le había gustado.

Al menos el whisky no era un tema de conversación. Jasmine deseaba poder mostrar más entusiasmo, ante la pasión de Payton por esa bebida. Sin embargo, en realidad, ¿qué tenía de maravilloso este brebaje de sabor repugnante?

—¿Estás deseando ir a vivir en las Highlands? —preguntó Daisy de repente.

Jasmine tendría que andar con cuidado. Su compañera de viaje y Payton eran primos, y no confiaba en ella.

—¡Oh, sí! —mintió—. No puedo esperar a ver la destilería con mis propios ojos.

Ciertamente, la perspectiva de vivir en un pueblo lleno de gente, cuyas vidas giraban en torno al whisky, la llenaba de pavor. Incluso la idea de vivir en un pequeño pueblo le revolvía el estómago. Tendría que convencer a Payton para que se quedaran en Londres, después de la boda.

De compras

Jasmine siempre se sintió incómoda con Daisy Hawkins, y esto no se debía a que ella era hermana del duque de Ramsay. Este repentino interés por las expediciones de compras contrastaba marcadamente con la aversión mutua, que habían sentido desde la infancia. Daisy estaba muy consciente que los Foxworthy estaban al borde de la ruina financiera, probablemente esa fue la razón por la que había sugerido ir de compras, a la calle más cara de Londres.

No había duda que Daisy había juntado deliberadamente a Jasmine y Payton King. ¿Se arrepintió ahora? Si su estrategia era abrir una brecha entre ellos, sería mejor que lo pensara de nuevo. Un montañés que destilaba wiski podría no ser el tipo de marido, que Jasmine habría imaginado para ella, sin embargo, la autorización real del príncipe regente, aparentemente tenía el potencial de convertir a los hermanos King en hombres muy ricos. Y Payton, de hombros anchos y musculosos, era agradable a la vista.

—Realmente, no necesito otro par de guantes —se quejó Daisy, después de pasar media hora examinando los productos, en una mercería—. Pero, ¡estos son tan encantadores!

Desde que Kenneth Hawkins, duque de Ramsay, había regresado de Escocia, unos meses atrás, no hubo entretenimiento ni visitas en Ramsay House. Su hermana, Daisy, a menudo se jactaba que a él no le gustaba montar a caballo, por lo que era poco probable, que tuviera ocasión de ponerse los extravagantes guantes de cabritilla color burdeos, que estaban en exhibición.

Posiblemente, Kenneth echaba de menos a su madre, que había decidido quedarse en Escocia. Seguramente, esa era la razón de su comportamiento taciturno y su estilo de vida ermitaño. Incluso ya no era el tipo jovial que solía ser. Quizás Daisy tuviera una explicación para esto.

—¿Tu hermano se siente mejor? —preguntó ella.

—No está enfermo —respondió Daisy—. No es que sea asunto tuyo.

Hasta ese momento no se reflejó el rencor habitual, por lo que Jasmine supuso que el mal humor de Kenneth era un tema delicado.

—Supongo que él extraña a su madre.

—Ambos lo hacemos. —Daisy entrecerró los ojos.

—Tengo entendido que ella se volvió a casar... Con un escocés.

Los guantes color burdeos fueron arrojados a un lado y Daisy salió corriendo de la tienda. Claramente, el segundo matrimonio de la duquesa viuda era otro tema que Daisy no quería discutir.

* * *

Daisy estaba decidida a mantener la compostura con Jasmine. Nunca habían sido amigas. Le había arrojado a Payton King, creyendo que ambos eran buscadores de oro. Un pariente anciano y malhumorado acompañó a los hermanos King, cuando llegaron por primera vez a Londres. El tío Gregor soltó que los King habían venido a Londres, en busca de novias ricas. Los Foxworthy estaban en una situación financiera desesperada y era de conocimiento común, que ellos esperaban casar a su hija con un noble rico.

Daisy había planeado que Payton y Jasmine se enamoraran, y luego romperles el corazón, cuando cada uno descubriera los motivos del otro. Lo había hecho porque se creía enamorada de

Payton, y él de ella.

Desde entonces, ella se había dado cuenta que su falda escocesa y esas poderosas piernas eran lo que la fascinaban. Sin embargo, resultó que Payton y Jasmine planeaban casarse. Daisy apostaría a que la madre de Jasmine haría todo lo posible para socavar esa posibilidad. Más aún, no podía imaginarse a Jasmine, adaptándose a la naturaleza salvaje de Escocia. Tampoco entendió lo que Payton vio en la muchacha tonta. Era dudoso que Jasmine se rebajara a trabajar en la destilería de los King, a diferencia de Piper, la mujer de Tavish.

Daisy y su hermano recibían regularmente largas cartas de su madre. Las mismas describían su nueva vida en Glengeárr, y cómo a ella le impresionaban los incondicionales esfuerzos de Piper por adaptarse a su nuevo entorno. Siempre incluía una invitación para que Daisy y Kenneth la visitaran, y noticias sobre alguien llamada Cat. Fue sorprendente que quedara tinta en el papel después de que Kenneth leyera las cartas, una y otra vez, pero Daisy no tenía ningún interés en viajar a Escocia, y ciertamente no le importaba una mujer con un sobrenombre tan ridículo como Cat.

¿Y por qué Jasmine preguntaba por Kenneth? Si tan solo Daisy entendiera la razón completa por la que su hermano se había encerrado en sí mismo. Sospechaba que había conocido a alguien en Escocia, alguien de quien no quería hablar. Él nunca dejó de elogiar a su nuevo padrastro, por lo que supuso que Jock Graham no era el problema.

Ya era hora que Daisy lograra la atención de su hermano, esperando que él arreglara el matrimonio de ella misma. Si Jasmine Foxworthy pudiera llevar a otro hombre al altar...

* * *

Agotada por la expedición de compras, en esa tarde, y el inútil esfuerzo por complacer a Daisy, Jasmine esperaba retirarse a su dormitorio, antes que nadie supiera que estaba en casa. Resultó ser una esperanza desesperada.

—¿Tu viaje de compras fue un éxito? —preguntó su madre, apareciendo en el vestíbulo, antes que Bates cerrara la puerta principal.

—Sabes que no tengo los fondos para comprar nada —respondió Jasmine—. Estoy segura que Lady Daisy Hawkins lo sabe. Por eso me invitó a ir de compras, a la calle más cara de Londres.

—Realmente, debes aprender a ser amiga de esa muchacha —replicó su madre—. Es la mejor manera de agradar a su hermano.

—Mamá, ya te dije que no estoy interesada en el duque de Ramsay. Tengo un novio.

—¡Un escocés sin un centavo! —exclamó Lady Foxworthy—. ¡Puedes hacerlo mucho mejor!

—Payton no está sin un centavo. Su destilería genera dinero y dice que su wiski producirá mucho más, ahora que tiene la orden real del príncipe regente...

—¡Wiski! La sola idea que mi hija se case con un hombre que elabora una bebida de sabor vil...

—Por favor, discúlpame, mamá. Deseo acostarme, antes de cenar.

Subió las escaleras, antes que su madre pudiera objetarla, y suspiró aliviada al entrar en su habitación.

Se desató las pequeñas botas, quitándoselas y acostándose en la cama, completamente vestida. La doncella había sido enviada a hacer las maletas hacía dos años, por lo que no intentó quitarse el vestido de día. Las deudas de juego de su padre tenían prioridad sobre los salarios.

Las cortinas de terciopelo de su cama con dosel se habían vendido hacía mucho tiempo, por

lo que tenía una vista sin obstáculos de la pequeña habitación. Su mirada recorrió los muebles familiares. Las cortinas de cretona y la colcha a juego estaban descoloridas, las reproducciones baratas de obras maestras adornaban las paredes, y la parte superior del arcón de cedro estaba muy rayada. Aunque a ella le encantaba la acogedora habitación, donde había dormido desde pequeña.

Payton había hablado extensamente sobre su hogar en las Highlands. La casa de Glengeárr sonaba rústica y remota. Aunque Jasmine había vivido en Londres, toda su vida, una esposa esperaba hacerse cargo de la residencia de su marido, no obstante, Tavish y Piper vivían en la misma casa. Apenas conocía a Piper, y rezaba que ella fuera más amigable que Daisy.

Un futuro con Payton le prometía riqueza y prosperidad, sin embargo, la perspectiva de vivir en Escocia no la atraía. Ciertamente, ella no había considerado eso, cuando se enamoró de él por primera vez. Seguramente, ahora había llegado a comprender que no podía abandonar Londres.

Catriona

—No parece ser usted mismo hoy, Su Gracia —destacó Mainwaring.

El hombre de negocios de Kenneth estaba siendo educado. Hacía meses que el duque no era él mismo... No desde su regreso de Escocia. No le había confiado el motivo a su propia hermana, por lo que no estaba dispuesto a decirle a Mainwaring, que añoraba a una mujer. Al respecto, ese hombre pensaría que había perdido la cabeza.

No obstante, el comentario de Mainwaring fue una señal segura que había notado la falta de entusiasmo de Kenneth por sus responsabilidades. Había disfrutado muchísimo de sus deberes ducales... ¡Hasta que conoció a Cat!

La vida parecía no tener sentido sin ella. ¡Esto era ridículo! Apenas le había dicho más de una docena de palabras a la escocesa de cabello negro, pero ella permanecía en su alma. Su beso de despedida lo dijo todo. Estaba tan enamorada de él, como él de ella.

Obviamente, su madre había notado esa atracción. Cada carta estaba llena de noticias sobre Catriona. Sin embargo, ella era una muchacha nacida y criada en las Highlands, nieta de un carretero. Él se había sentido, como en casa en Glengéarr, pero nunca pudo mudarse a la remota cañada de donde procedían sus antepasados. Aunque había descubierto que él era más escocés de lo que jamás habría pensado que era, pero su deber estaba en Inglaterra.

Además, el pelo negro azabache y los ojos oscuros de Cat eran más propios de una gitana que de una duquesa.

—No —dijo en respuesta al comentario de Mainwaring, deseando no haber evocado los rasgos exóticos de Cat—. Escocia me quitó más de lo que esperaba.

—Por supuesto —asintió su empleado—. Y usted tiene la presión adicional de ayudar con la empresa *Uachdaran*, ahora que ha regresado.

Mainwaring no sabía que trabajar con Payton y Niven King para promover la destilería, en la que otro duque también había invertido, era el único ámbito en el que Su Gracia encontró satisfacción, debido a que esto le permitía mantener un vínculo con Cat, su madre y la gente de las Highlands, a quienes había dejado atrás.

* * *

Catriona Neish atizó el fuego de turba en la chimenea de su cabaña.

—Estoy agradecida con Piper King —le dijo a su abuelo—. Fue la influencia de la muchacha inglesa sobre su marido lo que me aseguró el empleo en la destilería *Uachdaran*.

—Sí... Eres la única muchacha a la que se le permite ayudar con el proceso de destilación, cuando se necesitan manos adicionales. —Sentado en su mecedora favorita y chupando su pipa, él aceptó ese planteamiento.

Girar la cebada para malta, a mano, era un trabajo duro, y Cat se sorprendió que Tavish le hubiera pedido ayuda para realizar esto. Aunque mantener el libro de contabilidad actualizado era su principal responsabilidad, también era satisfactorio observar que las ganancias aumentaban.

—El hecho que haya trabajado como carretero para la familia King, durante décadas, ayudó a calmar los ánimos de la fuerza laboral predominantemente masculina...

Un ataque de tos retrasó su conversación.

—Bueno, tu salario es importante, ahora que estoy demasiado débil para trabajar —jadeó.

Era cierto que él parecía haber envejecido rápidamente en los pocos meses transcurridos desde que los inversionistas ingleses vinieron a inspeccionar la destilería. Sería una vida solitaria, cuando él falleciera, una perspectiva en la que ella no quería pensar.

—No eres débil —replicó ella.

Él no respondió, pero Catriona sabía que depender de su salario hería su orgullo.

Las generosas inversiones de patrocinadores ricos, incluido Kenneth, y la concesión de una autorización real por parte del príncipe regente habían cambiado las vidas de todos, en la cañada. Incluso esos ingresos inesperados ya habían duplicado el tamaño del negocio. Más ingresos significaban más empleo para la población local. Aunque para Cat había surgido otro tipo de cambio. A pesar que solo habían pasado breves momentos juntos, no podía sacarse de su cabeza y de su corazón a Kenneth Hawkins, el duque de Ramsay.

Su abuelo seguía insistiendo para saber el motivo de su melancolía. ¿Cómo decirle que se había enamorado tontamente de un duque inglés?

No ayudó que viera a la madre de Kenneth, casi todos los días. La duquesa viuda y su nuevo marido eran sus vecinos. Ambos habían invertido en la destilería y disfrutaban yendo regularmente para ver cómo progresaban las cosas. Lady Maureen hablaba constantemente de Kenneth. Al parecer, pasó la mayor parte de su tiempo, planificando el envío y la comercialización del wiski *Uachdaran* con Payton y Niven King. Alguna vez, ella pensó que podría casarse con Payton, pero eso era poco probable ahora. No le importaba que él estuviera lejos, en Londres, y aparentemente estaba comprometido con alguien llamado Jasmine. Kenneth era el hombre que ella quería, pero que no podía tener.

* * *

—Daisy escribe que Kenneth todavía está abatido —le dijo Maureen, ex duquesa de Ramsay, a su marido.

Jock se rió entre dientes.

—Crees que está suspirando por Catriona.

—Por supuesto. Viste la forma en que la miraba, cuando estuvo aquí. Conozco a mi hijo y me di cuenta que se siente atraído por ella.

—Su abuelo me dijo que ella ha cambiado y siempre parece preocupada.

—Ella está enamorada de mi hijo.

—Tal vez solo esté preocupada por todas las nuevas responsabilidades, que le ha encomendado Tavish.

—¡No! Me di cuenta tan pronto como se conocieron, que había algo especial entre ellos. Están destinados a estar juntos.

Él la tomó en sus brazos.

—Justo como nosotros. Supe de inmediato que estábamos destinados el uno para el otro.

—Sí. Yo también lo sé, muchacho fuerte —bromeó, imitando su acento.

—Supongo que ninguno de los dos ve futuro en esa relación —dijo Jock con un suspiro. Maureen asintió.

—Probablemente, piensen que Kenneth no puede casarse con una plebeya. Se han olvidado que yo era una plebeya, que se casó con un inglés rico, quien inesperadamente heredó un ducado.

—Ahora eres mi duquesa —susurró, mordisqueándole la oreja.

—Lo soy —asintió ella, fundiéndose en su cuerpo sólido—. Pero tenemos que hacerles ver a ambos que yo no era diferente de Cat, cuando escapé de Glengeárr con mi *Sassenach*.

—Sospecho que has ideado algún plan para lograrlo.
—Piper y yo estamos trabajando en ello.

* * *

Piper miró al bebé de un mes, que se había quedado dormido en su pecho. Por pequeño que fuera Munro, podía ver que los rasgos de su marido, ya se estaban desarrollando.

—Llegará a parecerse a ti —le susurró a Tavish.

Él se levantó del sillón, que estaba en un rincón del dormitorio, y tomó a su hijo.

—Entonces, me compadezco del niño —bromeó, mientras lo acostaba en su cuna, junto a la cama.

A Piper no le sorprendió que él evitara mirar sus pechos desnudos. Ambos anhelaban el día en que pudieran hacer algo más que darse placer mutuamente con los dedos y la boca.

—Ven a la cama —dijo ella, seductoramente, segura que esa mirada pronto volvería a sus pechos, aún desnudos.

Él se acostó a su lado, encima de la colcha, completamente vestido.

—Necesito que mi Highlander desnudo me abrace —lo persuadió, alcanzando su mano.

Él se puso de lado y la miró a los ojos.

—Ambos sabemos que estaremos tentados a hacer algo más que abrazarnos. ¿Cuánto tiempo más?

—Cat piensa que dos semanas más.

Él se sentó.

—¿Tú discutes nuestra intimidad con Cat?

—Ella es mi única amiga y no me siento cómoda hablando con tu tía Maureen. Han llamado a la partera a otro pueblo y quién sabe cuándo volverá a Glengeárr. En cualquier caso, no estaba muy contenta de ayudar a dar a luz al bebé de una *Sassenach*.

Sus quejas surtieron efecto. Tavish se quitó los pantalones y la camisa, acomodándose con ella bajo las sábanas.

—Siempre te sientes cálido —dijo ella, mientras se acurrucaba contra su sólido cuerpo.

—Es que me pones caliente, Piper.

Sonriendo tímidamente, ella se arrodilló y pasó la lengua por la punta de su hinchada virilidad.

—Ya no falta mucho —manifestó, antes de llevárselo a la boca.

—¡Apresura el día! —gruñó—. Aunque espero que no dejes de malcriarme de esta manera, una vez que pueda enterrarme dentro de ti, otra vez.

* * *

Tavish tomó a su esposa en sus brazos, después de darse placer mutuamente.

—Soy demasiado egoísta. —Se rió entre dientes—. Has aliviado mi dolor, aunque es un desperdicio que una buena semilla caiga sobre tus hermosos pechos.

—Silencio, despertarás a Munro, y quiero dormir un rato, antes que exija que lo alimente nuevamente.

Tavish se contentó con colocar su cuerpo alrededor de la espalda de Piper y acariciar un pecho hinchado.

—Espero que no le cuentes a Cat todo sobre nosotros.

Ella acurrucó su cálido trasero contra esa saciada polla.

—Por supuesto que no... Esto es privado... Valioso para ti y para mí. A ella no le interesaría en ningún caso, está demasiado preocupada pensando en Kenneth.

—¿Aún lo crees después de todos estos meses?

—Sí. Kenneth le escribe a tu tía Maureen sobre su trabajo con Payton y Niven. Las cartas de Daisy describen a un hermano malhumorado y apático, que se niega a hablar de la mujer que conoció en Escocia.

—¿Y no crees que Cat todavía suspira por Payton?

—¿Era así antes, cuando era dulce con tu hermano?

—No. Eso fue solo un enamoramiento adolescente. Estoy de acuerdo en que ha cambiado.

—Bueno, tu tía y yo estamos tratando de pensar en una manera de unirlos.

—Buena suerte con eso. —Él bostezó, cayendo derrotado por el sueño.

Los voluntarios

Payton, Niven y Kenneth pasaron la mayor parte de los días, en las oficinas de Londres del imperio naviero del duque de Withenshawe, trabajando para expandir el negocio del wiski.

Cuando vivía en las Highlands, si alguien le hubiera preguntado a Payton qué pensaba de la nobleza inglesa, le habría resultado difícil no maldecir en respuesta. Eso fue antes de conocer a Withenshawe y a su propio primo, Kenneth. Ambos duques habían invertido mucho en la destilería de la familia King en Glengeárr. Withenshawe incluso había ofrecido el uso gratuito de su flota naviera, durante cinco años, para que el wiski pudiera transportarse por mar desde Dundee a Londres.

Aunque Payton había llegado a respetar a ambos hombres por los incansables esfuerzos, que habían realizado para establecer un mercado para *Uachdaran*, en Inglaterra, e incluso más allá, ellos estaban visiblemente frustrados por la interrupción de las rutas marítimas, por parte de Napoleón, especialmente en lo que respecta a España.

—¿Alguna novedad sobre la situación en Cádiz? —le preguntó Payton al duque cuando llegó.

—Nada bueno —respondió Withenshawe a su pregunta—. El asedio continúa. Podría continuar durante meses.

—Han pasado casi dos años —añadió Kenneth.

—Tarde o temprano, Napoleón será derrotado —sugirió Niven—. Entonces, podremos conseguir nuestros barriles. Tavish... ¡Solo tienes que tener paciencia!

—Me gustaría compartir ese joven optimismo —replicó Withenshawe—. El pequeño emperador está ávido de poder. Él comanda un ejército vasto y poderoso, que ha derribado a todos los ejércitos de los países, que se interpusieron en su camino. Jamás ninguna ciudad de Europa ha resistido un asedio de las fuerzas de Bonaparte.

—Estoy de acuerdo —declaró Payton—. No podemos esperar más... Navegaré a España. ¿No hay otro puerto que podamos utilizar?

—Mis capitanes me dicen que el puerto más seguro es Gibraltar —respondió Withenshawe—. Territorio británico desde 1713, está a más de cincuenta millas en línea recta desde tu destino en Jerez. Más allá de sus fronteras, habría que cruzar terreno peligroso.

—Entonces, me dirigiré hacia allí, si puedes proporcionarme un barco y una tripulación, Su Gracia.

—¡Es demasiado peligroso! —protestó Niven—. No quiero perder a un hermano por unos cuantos barriles.

—No se trata de los barriles —aclaró Payton—. Se trata del sueño de Tavish.

—El barco no es un problema —dijo Withenshawe—. Siempre y cuando traigas a la tripulación de regreso, sana y salva.

El humor negro provocó una sonrisa irónica en todos los rostros, excepto en el de Niven.

—Si estás decidido a ir —dijo el hermano pequeño de Payton—. Entonces, iré contigo.

—¡No! —exclamó Kenneth—. Nunca sabríamos como explicarle un mal final al tío Gregor, si algo les sucediera a ustedes dos. Iré con Payton.

* * *

Kenneth se sintió extrañamente aliviado. Acababa de ofrecerse como voluntario para ir a una zona de guerra, pero no sentía miedo. Había considerado la posibilidad durante unos días. Payton estaba obligado y decidido a recuperar los barriles, así que: ¿por qué no ir con él? Era preferible a desperdiciar su vida, suspirando por lo que no podía ser. Tal vez conocería a alguna señorita sensual que le haría olvidar a Catriona.

Daisy no lo extrañaría. Su madre no necesitaba saberlo hasta que fuera demasiado tarde para hacer algo al respecto. En cuanto a Cat, bueno, no había futuro para ellos, entonces, ¿qué importaba si lo mataban?

No obstante, él estaba siendo demasiado negativo. Tendría que regresar sano y salvo. Todavía no contaba con un heredero que fuera el duque de Ramsay.

—¿Cuánto tiempo lleva preparar un barco, Withenshawe? —preguntó.

—El barco está listo. —Esa fue la respuesta—. Una semana para reunir una tripulación adecuada.

—¿Estás seguro que quieres navegar a España? —preguntó Payton.

Kenneth detectó un atisbo de esperanza en la pregunta de su primo.

—Sí —bromeó con una amplia sonrisa—. Alguien tiene que vigilarte.

—Me alegro mucho que seas tú —replicó Payton, ofreciéndole la mano.

En otro tiempo, Kenneth habría rechazado el ofrecimiento de un apretón de manos de un plebeyo, que no hubiera utilizado su título al dirigirse a él. Esos días pomposos habían quedado atrás. Más bien, Payton no valoraba su apoyo como duque, sino como un camarada.

Ambos hicieron una mueca, cuando Niven cerró la puerta de golpe al salir.

—Él se recuperará —le aseguró Payton.

—Lo mantendré ocupado, buscando más espacio de almacenamiento y encontrando nuevos mercados —dijo Withenshawe.

* * *

Con las entrañas revueltas, ante su malestar y el miedo por su hermano, Niven se paró en el muelle y miró hacia el sucio Támesis. Estaba harto y cansado, que siempre lo dejaban por fuera. Payton ya no le consultaba nada importante. Él era tan parte de la destilería *Uachdaran* como cualquier otro. A lo largo de los años, había pasado horas girando la malta, había estado metido hasta las rodillas en pantanos, cortando turba para los hornos, y había cosechado campo tras campo de cebada. Ahora, lo dejarían atrás, jugando con sus pulgares en una ciudad que odiaba. Payton prefirió navegar con su primo que con su propio hermano.

Kenneth había estado como un oso al que le dolían los dientes, desde su regreso de Escocia. Ahora estaba visiblemente entusiasmado por navegar a España con Payton. Un hombre podría pensar que añora a una mujer, pero ¿a quién podría haber conocido en Glengeárr? Catriona Neish era la única mujer atractiva y ella...

—¡Qué horror! —exclamó—. ¿Kenneth y Cat?

¿Debería mencionarle sus sospechas a Payton? Cat alguna vez había sido dulce con su hermano. Tal vez ella no había correspondido a los sentimientos de Kenneth, y esa era la razón por la que no había regresado a Londres con él.

Una ola de nostalgia repentinamente invadió a Niven. Bien podría volver a casa y ayudar a Tavish en la destilería. Sería una oportunidad para comprobar por sí mismo, si Cat todavía suspiraba por Payton. Tendría que hablarle de Jasmine Foxworthy.

Obviamente, no lo necesitaban en Londres, y un barco de la compañía zarpaba hacia Dundee, en unos días.

* * *

Una semana después, Payton y Kenneth estaban juntos en la cubierta del *SS Matilda*, mientras este se deslizaba por el Támesis en dirección a mar abierto.

Jasmine no había venido a despedirlos, pero Payton no esperaba que lo hiciera. Estaba furiosa porque él se iba y no podía creer que se fuera a la España devastada por la guerra, únicamente para recuperar algunos barriles.

—Voy por Tavish —le explicó, pero ella se negó a escuchar.

En verdad, estaba deseando pasar un tiempo separado de ella, ya que luego estarían años juntos, como marido y mujer. Sin embargo, la perspectiva de llevarla a las Highlands, una vez casados, lo hizo temblar.

—¿Frío? —preguntó Kenneth.

—Sí —mintió, para que su primo no pensara que tenía miedo—. Me alegro que hayas venido.

Si Niven hubiera prevalecido, Payton habría puesto toda su energía en proteger a su hermano menor.

—Nos cuidaremos unos a otros —coincidió Kenneth.

Un Estrecho áspero

Mientras golpeaba su almohada de plumas, Jasmine estaba furiosa. Payton no solo se había embarcado hacia España, dos días atrás, sino que lo había hecho en contra de sus deseos. Él le había dicho que lo sentía, una y otra vez, pero eso no disminuyó la traición. Evidentemente, unos cuantos barriles de madera eran más importantes que ella. Seguramente, ¿podrían fabricar todos los barriles que necesitaban en Escocia? La relación que tenía el jerez con el wiski escapaba a su comprensión.

Había prometido que se casarían tan pronto como él regresara. ¿Esperaba que ella se enclaustrara, en la casa de sus padres, y viviera como una monja, mientras él no estuviera? ¿Quién la acompañaría ahora? ¿Y qué sería de ella, si mataran a ese tonto?

Su sufrida madre estaba sentada en el borde del colchón.

—Es una bendición, te lo aseguro —alardeó por enésima vez.

—No estás ayudando, mamá —expresó Jasmine—. ¡Mi corazón está roto!

—¡Tonterías! Piénsalo. Esta es tu oportunidad de conocer a alguien más adecuado, alguien que pueda rescatar nuestras finanzas. ¡Tú eres nuestra única esperanza! Es tu responsabilidad. Tu padre ya ha hecho averiguaciones entre sus amigos jugadores de cartas. ¿En serio, quieres casarte con este escocés y viajar a las tierras salvajes de Escocia? Las mujeres no beben wiski porque esa bebida es muy vil.

—Pero, lo amo —se lamentó Jasmine.

Lady Foxworthy se levantó con un suspiro.

—Pronto lo superarás. Te dejaré ahora, pero tu papá y yo esperamos que seques esas lágrimas y bajes a cenar.

Jasmine miró hacia el techo después que su madre se fue. Al contrario de lo que creía su mamá, no había derramado una sola lágrima por la deserción de Payton. Ella admitió interiormente que estaba resentida, en vez de tener el corazón roto. Quizás ella no lo amaba, pero pocas personas se casaban por amor. Era guapo y divertido estar con él. Verlo con una falda escocesa le provocó cosas raras en el interior. ¡Algún día eso sería muy rico! Quizás eso era suficiente. La mayoría de los solteros ricos elegibles no estaban interesados en una chica de una familia empobrecida, especialmente los jugadores, que probablemente habían despilfarrado la mayor parte del dinero de sus padres.

* * *

—¡Esto no es como navegar hasta Dundee! —gritó Payton por encima del zumbido del vendaval que sacudía al *SS Matilda*, como un corcho en el mar Cantábrico.

—Tienes razón —replicó Kenneth, agarrándose a la barandilla resbaladiza, en la estrecha escalera—. Después de una semana de esto, es bueno que ninguno de nosotros sufra mal de mar.

—Sí... El capitán nos advirtió que no sería fácil navegar.

—Pero se quedó corto.

Subieron a cubierta para ver si podían echar una mano, pero el contraestre les exigió que volvieran al camarote que compartían. La escalera de mano estaba hasta donde llegaron, y parecía un lugar más seguro, en caso que el barco se hundiera.

—Te agradezco que hayas venido conmigo en este peligroso viaje —dijo Payton.

—Parecía una buena idea, en ese momento —bromeó Kenneth.

—Sí. —Payton apreció la ironía.

Poco tiempo después, Kenneth se llevó un dedo a los labios.

—¿Me lo estoy imaginando o ha amainado el viento?

—Todavía estamos discutiendo, pero tal vez no tanto —coincidió Payton.

—Ahora todo estará más tranquilo —confirmó un marinero, mientras pasaba arrastrando los pies y se quitaba el impermeable—. Pronto navegaremos por Portugal.

—Donde domina Napoleón —comentó Kenneth.

—¡Es cierto! —Sollozó el marinero, mientras el agua goteaba de su cabello—. La costa es mayoritariamente tranquila. Pero, será diferente cuando lleguemos a la bahía de Cádiz y al estrecho de Gibraltar... Es probable que el capitán Frame nos lleve por la noche, cuando esté oscuro... Lo que los franceses no pueden ver, no lo pueden golpear. ¡Incluso cuando pueden ver, a menudo fallan!

Riéndose entre dientes, el marinero siguió adelante, goteando agua, a lo largo de la escalera.

* * *

Luego de navegar por la costa portuguesa sin incidentes, Kenneth y Payton fueron llamados al camarote del capitán, durante la siguiente tarde.

—Pronto echaremos anclas —explicó Frame—. Estamos lo suficientemente lejos de la bahía de Cádiz, como para estar fuera del alcance de la artillería francesa. Pero... Puede que eso no sea cierto, una vez que lleguemos al Estrecho.

—¿Qué tan ancho es? —preguntó Kenneth.

—Unas ocho millas, en el punto más estrecho entre España y Marruecos —respondió Frame—. Esperaremos en la bahía y navegaremos por la noche con la esperanza que los cañones británicos vengán a rescatarnos, si los franceses abren fuego desde España.

—¿Sabemos si los franceses han tomado posiciones con vistas al Estrecho? —preguntó Payton.

—Es difícil de decir. Todavía están intentando capturar Cádiz, así que supongo que la mayor parte de su artillería está concentrada allí... Es bien sabido que el ejército francés está siendo acosado por partisanos armados: gente local, que parece estar haciendo un mejor trabajo que el ejército español... Los españoles respondieron a las derrotas sufridas por su ejército, continuando la lucha por su cuenta. Ningún país de Europa estaba menos preparado que España para derrotar a Bonaparte. El Estado estaba en quiebra, y el rey y su gobierno eran odiados por el pueblo. Sin embargo, los partisanos están frustrando los planes del emperador. ¡Debe estar furioso!

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Kenneth.

—Tendiendo emboscadas mortales, interrumpiendo líneas de suministro, robando armas y municiones, matando soldados, y así.... Golpean y luego desaparecen. Conocen el terreno mucho mejor que los franceses. Es una nueva forma de hacer la guerra. Atrás quedaron los días en que los bandos opuestos se invitaban mutuamente a disparar primero, como supuestamente lo hicieron en Fontenoy en 1745... En España, sacerdotes, mujeres y niños planean el asesinato de soldados aislados. Están dispuestos a sufrir cualquier dificultad para recuperar su independencia. Es más probable que te topes con ellos y no con los soldados de Napoleón, en tu viaje a Jerez.

—Esperemos que estos partisanos no disparen, antes de hacer preguntas —opinó Payton.

—Los británicos los han estado ayudando. Probablemente haya alguien en Gibraltar, que pueda guiarte hasta ellos.

* * *

A Payton y Kenneth se les permitió permanecer en cubierta durante el paso por el Estrecho de Gibraltar. No podían ver mucho en la oscuridad total de la noche, apenas vislumbraban el vago y oscuro contorno de la tierra, a ambos lados.

—Frame cree que esta goleta es demasiado pequeña para preocupar a los franceses —susurró Kenneth.

—Esperemos que tenga razón —replicó Payton.

—Lástima que estemos atravesando las Columnas de Hércules en la oscuridad —dijo Kenneth—. Me hubiera encantado esa vista.

—¿Así las llaman? —preguntó Payton.

—Desde tiempos antiguos... Por su camino se acercaron fenicios, romanos y otros comerciantes.

Payton reflexionó sobre este nuevo conocimiento. Las tierras a ambos lados del Estrecho (África de un lado y Europa del otro) habían sido testigos silenciosos del paso de incontables miles de barcos.

Fue sacado de sus cavilaciones, cuando se escuchó una ovación. La tripulación había avistado las luces de Gibraltar más adelante. Ahora comenzaría la verdadera aventura.

Los partisanos

Sierra Morena, Andalucía, sur de España.

María Alba estaba preocupada por su padre. La ira y el odio habían consumido a Pedro Castellero desde la violación y asesinato de su esposa por los soldados de Napoleón. Se culpó a sí mismo por no proteger a su amada. Alba había disfrutado una vida pacífica y feliz con su padre español y su madre escocesa, hasta que los franceses invadieron España hace cuatro años.

Al principio, Napoleón parecía estar satisfecho con invadir solo las grandes ciudades del norte, pero luego tomó Madrid, destituyó al rey, e instaló a su propio hermano en su lugar. Los habitantes de Castilla y sus compatriotas estaban indignados. Tal vez, ellos no amaban a Carlos IV, pero él era su rey. Correspondía a los españoles decidir si él debía abdicar, y un francés no podía ser el rey de España.

El ejército de Napoleón estaba ahora en marcha hacia el sur. Habían capturado Sevilla y estuvieron casi dos años, asediando el estratégico puerto de Cádiz. En la ruta de abastecimiento entre el cuartel general francés, en Sevilla, y el puerto sitiado, se interponía la bodega de jerez de Castellero. Alba nunca entendió el motivo de la destrucción de una inofensiva bodega. Durante el cruel ataque, el preciado vino fortificado fue consumido o derramado sobre los adoquines para mezclarse con la sangre de campesinos inocentes. Todo lo que los invasores pudieron conseguir con sus codiciosas manos fue destrozado. La bodega y las viñas fueron incendiadas.

Alba y sus padres, advertidos del ataque, huyeron a un pueblo cercano, pero los soldados franceses llegaron allí, un día después, y se llevaron a las mujeres. Alba se escondió en un pajar, de lo contrario habría desaparecido con su madre. Días después, el cuerpo violado de Olivia Castellero fue encontrado, en una zanja, junto con muchos otros. A todas les habían cortado el cuello.

Hasta entonces, la guerra había sido algo lejano. Ahora era real. Alba y su padre se unieron a los miles de españoles indignados, que libraron la guerra contra los invasores. Se convirtieron en parte del ejército popular oculto, que acosaba a la retaguardia francesa, cortando líneas de suministro y tendiendo emboscadas. Napoleón sabía cómo ganar en el campo de batalla, pero parecía no tener estrategia contra un enemigo invisible. Los franceses temían y odiaban a los guerrilleros, y las represalias eran comunes. Los partisanos se vengaron brutalmente de cada atrocidad. Alba había aprendido rápidamente a matar sin sentir remordimientos.

—¿Recuerdas las canciones que me enseñó mamá? —le preguntó a su padre, una noche, en un esfuerzo por dejar de pensar en los horribles recuerdos y los peligros que enfrentaban.

Él continuó mirando las llamas de la fogata, aparentemente ajeno a la presencia de su hija y a la de docena de camaradas, quienes dormían, en el suelo cercano.

Finalmente, levantó la cabeza, cuando ella empezó a cantar un lamento en gaélico.

—Te pareces a ella —susurró.

—Yo también la extraño, papá... Pero todos los días, vengamos su sufrimiento y su muerte.

—Esconderte en los bosques de la Sierra no es vida para una joven hermosa —indicó con voz ronca y los ojos llenos de lágrimas.

Ella tocó su mano callosa.

—Hace mucho tiempo que no parezco una niña y esta es la vida adecuada para cualquier español, que se preocupe por nuestra libertad y nuestra patria —replicó—. Pero la ira te hace descuidado, cuando atacamos. No quiero dejarte solo, papá.

—Seré más cauteloso —prometió.

Sin embargo, él no podía mirarla a los ojos, y ella tuvo que aceptar lo que realmente anhelaba: reunirse con su madre muerta.

—Si te pierdo, no me quedará nada por qué vivir —le mintió a su padre. Aunque estaba decidida a luchar por una España libre de franceses hasta su último aliento.

Ruidos crujientes, entre los arbustos, hicieron que todos los hombres del campamento se pusieran de pie con arma en mano.

—¡Amigo, ho! —Este era el grito del espía británico, que traía suministros e inteligencia sobre los acontecimientos de la guerra.

Sospechaban que John Smith no era su verdadero nombre, pero siempre se alegraban de verlo y reconocían que asumía enormes riesgos por ellos. Por supuesto, Alba no fue tan ingenua como para creer que los británicos no tenían un interés personal en liberar a España de Napoleón. El ejército español no era lo suficientemente grande ni fuerte para lograr una victoria total, incluso si ganaban alguna batalla ocasional. Según John, la pequeña banda de Alba y miles como esta, en toda España, estaban marcando la diferencia. Sus alentadoras palabras mantuvieron viva la esperanza.

—¿Qué noticias hay? —Esto fue pronunciado en boca de todos.

Johnladeó la cabeza hacia la mula.

—Traje más rifles ingleses.

Varios hombres se propusieron aliviar al animal de su preciosa carga. Las tropas de Bonaparte preferían el mosquete Charleville, un arma que se remontaba a la Revolución Francesa. Aunque los inventos modernos, como estos rifles, se consideraban más precisos.

—Además, dos hombres llegarán a Gibraltar, en cualquier momento —les dijo John, mientras reclamaba un lugar junto a la fogata—. Quieren ir a Jerez.

—¿Por qué? —preguntó el padre de Alba.

—No sé más de lo que les he dicho... Vienen de Londres, así que supongo que son ingleses.

—Mi padre y yo hablamos su idioma —dijo Alba—. Y sabes que somos de Jerez. Podemos guiarlos.

Alfonso Rodríguez, siempre un detractor, negó con la cabeza.

—Pero no sabemos el motivo de su viaje.

—Debe ser importante, si están dispuestos a arriesgar sus vidas por ello —replicó el padre de Alba con brusquedad—. Tráelos aquí.

Alba permaneció despierta durante mucho tiempo, en aquella noche cálida, contemplando el dosel de estrellas. Su madre escocesa había sido dotada de esa visión. Ella había advertido del ataque a la bodega. ¿Había previsto Olivia Castillero la forma de su propia muerte? Por razones que no entendía, Alba intuía que la llegada de los misteriosos ingleses cambiaría su vida para siempre. Era curiosa su disposición a arriesgar la vida para viajar a Jerez. La ciudad no tenía otro motivo de fama aparte de sus bodegas de jerez.

Regresar a Jerez sacaría a relucir terribles recuerdos de muerte y destrucción. Aunque, ella había conocido muchos años felices, creciendo allí, así que tal vez había una razón por la que el destino la estaba llevando de regreso al lugar de su nacimiento.

John Smith

—Es como estar de regreso en Inglaterra —dijo Kenneth, mientras Payton y él paseaban por las estrechas calles de Gibraltar—. Aparte de la gran Roca que se cierne sobre la ciudad.

—Estamos acostumbrados a las montañas, en Escocia —aclaró Payton—. Pero no a este clima húmedo.

—Sí.

—Suenas más como un escocés, cada día, desde que regresaste de Glengeárr. —Payton se rió entre dientes.

—Escocia me cambió —admitió Kenneth.

Payton ciertamente había notado un cambio en el comportamiento de su primo, pero no había querido entrometerse. Aunque aquí estaban los dos, preparados para emprender juntos una peligrosa travesía. Habían superado el arriesgado viaje, navegando ilesos por el Estrecho, pero...

—Niven cree que estás suspirando por una muchacha.

Kenneth se detuvo abruptamente y miró hacia la Roca.

Payton esperaba que él lo regañara, indicándole que se ocupara de sus propios asuntos, pero su primo lo miró a los ojos, y dijo:

—Él tiene razón.

—¿Quieres decirme quién es?

—Podrías recordarla, si lo intentas.

Payton buscó en su memoria. Al parecer, Kenneth estaba enamorado de una chica, que pensaba que le importaba a Payton. Solo había una.

—¿No te refieres a Catriona Neish?

—Sí —dijo Kenneth con voz áspera.

—Bueno, hombre, yo era un joven enamorado de todas las chicas, aunque admito que me preocupaba por Cat. Ella es una buena persona.

—No puedo sacarla de mis pensamientos.

—¿Crees que ella se preocupa por ti?

—Mi madre me dice en sus cartas que Cat se lo admitió a Piper.

—Entonces, ¿por qué no la trajiste de regreso a Londres?

Kenneth negó con la cabeza.

—Soy un duque. Una plebeya de las Highlands no puede ser una duquesa.

—Pero, tu madre era una plebeya, que provenía de Glengeárr, y se convirtió en duquesa.

—Eso fue diferente. Mi padre nunca esperó heredar un ducado.

—Pero, sí lo hizo...

* * *

Kenneth reflexionó sobre las palabras de su primo, mientras caminaban de regreso a la mansión del gobernador, donde habían estado alojados. Aparentemente, el gobernador británico no pudo hacer lo suficiente por su invitado con título, aunque de todas formas Kenneth disfrutó de un trato preferencial.

No obstante, la deferencia planteó una pregunta en su mente. ¿Había sido demasiado *snob* para no darse cuenta que Cat podría ser su duquesa? Sin duda, su propia madre la ayudaría a

adaptarse a esa vida. Tenía la sensación que Maureen Hawkins-Graham ya estaba tramando algo por el estilo.

Parado e inmóvil en el vestíbulo, de repente sintió la necesidad de volver, corriendo a bordo del barco y regresar a Escocia... O escribirle a su madre y pedirle que trajera a Cat a Londres... O...

—Kenny Hawkins, ¿eres tú?

Había pasado mucho tiempo desde que alguien lo había llamado Kenny, no desde que...

—¿Jim Beatty? —preguntó, sin apenas creer que se había encontrado, cara a cara, con un amigo de sus días en Eton y Oxford.

Jim se llevó un dedo a los labios.

—Sí, soy yo, pero aquí soy John Smith.

Kenneth sabía que Jim se había unido al ejército británico, después de la universidad, y había estado involucrado en algunas maniobras secretas. Debía tener una buena razón para utilizar un nombre falso.

—John Smith, me gustaría presentarte a mi primo, Payton King.

Los dos hombres se dieron la mano.

—Este viejo amigo y yo nos ayudamos mutuamente a sobrevivir en Eton —explicó Kenneth.

John se quedó mirando los pantalones de tartán de Payton.

—Supongo que eres escocés. Me temo que ese conjunto tendrá que desaparecer... Kenny, pareces demasiado aburguesado para ser un campesino español.

—No lo entiendo —dijo Payton.

—Los guiaré hacia un grupo de partisanos y tendrán que parecer campesinos, si quieren ser aceptados. Depende de ellos llevarlos por el resto del camino hasta Jerez.

—No podríamos estar en mejores manos —expresó Kenneth.

—Pero les advierto —insinuó Smith—. Los partisanos son gente dura. La guerra ha convertido a la gente corriente en asesinos. Solo los ayudarán, si creen que su misión es importante para su causa.

—¡Bien! —confirmó Payton—. Nuestra misión, como dices, es recuperar nuestros barriles.

—¿Barriles?

—Sí. Mis hermanos y yo operamos una destilería en las Highlands. Hace un tiempo enviamos duelas a España para convertirlas en barricadas y llenarlas de jerez. El acuerdo siempre fue que las recuperaríamos, después de unos años.

Smith negó con la cabeza.

—Eso suena ridículo. ¿Están arriesgando sus vidas por esto? ¿Qué harán con los barriles vacíos?

—Envejecer nuestro whisky de malta en ellos.

—¿Whisky?

—Sí. *Uachdaran*. ¿Quizás hayas oído hablar de este?

—Da la casualidad que sí. ¡Maldito buen whisky! —Se tocó la barbilla, durante unos minutos, y luego dijo—. Uno de los partisanos solía dirigir una destilería de jerez en Jerez. Puede que no le parezca una tontería.

* * *

Al día siguiente, vestidos con lo que solo podría describirse como ropa de tercera mano, Payton y Kenneth montaron en mulas y siguieron a John Smith fuera de Gibraltar, en dirección

al norte. En Escocia, Payton no necesitaba una montura. La mueca de Kenneth no dejó dudas que nunca había montado una bestia tan humilde.

John los armó con pistolas. Un animal de carga llevaba un alijo de armas y otro venía con suministros.

Durante tres días avanzaron lentamente por un terreno accidentado. El calor era opresivo. La mula extra a menudo se oponía obstinadamente a su carga y se negaba a seguir adelante. Payton finalmente aprendió a convencer a su propio animal temperamental para que obedeciera sus órdenes, pero eso no disminuyó la incomodidad en su trasero. Su atuendo no olía muy bien, cuando salieron. Las botas prestadas estaban ajustadas y las suelas lucían muy desgastadas. Se lavaban las manos y la cara en arroyos de montaña, pero era demasiado arriesgado desvestirse por completo. Payton ansiaba volver a estar limpio.

John les contó más sobre los partisanos.

—Han obligado a los franceses a desplegar miles de tropas para escoltar la entrega de suministros.

—Parece que sus tácticas tienen éxito —expresó Kenneth—. ¡Un ejército invisible!

—Sí. —John estuvo de acuerdo—. Aunque a veces luchan, hombro con hombro, con el ejército español.

John les aseguró que los franceses rara vez se aventuraban en las sierras por miedo a encontrarse con las guerrillas.

—Han infundido miedo en los corazones de los soldados enemigos y esa es un arma poderosa.

Kenneth asintió.

—En efecto. Las tropas de Napoleón siempre se han considerado invencibles.

—Bueno, aquí en España, están cada vez más desmoralizados. La desertión se está volviendo común, a pesar del riesgo de ejecución.

Payton consideró una tragedia que un país tan hermoso fuera destrozado por la guerra.

—Me recuerda a acampar en Cairngorms —le susurró a su primo la tercera noche, que dormían bajo las estrellas.

El aullido de un lobo rompió el silencio.

—Lobos y todo —añadió.

—No se aventurarán cerca del fuego —dijo John.

—Aún así, tendré mi pistola a mano —indicó Kenneth—. ¿Cuánto falta para que encontremos a estos partisanos?

—No muy lejos —respondió John—. En realidad, ellos nos encontrarán.

Sin descanso

En Londres, a medida que un largo día transcurría, después de otro, Lady Daisy Hawkins se sentía cada vez más inquieta. Con Kenneth en España, Ramsay House parecía aún más vacía de lo habitual. Mainwaring iba y venía de vez en cuando, pero el hombre de negocios de Kenneth rara vez intercambiaba más que unas cuantas bromas educadas con la hermana de su empleador.

Niven King era el otro ocupante de la casa. Todas las mañanas salía temprano para trabajar con la gente del duque de Withenshawe, en las oficinas de la empresa, cerca de los muelles de Londres. Llegaba a casa, tarde por la noche, y luego iba directamente a su habitación.

Su primo escocés había estado de mal humor desde la partida de Payton. Evidentemente, él no aprobaba la aventura española de su hermano más de lo que Daisy aprobaba la decisión de Kenneth de ir con él.

Además, era responsabilidad de su hermano arreglarle un matrimonio. Debería acompañarla a bailes y eventos musicales, en vez de salir corriendo a España, que estaba devastada por la guerra.

Daisy deseó fervientemente no haber oído hablar nunca del wiski *Uachdaran*.

Las cartas de su madre no la ayudaron. Estaban llenas de emocionantes noticias sobre los crecientes beneficios de la destilería King y de la misteriosa Cat. Obviamente, su madre era feliz en Escocia con su nuevo marido, por lo que Daisy no tuvo el valor de decirle que Kenneth se había ido a la guerra.

Incluso debería preguntarse por la prometida de Payton, pero prefería su propia compañía a la de Jasmine Foxworthy. Como era la única persona atendida por un grupo de sirvientes, en el enorme comedor, se sentía sola y ridícula, y no podía imaginarse conversando con Jasmine durante la cena.

Sin embargo, esto fue suficiente para hacerla contemplar lo impensable: un viaje a Escocia.

* * *

Niven estaba inquieto. Con la ayuda del personal del duque de Withenshawe, encontró un almacén grande y seguro, no lejos del muelle utilizado por los barcos del duque. Fue un gran paso adelante. Hasta la fecha, Tavish había enviado suficientes productos para satisfacer la demanda. Ahora, ellos podrían buscar nuevos mercados, confiando en que tendrían existencias adicionales disponibles. Incluso las barricas que envejecen en la bodega, durante cinco años o más, se pueden aprovechar.

Si Payton no hubiera ido a España, Niven podría haber compartido con él este pequeño triunfo. En cambio, tuvo que contentarse con palmadas de felicitación, en la espalda, por los hombres del duque.

Había pospuesto el viaje a Escocia, cuando las negociaciones parecían que iban a resultar fructíferas. Aquí en Londres, solo quedaba Daisy para contárselo, y ella no entendería ni le importaría la importancia del almacén. ¿Por qué no volver a casa y contárselo a Tavish, en persona? Su hermano mayor apreciaría su logro.

Decidido a informar a Daisy de su inminente partida, salió temprano de las oficinas. A su llegada a Ramsay House, le informó a Harrison que estaría en casa para cenar.

—Lady Daisy estará encantada —confirmó el mayordomo.

Dudando de la veracidad de esa afirmación, Niven subió las escaleras hasta su habitación. Empacó sus pocas pertenencias y decidió ponerse su falda escocesa para su última comida en Ramsay House.

* * *

Informada que Niven King estaría en casa para cenar, Daisy llegó temprano al comedor. Era una tontería estar emocionada, pero estaba cansada de comer sola. Niven no era tan buen conversador como Payton, pero era un tipo bastante agradable. Al menos habría alguna interacción con otro ser humano, incluso si la conversación fuera solo sobre el maldito negocio del wiski. Niven debía estar logrando algo, en las oficinas, a las que iba todos los días.

Probablemente, debería mostrar más interés. Kenneth y su madre habían invertido mucho en *Uachdaran*. ¿Quién hubiera pensado que la muy apropiada duquesa viuda, Maureen Hawkins, pasaría sus días visitando ansiosamente la destilería de sus sobrinos?

Daisy simplemente no entendía el atractivo de Escocia. El bendito país, que su madre había abandonado hacía treinta años, terminó cautivándola a ella. Igualmente, Kenneth no había sido el mismo desde aquella visita por esos lares. Incluso hablaba con un notable acento estos días. Quizás había pasado demasiado tiempo con sus primos montañeses. El Cielo sabe cómo sería él, cuando regresara de pasar semanas, en España, con Payton. Si es que volvía...

—Anímate —dijo Niven, mientras entraba al comedor.

Daisy se quedó boquiabierta. Él llevaba su falda escocesa con sus vistosos cuadros. Ella nunca se había dado cuenta de lo alto que era, y que sus hombros eran muy anchos.

—Eres...

—Sí, soy tu primo, Niven. —Se rió entre dientes, mientras tomaba asiento—. Sé que no como aquí con mucha frecuencia, pero, ¿seguramente, me reconoces?

Su voz profunda resonó a través de ella. De repente, ella sintió la garganta tan seca como el desierto.

—Yo... yo...

—¿No te sientes bien? —preguntó.

Daisy tragó con dificultad. ¡Esto era ridículo! Apenas le había prestado atención al menor de sus primos y ahora estaba salivando por él.

—Estoy perfectamente bien —respondió ella, esperando que él no detectara la ronquera en su voz.

—Parece que tienes un poco de laringitis —dijo, sorbiendo una cucharada de sopa—. Varios hombres en los astilleros se han enfermado.

La laringitis no era su problema. Más bien, su lujuria era inexplicable.

—Hablando de wiski —manifestó ella—. ¿Cómo van las cosas con nuestra inversión?

* * *

Niven se preguntó qué pretendía Daisy. Una vez, ella jugó con Payton, y luego lo abandonó. Quizás, ahora fuera su turno. En una ocasión, Tavish dijo que a Daisy le gustaban los kilts. Posiblemente, eso era todo.

—Sí. Todos los involucrados se alegrarán de saber que he alquilado un almacén seguro que, por ahora, es más que suficiente.

—¡Excelente! —dijo ella, efusivamente—. Debes estar satisfecho contigo mismo.

—Apenas has probado la sopa —comentó, preguntándose qué habría sido de la hosca

Daisy. En realidad, ella era muy atractiva, cuando sonreía.

—No tengo hambre —confirmó—. Es simplemente bueno tener alguien con quien conversar durante la cena.

Entonces, eso explicaba su comportamiento amistoso. Tenía los ojos tan abiertos, que pudo ver que eran de un cálido color marrón, algo que nunca antes había notado. Quizás, él debería haber venido a casa, a cenar más a menudo. Casi no habían hablado, durante las últimas semanas, lo cual era bastante tonto, considerando que eran las dos únicas personas, que vivían en la casa. Pero él se iría al día siguiente.

—Por cierto —expresó, extrañamente reacio a decírselo—. Tengo un boleto, en uno de los barcos, que van a Dundee.

Esa amplia sonrisa femenina desapareció. Por un momento terrible, él temió que ella pudiera estallar en lágrimas.

—Siento nostalgia —confesó—. Extraño a mis hermanos.

—Por supuesto —destacó ella con voz ronca—. Entiendo... Yo extraño a Kenneth. ¿Cuándo te vas?

—Mañana.

Ella se quedó mirando la comida no consumida, que el lacayo le había puesto por delante.

—¡Cielos! Y recién nos estamos conociendo.

Niven no pensó que una cena equivaliera a conocerse. Se habían conocido hace meses. Aún así, ellos podrían haberse hecho amigos, si...

—¿Quieres tocar el violín otra vez, antes de irte? —preguntó ella.

Niven no había tocado desde la noche del baile organizado para dar la bienvenida a los King, en Londres. Un grupo de ellos había bailado en una fiesta.

—¿Ahora?

—James... Puede traer el instrumento, en la sala de música.

El lacayo asintió y se fue.

Daisy jugueteó con su comida, mientras esperaban. Parecía inusualmente nerviosa. Él también se sintió un poco desequilibrado. Aún así, la música calmaría sus nervios.

—No quería que Kenneth se fuera a España —expuso en voz tan baja, que él casi no la escuchó.

—Estaba furioso con Payton —replicó él—. Todavía lo estoy.

—¿Qué haremos si no regresan?

Niven ni siquiera quería considerar la posibilidad de perder a un hermano. Sin embargo, si Kenneth perdiera la vida, habría un problema con la sucesión. Daisy podría perderlo todo. No era de extrañar que hubiera estado de mal humor, en el último rato. Se tragó el nudo que tenía en la garganta, cuando James llegó con el antiguo violín. Afinó el instrumento, se puso de pie y tocó su pieza favorita.

Daisy tamborileó con los pies durante un rato. Luego, ella empezó a marcar el ritmo sobre la mesa con ambas manos. No pasó mucho tiempo... Daisy se levantó y comenzó a moverse hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la música. Antes que se dieran cuenta, los dos estaban bailando juntos, una danza improvisada, mientras él seguía tocando. La música se apoderaba de él, como siempre lo hacía.

Finalmente, él se detuvo y ellos se desplomaron en sus respectivas sillas, ambos riéndose sin aliento.

Con el rostro atractivamente rojo y el pecho agitado, Daisy de repente rompió a llorar y gimió:

—Iré contigo a Escocia.

Niven pensó que esa no era una buena idea, si ella estaba sufriendo laringitis, pero podría ayudar a pasar el tiempo, si ella viniera con él. Después de todo, Daisy debía extrañar a su madre.

—Me encargaré de ello —replicó.

Un coqueteo

Haciendo señales con las manos, el padre de Alba pidió que se detuvieran, en un bosque de espinos. Localizar a John Smith y a sus compañeros de viaje no requirió mucho esfuerzo. Había un número limitado de senderos de montaña, que John podía tomar desde Gibraltar. La banda permaneció oculta por un tiempo, escuchando las conversaciones susurradas de los extranjeros. Smith había dicho que los visitantes eran ingleses. Uno de ellos definitivamente lo era, pero Alba estaba segura que el otro era escocés. Su acento le recordó a su querida madre. Tragándose el arrepentimiento, en su garganta, siguió a su padre y a sus camaradas al claro.

Dos hombres giraron para enfrentarlos con las pistolas en la mano. Uno era alto y el otro era más grande por una cabeza.

—Guarden sus armas —aconsejó John, todavía agachado junto a la fogata—. Ellos son amigos.

Los dos bajaron las pistolas.

—Estos son los caballeros de los que te hablé —informó John al padre de Alba.

El gigante dio un paso adelante y le tendió la mano.

—Un honor conocerlo. Soy...

Su padre aceptó el apretón de manos, pero interrumpió al recién llegado.

—Sin nombres —declaró, levantando la mano—. Más seguro de esa manera. Todos nos llamamos Juan.

El extranjero solo había pronunciado pocas palabras, pero Alba reconoció el acento. Tampoco podía ignorar la vertiginosa ola de lujuria que la invadió. Era alto, musculoso y guapo, pero también lo era el otro hombre, al igual que muchos otros, que había conocido desde el comienzo de la guerra. ¿Era simplemente porque podría ser escocés, que ella se sentía atraída por él? Su madre le había contado historias de las Highlands. Le había otorgado el antiguo nombre de su país a su hija. Alba nunca había puesto un pie en Escocia, pero esa tierra lejana era parte de ella. De repente deseó saber el nombre del extraño, pero ese conocimiento podría resultar peligroso, si alguno de ellos caía en manos enemigas.

La voz de su padre la llevó de regreso al claro.

—¡Barriles! —exclamó—. ¿Para whisky?

Seguramente, ¿esto no podría ser? Sin embargo, a medida que continuaba el intercambio de información, quedó claro que los extranjeros habían venido a recuperar los barriles que Pedro Castillero había acordado años atrás regresar a Escocia. Aventurarse de regreso a su bodega, en ruinas, los exponería a un peligro extremo, pero su padre había dado su palabra. Su honor le obligaría a ayudar al escocés y a su compañero a cumplir con su misión.

* * *

Payton se encontró perdido, algo poco común en él. Por otro lado, el líder de la guerrilla había dicho que se llamaba Juan y que todos sus compañeros se llamaban Juan. Era una reminiscencia del omnipresente Jacques, adoptado por los revolucionarios, en Francia. Obviamente, mantener ocultos los nombres verdaderos garantizaba el anonimato y la protección.

No obstante, si todos los partisanos eran realmente hombres, Payton estaba en problemas. La delgada figura, que había estado cerca del líder, durante todo el intercambio, estaba vestida

con ropa masculina, pero tenía que ser una mujer. ¿Por qué se había agitado su virilidad?

Y ahí radicaba un dilema aún más desconcertante. Payton se sentía atraído por las mujeres de pechos grandes, no por las niñas abandonadas con cara sucia y aspecto de ramitas, que parecían tener unos dieciséis años. Sin embargo, entendió por qué una muchacha, involucrada en actividades guerrilleras, querría vestirse y actuar como un hombre. Deseó poder preguntarle su nombre, solo para estar seguro que era una muchacha. Probablemente no entendía inglés, aunque su líder lo hablaba bastante bien. ¿Era su padre?

En el transcurso de la conversación se hizo evidente que se trataba del hombre que regentaba un viñedo en Jerez. Se declaró dispuesto a conducirlos hasta allí. Sus camaradas parecían menos dispuestos, incluso reacios.

A pesar de las quejas, se acordó que partirían al amanecer.

—¿Cuáles son las posibilidades que este Juan sea el español al que le entregaste las duelas de barriles? —preguntó Kenneth, mientras Payton y él se acostaban para pasar la noche.

—Muy improbable —respondió, aunque se preguntaba esto a sí mismo.

* * *

Alba estaba acostumbrada a dormir ligeramente. No se sorprendió cuando muchos de sus camaradas se alejaron durante la noche, probablemente alentados por Alfonso a desertar. ¿Habían sido conscientes los extranjeros de su desertión? Estaban demasiado lejos para ver si estaban dormidos, pero el escocés estaba inquieto. Con suerte, él no había adivinado que era una mujer, aunque de alguna manera dudaba eso. Ella había visto lujuria en los ojos de los hombres antes. Normalmente, eso le ponía los pelos de punta y mantenía alerta. ¿Qué tenía de diferente el escocés? Ella se había pavoneado bajo su mirada.

Al abrir los ojos, a la oscuridad previa al amanecer, se sobresaltó al ver a un hombre cerniéndose sobre ella. Semejante descuido podría significar la muerte, ¿y cómo había logrado el gigante moverse tan sigilosamente?

—Buenos días —dijo, ofreciéndole la mano—. ¿Hablas inglés?

Haciendo caso omiso de su oferta de ayuda, se arrodilló y enrolló las pieles.

—Lo hago —respondió ella, tragándose el instinto de responder con “Sí”.

—Entonces, ¿debo llamarte Juana? —preguntó, con un toque de diversión en su voz.

Él estaba coqueteando con ella. Tuvo que reprimir el poderoso impulso de revelar su verdadero nombre, al igual que la tentación de ser igualmente coqueta.

—Si lo deseas —respondió ella con frialdad.

—¿El líder es tu padre?

Alba no vio ningún beneficio en negarlo.

—Él es.

—¿Y regentaba una destilería, en Jerez?

Los recuerdos agridulces le atascaron la garganta.

—Los franceses la destruyeron. Y la llamamos *bodega*.

—Mis hermanos y yo somos dueños de una destilería de wiski, en Escocia. Ha estado en nuestra familia durante generaciones. No puedo imaginar cómo me sentiría, si fuera destruida.

Ella solo pudo asentir en respuesta para que las lágrimas no empezaran a caer. Había enterrado esa pesadilla y el escocés la había resucitado.

—¿Cómo es que hablas tan bien inglés? —preguntó.

¿Había peligro en decírselo?

—Mi madre era de la isla de Mull —confesó.

* * *

Payton anhelaba abrazar a esta joven, que había sufrido grandes pérdidas, y estaba viviendo la peligrosa vida de una guerrilla. A pesar de su ropa andrajosa y apariencia desaliñada, había una tranquila dignidad en ella. Tenía que suponer que su madre estaba muerta, ya que obviamente no viajaba con los partisanos. Sin embargo, ¡por las venas de su hija corría sangre escocesa!

Su padre apareció y lo empujó a un lado.

—Por favor, aléjese de mi hija, señor —advirtió.

Payton no lo culpó. Los españoles eran notoriamente protectores con sus hijas, una tarea que era difícil, incluso en el mejor de los casos.

—Por supuesto —replicó—. No quise faltarle el respeto.

El hombre tenía razón. No tenía sentido coquetear con la muchacha española. Con el tiempo, regresaría a Inglaterra, y Jasmine esperaba ansiosamente su regreso. La perspectiva no ofrecía mucha alegría.

Se reunió con Kenneth, que estaba ocupado ensillando su mula.

—¿Tentadora? —dijo su primo, ladeando la cabeza en dirección a Alba.

—No —mintió.

* * *

En Inglaterra, Kenneth nunca había ensillado su propio caballo. Incluso antes que su padre se convirtiera en duque, la familia Hawkins había contratado mozos de cuadra para que se encargaran de tareas tan insignificantes. Ahora era un experto en ensillar una mula testaruda.

Participar en esta aventura había sido una buena idea. Todavía extrañaba a Cat, pero había otras cosas en las que pensar, además de su profundo anhelo por una mujer, que parecía más lejana que nunca.

No había apreciado completamente el peligro hasta que se encontraron con los partisanos: gente común y corriente, que lo había dejado todo para esconderse en los bosques y acosar a los franceses. Si su primo y él querían sobrevivir, tendrían que mantener su ingenio. Era obvio que la diminuta mujer española había llamado la atención de Payton. Eso en sí mismo era intrigante, ya que él prefería a las mujeres bien dotadas.

—No lo olvides, Jasmine te está esperando —le advirtió, mientras montaban—. Y debemos mantener nuestra mente en la misión.

—Entendido. —Esa fue la respuesta poco entusiasta.

Un trío improbable

Niven había asumido que no vería mucho a Daisy durante el viaje al norte. Sin embargo, fue difícil evitar a la otra pasajera de la pequeña goleta.

Al principio, pensó que era simplemente inevitable que se encontraran, pero pronto se dio cuenta que Daisy estaba haciendo todo lo posible para toparse con él. Y las reuniones siempre parecían tener lugar en espacios reducidos, como las escaleras de mano o la cocina, donde dos personas tenían que hacinarse, en un banco diseñado para una sola.

Curiosamente, él se encontró esperando con ansias estos encuentros, que implicaban tocamientos un tanto inapropiados. Su virilidad definitivamente aprobaba el contacto físico. También descubrió que ella es una compañera inesperadamente buena y una conversadora animada.

A ella no siempre le había parecido agradable la idea de viajar a Escocia, y él se preguntó qué la había hecho cambiar de opinión.

Daisy le hizo todo tipo de preguntas sobre Glengeárr y la destilería. Era evidente que ella estaba nerviosa por la aventura, por lo que hizo todo lo posible para tranquilizarla.

—La verdadera vida en las Highlands es diferente a la que estás acostumbrada en Londres. Más simple... Más lenta...

—Espero que a mamá no le importe que vaya sin avisarle —dijo—. Ella me ha invitado más de una vez.

—Estoy seguro que estará encantada —replicó. Él no conocía muy bien a su tía Maureen, pero siempre le había parecido que era una madre cariñosa.

—Estoy ansiosa por conocer a esa Cat de la que escribe mi mamá.

—Es una gran muchacha —aclaró Niven, preguntándose si Daisy había sumado dos y dos, y se había dado cuenta que Kenneth extrañaba a Cat.

* * *

Daisy se repitió, una y otra vez, que perseguir a Niven King era una temeridad. Ella apenas lo había notado durante meses, ahora, no podía pasar cinco minutos sin inquietarse por volver a verlo.

Era una lástima que no él hubiera usado su falda escocesa, aunque probablemente no era una prenda apropiada para un viaje por mar. Sin embargo, ella deseaba poder usar algo más que faldas hasta los tobillos, que eran una molestia embarazosa de controlar con el viento.

A pesar que él debía tener sus calzoncillos, la sólida fuerza de ese muslo resultaba excitante para ella, cuando se sentaban uno al lado del otro, en la cocina. No podía imaginar por qué él estaba nervioso, aunque pronto se acostumbró a los constantes movimientos de su pierna. Una cosa de hombres, supuso. Esto solo empeoró, en una ocasión, en que ella se armó de valor y puso una mano en su rodilla para calmar los espasmos.

De todas maneras, él se comportó como un perfecto caballero. Pero, ¿No le había dado suficientes pistas y actuado como una lasciva? Cuando atracaron en Dundee, temió porque primero debía besarlo.

Ella permaneció en cubierta, mirándolo supervisar la descarga de las duelas de roble inglés que Tavish había pedido. Una carreta se detuvo junto a los montones de duelas. El sonriente

conductor saltó y abrazó a Niven. La curiosidad de Daisy se convirtió en ira por celos, cuando se dio cuenta que era una conductora: una mujer gitana vestida con un mono para hombre.

* * *

—Estoy en casa. —Ese fue el único pensamiento en la cabeza de Niven, mientras Catriona Neish lo abrazaba con la risa burbujeando, en su garganta.

—Es bueno verte —dijo ella efusivamente, dándole una palmada en la espalda.

—Es bueno estar en casa y ver tu linda cara —replicó, temiendo el momento en que tendría que contarle sobre Kenneth.

Ese pensamiento le recordó que Daisy todavía estaba en cubierta. Levantó la vista y la saludó. Ella parecía enojada por alguna razón. Se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡Ven a conocer a Cat!

Él se sintió aliviado, cuando esa sonrisa volvió, y ella se dirigió hacia la pasarela.

—¿Quién es ella? —bromeó Cat con un brillo en sus ojos—. ¿Tu amada?

La pregunta tomó a Niven por sorpresa. Le agradaba Daisy, pero difícilmente la podría llamar su amada. Más bien, ella había viajado a Escocia para ver a su madre y no pretendía estar con él.

—No... Daisy es la hermana de Kenneth.

—¿Y cómo está él? —Cat analizó sus pies.

—¿Kenneth? Bueno...

—Dímelo —exigió con los ojos muy abiertos.

Claramente, ella había detectado su vacilación.

—No sé cómo decírtelo.

—Mi hermano se fue a España —declaró Daisy, mientras se acercaba a ellos, en el muelle.

Niven podría haber estrangulado alegremente a Daisy en ese momento, pero al menos se había salvado de decir la verdad.

—¿España? —gruñó Cat.

—Sí. Payton y él...

—¿Payton se ha ido a España con él?

—Sí.

Cat siempre había sido la persona más sensata y tranquila que conocía. Ahora se movía, alarmantemente, con la barbilla temblando y los puños cerrados.

—Kenneth —gimió, mientras sus lágrimas caían.

—Tú eres la indicada —dijo Daisy en voz baja, tomando la mano de Cat—. Eres tú por quien mi hermano ha estado suspirando.

* * *

Cat luchó por calmar la agitación que asolaba su corazón. Lady Maureen había insinuado que Kenneth la echaba de menos, pero en realidad no lo creía.

—Vine a Dundee para buscar estas duelas de barril —explicó ella, cuando Niven terminó de cargarlas en la carreta.

—Pero, ¿por qué no ha venido tu viejo? —preguntó Niven.

—Él no puede trabajar ahora. Es demasiado viejo y la destilería está tan ocupada que Tavish no podría prescindir de un trabajador.

Cat ansiaba encontrar las palabras adecuadas para hablarle a la hermana de Kenneth, una

inglesa a la que nunca había conocido, y que probablemente pensaba, que ella era una prostituta, dispuesta a atrapar a un duque. Deseó no estar vestida con un mono de hombre.

—No esperaba pasajeros —dijo finalmente—. Planeaba dormir en la carreta, esta noche, pero podemos parar en una posada, en el camino.

—Sí —expresó Niven—. Probablemente, es lo mejor.

Lady Daisy no dijo nada y mantuvo la mirada fija en la carreta.

—No te preocupes —le dijo Niven—. Iré atrás con los barriles.

A Cat no le gustaba la perspectiva de sentarse junto a la hermana de Kenneth, durante horas y horas.

—No. Podemos acomodar a tres, en el asiento del conductor.

—En ese caso, yo tomaré las riendas —replicó él.

Quedaron apretados. Niven estaba sentado entre Cat y Lady Daisy. Los tres partieron hacia Glengeárr.

Después de unas cuantas millas, Cat notó que la inglesa entrelazaba su brazo con el de Niven.

—Tengo miedo de caerme —dijo.

Cat nunca antes había visto a Niven sonrojarse. Quizás, él no pensara que Daisy Hawkins fuera su amada. Pero, esa mujer veía las cosas de otra manera.

—Tu madre estará muy contenta de verte, Lady Daisy —intentó hablarle. Alguien tenía que iniciar una conversación. No podían viajar hasta Glengeárr en total silencio.

—La he extrañado. —Esa fue la respuesta inesperadamente sincera.

—Ella también te extraña.

—¿La ves a menudo?

—Cada día.

—Sus cartas están llenas de noticias tuyas, Catriona.

Eso fue una sorpresa.

—¿En serio?

—Por supuesto, esto no es para mi beneficio. Es para Kenneth, ¿no? Las lee una y otra vez.

Cat no pudo dar una respuesta, por lo que guardó silencio.

—¿Por qué no viajaste a Londres con él?

—Él no me lo preguntó.

—Porque es un tonto.

¿Qué hay en un nombre?

Payton había sido advertido por un padre español protector. No fue difícil prestar atención a esa advertencia durante el día. Los estrechos senderos de las montañas, una mula cascarrabias y el peligro siempre presente de toparse con una patrulla francesa le hicieron relativamente fácil no pensar en la joven española con la que viajaba.

La velada fue una propuesta diferente. Con solo Juan, su hija, Payton y Kenneth, sentados alrededor de una fogata, parecía ridículo no entablar una conversación. Quería saber más sobre la ingeniosa muchacha, que lo intrigaba. Fue ella quien atrapó y desolló los conejos, que su padre cocinaba al fuego.

—Te has adaptado a esta vida —dijo, lamentando instantáneamente las palabras irreflexivas.

Juan apretó los puños. Incluso Kenneth hizo una mueca.

—Hemos tenido que adaptarnos —replicó la muchacha—. Nuestra antigua vida se ha ido.

Payton no detectó rencor en su respuesta, por lo que siguió adelante.

—Háblame de tu vida, antes que llegaran los franceses.

Las lágrimas que brotaban de sus ojos demostraron que él se había equivocado de nuevo. Juan habló, antes que él pudiera disculparse.

—Cuando lleguemos a mi bodega, solo verás destrucción. Edificios y vides incendiadas.

—Y nuestra hermosa casa —añadió Juana con la mandíbula apretada—, pero esa no fue nuestra mayor pérdida.

Padre e hija contemplaron las crepitantes llamas.

Payton supo en ese terrible momento que alguien querido para ellos había muerto, a manos de los soldados franceses.

—¿Tu madre? —preguntó suavemente.

Luchando por mantener la compostura, Juana asintió.

—Sí, mi madre.

La madre de Payton había estado casada con un hombre al que despreciaba. La había convertido en una arpía, que a menudo descargaba su resentimiento en sus tres hijos. Sin embargo, su muerte lo dejó desconsolado.

—Lo siento. —Sin embargo, esto pareció una respuesta inadecuada, ante el evidente dolor de los españoles.

—¿Qué pasa con la bodega donde los King enviaron las duelas de las barricadas? —preguntó Kenneth—. Castillero era el apellido del hombre. ¿Lo conoces?

—Sí —respondió Juan—. Lo conozco.

Payton y Kenneth intercambiaron una mirada de complicidad. Ambos habían detectado la verdad en los ojos de Juan. Se trataba de Pedro Castillero, el español a quien los King habían consignado las duelas.

En ese caso, tal vez no hubiera muchas esperanzas de encontrar barriles intactos, si su bodega fue destruida. ¿Estaban estos españoles llevándolos a una búsqueda inútil? Si era así, entonces, ¿por qué?

Payton decidió tomar un camino más tortuoso para descubrir la verdad.

—Dijiste que tu mamá era de Mull. ¿Cómo se conocieron tus padres?

* * *

Alba estaba inmensamente orgullosa de la historia familiar, que no había podido contar durante años. ¿Por qué no compartir algo de la historia de su familia con este interesante escocés y su primo? Estaba claro que eran hombres honorables, que no traicionarían sus confidencias. La bodega Castellero se había beneficiado de las barricas de excelente calidad, procedentes de Escocia, enviadas sin costo alguno, y con solo la palabra de su padre, como garantía de su devolución. Nadie podría haber predicho que Napoleón pondría fin a ese plan, destruyendo todo lo que la familia Castellero apreciaba.

—¿Has oído hablar de la Armada Española? —preguntó, divertida por los predecibles ceños fruncidos de perplejidad, en ambos rostros extranjeros.

—Por supuesto —respondió el inglés—. Hace cientos de años, en la época isabelina, España intentó invadir Inglaterra. El plan fue un gran fracaso.

—Bueno. Debes entenderlo —replicó—. Los españoles tenemos una visión diferente. Es cierto que la flota se perdió, pero, para nosotros, la Armada fue una empresa gloriosa. Más de uno de los antepasados de nuestra familia navegó en esos barcos y nunca regresó. Las historias de su coraje y sacrificio se han transmitido de generación en generación.

Le complació que ambos desconocidos parecieran fascinados por su historia, por lo que hizo una pausa para mantenerlos en suspenso.

—Eso todavía no explica... —interrumpió el escocés.

Con la intención de exhortarle a tener paciencia, ella cometió el error de tocarle los labios con la punta del dedo. No estaba segura exactamente de lo que pasó entre ellos, pero algo ardiendo en sus ojos, le dijo que su vida nunca volvería a ser la misma. ¿Se estaba haciendo realidad su premonición anterior?

* * *

Payton luchó por resistir la tentación de chuparse el dedo de Juana con la boca.

—Estoy impaciente —confesó, dudando que ella entendiera completamente su urgente necesidad de chuparles los pequeños pezones, que se asomaban en esa camisa. Aunque esa historia de la familia lo había relajado y entusiasmado—. Continúa —dijo con voz áspera, prestando atención a la mirada de Kenneth—. Perdón por haber interrumpido.

—Los marineros que volvieron a España, a bordo de los pocos barcos, que regresaron a casa, contaron sobre feroces tormentas, que empujaron a muchos barcos hacia las traicioneras rocas de las costas escocesas. A lo largo de los siglos, las familias de los hombres perdidos, en esos naufragios, alimentaron el mito que algunos pudieron haber sobrevivido. Es muy improbable. Si no se ahogaron, posiblemente, los lugareños los ahorcaron. Sin embargo, la idea de una peregrinación a Escocia, finalmente se hizo realidad a finales del siglo diecisiete. Mi padre y sus hermanos fueron a Mull, por la leyenda que un barco español encontró refugio allí. Sabían que nuestros antepasados navegaban en un barco con el mismo nombre: *San Juan de Sicilia*.

—Si tu padre se casó con una de las lugareñas, supongo que le dieron una cálida bienvenida —bromeó Kenneth.

—¡Och, sí! —replicó Juana, mirando rápidamente a su padre, cuando se dio cuenta de lo que había dicho.

—Me enamoré de Olivia en el momento en que la vi —dijo Juan con tristeza—. Ella no cumplió el destino al que la traje aquí.

—Su muerte no fue culpa tuya, papá —ratificó Juana—. El enemigo es el único culpable de esa atrocidad.

Su padre pareció perdido en sus pensamientos, durante unos minutos, antes de volver a hablar.

—Olivia siempre extrañó su tierra natal. Es la razón por la que nombró a nuestra hija... —Entrecerró los ojos—. No importa. No importa.

—¿Te puso el nombre de su país? —preguntó Payton.

—Mi nombre es María.

La decepción de Payton debió estar escrita en su rostro.

—Todas las niñas que nacen en España se llaman María —explicó con una sonrisa—. El nombre por el que me conocen es Alba.

—Alba —dijo con voz áspera, saboreando el antiguo y sagrado nombre en sus labios—. Soy Payton King.

Mientras tanto, en Escocia

Maureen Hawkins-Graham estaba demasiado agitada para dormir.

—Me alegro mucho que Daisy haya decidido venir a Escocia —le dijo a su marido—. Pero las noticias sobre Kenneth son devastadoras.

Su corazón frenético se calmó un poco, cuando Jock se acurrucó en su espalda y tomó su pecho.

—No entiendo por qué se fue a España —dijo.

—Daisy comentó que ha estado de mal humor e inquieto desde su regreso de Escocia. Estoy convencida que añora a Cat. Quizás vio a España, como una oportunidad para escapar de su tormento.

—Y aquí está ella, en Escocia, añorándolo... Parece una tontería que no puedan casarse.

—No veo ninguna razón para que no puedan —replicó—. Solo tenemos que convencerlos de eso.

—Sí... La pobre muchacha no ha dejado de llorar desde que supo que se fue a España.

—Debemos hacer algo para unirlos.

—Bueno, no puedes llevar a Cat a España.

—No, pero podría llevarla a Londres para que esté allí, cuando él regrese.

—Daisy no estará muy feliz de volver a Londres tan pronto.

—Debo admitir que estoy asombrada que mi hija haya venido, y parece contenta de estar aquí. Ella me ha acompañado a la destilería todos los días desde su llegada.

—Gregor piensa que ella es dulce con Niven —dijo él.

—Mi hermano todavía supone que lo sabe todo. —Ella resopló, respondiendo de esa manera—. Cuanto mayor se hace, más tontas son sus opiniones.

* * *

—¡Aún no entiendo cómo pudiste permitir que Payton se fuera a España! —gritó Tavish desde el otro extremo de la sala de maltería de la destilería.

Niven se enfureció. Tornear malta a mano no era su pasatiempo favorito y la acusación de su hermano mayor le dolió.

—¿Desde cuándo Payton me escucha alguna vez? —replicó—. Ni siquiera lo discutió conmigo.

—Los dos son temerarios. Pensé que Kenneth tenía más sentido común —murmuró Tavish. Niven apretó los dientes.

—En primer lugar, debes darte cuenta que Payton ha ido a España por ti. A él realmente no le importan los barriles de jerez, pero sabe que tienes el corazón puesto en el plan.

Tavish hizo una pausa, aparentemente considerando lo que Niven había sugerido.

—¿Y qué pasa con nuestro primo? Sé que es un inversionista en la destilería, pero aún así.

—Creo que Kenneth decidió ir porque no está contento. Extraña a Cat Neish.

—Entonces, ¿crees que es cierto que Kenneth y Cat se preocupan el uno por el otro?

—Sí.

—La tía Maureen ha estado planeando cómo unirlos. Ahora, es muy tarde...

—No digas eso —manifestó Niven, tragándose el nudo de temor en su garganta—.

Tenemos que asumir que regresarán sanos y salvos.

—Sí... Hablando de otro tema, ¿cómo convenciste a Daisy para que viniera al norte?

—No lo hice. Ella lo sugirió.

—Ella siempre ha insistido en que no vendría. ¿Me pregunto qué la hizo cambiar de opinión?

A Niven no le importaba la forma en que su hermano movía las cejas.

—¿Quién puede entender por qué las muchachas actúan como lo hacen?

—¿Eres tan obtuso, muchacho? Es a ti a quien está persiguiendo.

—¿Eres tonto? —respondió—. ¡Ella es nuestra prima!

—Mucha gente se casa con las primas —afirmó Tavish—. Es lo que se espera en algunos círculos.

* * *

Cuando Tavish regresó a casa esa noche, agradeció los besos de su esposa. Dio gracias al Cielo, una vez más, por una esposa que siempre se alegraba de verlo. Esto estaba muy lejos de su juventud, cuando sus padres siempre habían estado peleando entre sí.

Tomó a su hijo pequeño de los brazos de su esposa y lo acunó.

—Niven dijo algo que me molestó hoy —le dijo a Piper, bendecido por tener una esposa en quien podía confiar—. ¡Que Payton se fue a España por mí!

—Bueno —replicó ella, hurgando en los leños, que ardían en la estufa de leña—. Payton sabe lo importante que son para ti esos barriles de jerez.

—Pero, ¿arriesgar su vida para recuperarlos?

—Deberías sentirte honrado, que tanto él como Kenneth piensan que tu plan de añejar el whisky, en barriles de jerez, es lo suficientemente importante, como para correr el riesgo.

El nudo en su estómago se apretó.

—Entonces, esperemos que tengas razón —concluyó, haciéndole cosquillas a Munro debajo de la barbilla.

—¿Qué más tenía que decir Niven? ¿Algo sobre Daisy?

Él levantó a su hijo, que se reía en el aire.

—Niven no cree que ella esté interesada en él.

—O está mintiendo, o está ciego. —Su esposa se rió entre dientes.

* * *

Daisy se sorprendió al descubrir que el funcionamiento de la destilería era muy interesante. De hecho, disfrutaba acompañar a su madre. Al principio, el aroma de la cebada para malta era abrumador, aunque pronto empezó a desear inhalarlo. Si bien su motivo principal era ver a Niven, también estaba contenta de tener la oportunidad de conocer a Cat Neish.

Tavish King elogiaba constantemente la forma eficiente en que Cat mantenía los libros de contabilidad actualizados, y obviamente la valoraba como empleada. No obstante, durante algún tiempo, Daisy se sintió avergonzada que ella hubiera asumido ese trabajo, cuando las mujeres de las Highlands carecían de educación. Empezó a comprender lo que Kenneth veía en Cat. Era hermosa, inteligente y amigable. Pero, ¿ella amaba lo suficiente al hermano de Daisy, como para embarcarse en la desafiante vida de ser duquesa?

Solo había una manera de averiguarlo.

—¿Amas a Kenneth? —le preguntó a Cat, una mañana, cuando estaban solas, en la

improvisada oficina de la destilería.

—Y pensé que los escoceses eran directos —respondió Cat con una sonrisa.

—Lo digo en serio —insistió Daisy—. Trabaja duro para continuar el éxito de su ducado. Al menos, él solía hacerlo hasta... bueno... hasta que te conoció.

—Mi vida tampoco ha sido la misma desde entonces —dijo Cat con un suspiro—. Parece que no puedo dejar de pensar en él. Tengo mucho miedo que le pase algo terrible en España.

—Comparto tu temor —confesó Daisy—. Y creo que deberías acudir a él, cuando regrese. Para que veas qué pasa con tu relación.

—¿Crees que es solo un capricho pasajero?

—Nunca lo sabrás, a menos que vayas a Londres. Él no puede dejar Inglaterra para vivir aquí, así que...

Ellas se sorprendieron cuando la madre de Daisy apareció de repente, y declaró:

—Creo que es una muy buena idea. Hablaré con Tavish para encontrar un reemplazo para ti... para que Daisy y yo podamos llevarte a Inglaterra.

—Ve tú, mamá —expuso Daisy, sorprendiéndose a sí misma con lo que estaba a punto de decir—. Preferiría quedarme aquí, un tiempo más.

La atracción

Cuatro días después de su llegada a Gibraltar, Payton y Kenneth se encontraron en un bosque, en la cima de una colina, en las afueras de la ciudad de Jerez. Juan advirtió que probablemente se les unirían otros patriotas españoles.

—Los franceses marchan a menudo hacia el este y el sur de nuestra ciudad —explicó el español—. Traen refuerzos, desde Sevilla, para las tropas que asedian Cádiz.

—Entonces, este es un buen lugar para tender una emboscada —sugirió Kenneth.

—Sí —confirmó Alba con una sonrisa—. Tenemos un mejor uso de las armas.

—Más allá de nuestra bodega —dijo Juan, señalando hacia el oeste, hacia unas ruinas, más allá de las cuales se extendían acres de enredaderas carbonizadas—. Cuando nos acerquemos, veremos nuevos crecimientos en las vides. Se necesitan más que unos cuantos tizones franceses para frustrar a la madre naturaleza.

—Cierto —habló un extraño, mientras entraba al campamento—. Es cierto.

Payton y su primo giraron para enfrentar al hombre con el ceño fruncido al que no habían oído acercarse, pero Juan no dio vuelta.

—General Ballesteros —habló Alba en voz baja—. Él es, más o menos, el líder de todas nuestras pequeñas bandas.

Al general, le dijo:

—Estos amigos son Payton King y Kenneth Hawkins.

Ballesteros la fulminó con la mirada, probablemente molesto porque había revelado sus nombres, pero luego desvió su mirada hacia Kenneth.

—¿Kenny Hawkins? ¿Qué diablos estás haciendo aquí? No te he visto desde Oxford.

—¿Manuel? —respondió Kenneth—. ¡Santo Cielo!

* * *

Alba estaba tan sorprendida como cualquiera que el Generalísimo y Kenneth se conocieran desde su época universitaria. Al principio, le divertieron los relatos de experiencias compartidas y opiniones de varios profesores. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche y más hombres de Ballesteros llegaban al campamento, ella comenzó a sentirse llamativa, como la única persona que no bebía vino. Se dio cuenta que Payton estaba extrañamente silencioso. Normalmente, él era un buen conversador, pero ahora parecía no tener nada que aportar a una discusión sobre travesuras universitarias.

Cuando ella se levantó y se alejó de la reunión, él la siguió, uno o dos minutos más tarde.

—Estás tranquilo, esta noche —le dijo, mientras él se sentaba a su lado, en un tronco caído.

—Necesito un trago de wiski para soltar la lengua —bromeó.

—Sí, el vino local no es del gusto de todos. Es casualidad que tu compañero conozca a Ballesteros —susurró.

—Sí... El mundo es más pequeño de lo que pensamos. También estaba en la escuela con John Smith. Supongo que los hijos de muchas familias adineradas fueron a estas escuelas famosas.

Estaba claro por el dejo de melancolía en su voz, que él no era uno de esos hijos privilegiados.

Permanecieron sentados en silencio durante largos minutos. Era cómodo, pero había una tensión tácita entre ellos.

—Debe resultarles difícil volver aquí —dijo finalmente.

—Sí —confesó—. Aunque hay una deliciosa ironía en usar nuestra bodega, en ruinas, como base para atacar al enemigo.

—Entonces, ¿podemos entrar?

—Iremos más tarde, después que los hombres del general completen su próxima emboscada. Una columna francesa viene de Sevilla. Habrá armas para agregar a nuestra colección. Algunos de nuestros guerrilleros probablemente están en la bodega, y se preparan al amparo de la oscuridad.

—¿Escondiste las armas que capturaste en las ruinas?

—Sí. Mosquetes, pistolas y espadas están escondidos, en lo profundo del sótano, donde los franceses nunca se aventuraron.

—Me asombras, Alba —declaró con una sonrisa, que a ella le derretió las entrañas.

Ella se sentía atraída por este corpulento escocés y sentía que le agradaba pero, lamentablemente, debido a Napoleón, no había futuro para ellos.

* * *

Payton estaba confundido. No era inusual que su virilidad respondiera de todo corazón a una muchacha. Sin embargo, las chicas que le atraían normalmente estaban bien dotadas en el departamento de senos. Alba era terriblemente delgada. Supuso que parte de la razón residía en vivir huyendo. Aparte de eso, sospechaba que ella nunca ocuparía un lugar destacado, incluso si disfrutara de un estilo de vida lujoso. A su polla, obviamente, eso no le importaba. Puede que fuera delgada, pero su cuerpo era ágil y estaba en forma.

Estaba avergonzado de desearla tanto. Había que considerar a Jasmine. Si el Cielo lo quería, Kenneth y él regresarían a Inglaterra. No había futuro para Payton King y la guerrera española que anhelaban esa unión.

Intentó analizar qué era lo que le había atrapado en ella. Era valiente e inteligente, ¡sin duda, gracias a su sangre escocesa! Él la admiraba. ¡Cómo se reirían sus hermanos! ¡Payton King admirando a una muchacha!

—¿Hay algo divertido? —preguntó ella.

—No, en realidad no —respondió, dándose cuenta que se había reído en voz alta—. Estaba pensando que soy un hombre afortunado, sentado aquí en una noche cálida, junto a una hermosa muchacha española.

—Nadie me ha dicho nunca que soy hermosa —susurró ella, volviendo sus enormes ojos oscuros hacia él.

Entonces, ella se dio cuenta de lo cruel que había sido el destino al privarla de una vida normal. No había pretendientes ni jóvenes españoles apostados compitiendo por su mano. Deseaba poder corregir ese error, pero no podía hacerlo.

—Con mucho gusto le pediría permiso a tu padre para cortejarte —dijo él.

Supo que se había equivocado, una vez más, cuando ella sonrió y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me gustaría eso —susurró.

Él apretó los puños.

—Pero en casa estoy comprometido con una muchacha inglesa. Jasmine es su nombre.

—Entiendo. —Ella lo aceptó, mientras recogía el chal de sus hombros y se levantaba—. De

todos modos, esto nunca funcionará entre nosotros.

* * *

Para Alba era una tontería sentir celos de una inglesa que no conocía. También era una gran tontería querer a Payton para ella. En unas horas, ella estaría participando en una emboscada. Los franceses podrían matarla o, peor aún, capturarla. No tenía nada que ofrecerle al escocés ni siquiera unos pechos voluptuosos, como los que alardeaban la mayoría de las chicas de su edad.

Aún así, ella había pensado que él se sentía atraído por ella. Los hombres la habían deseado antes. Ella conocía las señales. El olor almizclado de Payton delató su deseo, pero lo que ella había visto en su mirada no era lujuria. Era quererla, anhelarla...

Sin embargo, él estaba comprometido con una mujer llamada Jasmine. Debería haber sabido que un hombre tan hermoso era muy solicitado.

Conteniendo las lágrimas, se acercó a los hombres reunidos alrededor del fuego.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó su padre.

—No pasa nada, papá —mintió, esperando que él la censurara por sentarse a solas con Payton.

—Te gusta el escocés —advirtió—. Y a él tú le gustas.

Demasiado desconsolada para seguir fingiendo, asintió.

—Tienes razón, pero él está comprometido.

Como de costumbre, el rostro de su padre no revelaba ninguna emoción. Era imposible discernir su reacción. Al cabo de unos minutos, él volvió a hablar:

—Pero... voy a pedirle que te lleve a Escocia.

—Pero... —Criaturas aladas volaron en su vientre.

—Estarás más segura con la hermana de tu madre en Mull hasta que termine la guerra.

—Pero quiero pelear contigo, papá. ¡Quiero vengar a mamá!

—Ya has hecho más que suficiente para satisfacer eso —aclaró—. Tu mamá querría que vivieras y fueras feliz. Y me sentiré mejor sabiendo que estás a salvo.

Viajar a Escocia con un hombre que quería, pero que no podía tener, sería una tortura, aunque al menos estaría lejos de la carnicería. Ella siempre había querido visitar la tierra natal de su madre.

—Quizás él no esté de acuerdo —dijo.

—Lo estará...

Una emboscada

—Siento que estoy de más, aquí —dijo Kenneth.

—Entiendo lo que quieres decir —confirmó Payton—. Nos han dado pistolas y mosquetes, pero dudo que nuestra contribución agregue mucho poder de fuego al centenar de guerrilleros que se han reunido.

—Aquí estamos —añadió Kenneth—, armados hasta los dientes, tumbados boca abajo, esperando que una columna francesa pase por el barranco, debajo de nuestro punto de vista. Es extraño, pero nunca me he sentido más vivo.

Una conmoción detrás de ellos llamó su atención. Veinte hombres tiraban de cuerdas. Finalmente, gracias a sus esfuerzos, una cureña salió tambaleándose, desde los arbustos, con Ballesteros caminando a su lado y una mano en el cañón.

—¿De dónde sacaron eso? —le exclamó Kenneth a su compañero de la universidad.

—Capturada a los franceses. Napoleón tiene la mejor artillería: ¡ligera y fácil de mover, si tienes caballos!

Kenneth se preguntó cómo los españoles trasladaban la pieza de un lugar a otro.

—He oído mucho sobre la artillería francesa —replicó—. Dicen que es la razón principal del éxito militar del emperador.

Ballesteros estuvo de acuerdo.

—Sin embargo, en España, su ejército solo puede utilizar el cañón de ocho libras, como este. El terreno aquí es demasiado accidentado para el resto de la famosa artillería Gribeauval. Tienen los cañones de asedio más grandes apuntando a Cádiz. Cuando se vean obligados a abandonar el asedio, lo pasarán muy mal, llevándose esos cañones con ellos.

—¿Crees que el asedio fracasará? —preguntó Payton.

—Hace casi dos años que no logran capturar el puerto, aunque lo tienen más o menos rodeado. Por supuesto, hemos intervenido en sus dificultades.

* * *

La broma de Ballesteros se quedó corta. Un ejército extranjero, lejos de su casa, no podía esperar ganar contra un enemigo, que conocía el difícil terreno y estaba dispuesto a transportar cañones pesados, a donde fuera necesario. La determinación de salir victorioso estaba escrita claramente en cada rostro moreno. Payton había aprendido de conversaciones con Alba y su padre, que los españoles estaban orgullosos de su país, su religión y su monarquía. No estaban dispuestos a permitir que el advenedizo corso los gobernara por medio de su hermano, instalado como rey títere en Madrid. Kenneth le dijo que Ballesteros era hijo de un duque español, lo que explicaba su asistencia a una universidad inglesa. En esta guerra, tanto los nobles como los plebeyos se unieron para derrotar a los invasores.

Payton entendió lo que Kenneth quería decir con sentirse vivo. Mientras se preparaba para ayudar en la emboscada de los soldados franceses armados, se le hizo un nudo en el estómago. Al menos estaba luchando por algo que valía la pena. Todos los que lo rodeaban debían estar igualmente aterrorizados, pero él no lo sabría con seguridad. Incluso Alba, tendida en la hierba, a menos de diez pies de él, con su mosquete apuntando al valle, parecía serena. Antes, no había notado su adorable trasero.

Cuando ella giró la cabeza para sonreírle, él luchó contra su abrumador impulso de levantarla y llevarla lejos, lejos, a un lugar seguro.

* * *

Emociones encontradas se arremolinaron en Alba. El miedo apretó sus entrañas. Ya debería estar acostumbrada a la violencia, pero, ¿realmente, alguien se acostumbró a esto?

La agitación en su corazón era peor. Se había resignado a la vida de partisana. Ella era una camarada y una luchadora por la libertad. Sin embargo, ¿qué sucedió con un hogar seguro, una familia y un hombre que la amaría? Estas eran cosas que la invasión francesa le habían quitado, y ella había aceptado esa dura realidad.

Payton King había vuelto a despertar sueños y deseos enterrados. Ella debería estar resentida con él por eso, pero no podía. Buscar seguridad en Escocia era atractivo, aunque tal vez sería más fácil para su corazón, quedarse en España y seguir luchando, hasta que perdiera la vida, o hasta que los franceses fueran expulsados.

Ella miró al escocés, mientras los hombres preparaban el cañón. Intentó disimular su miedo con una sonrisa, pero se sorprendería e incluso se decepcionaría, si él no tuviera miedo.

Tuvo la fantástica idea de rogarle que la llevara a un lugar seguro. Pero su futuro estaba aquí y ahora, en este valle, cuya apacible belleza estaba a punto de quedar empapada en sangre. La seguridad en los fuertes brazos de Payton King no era una opción.

* * *

Payton experimentó una momentánea punzada de lástima por los soldados franceses, inmaculadamente uniformados, que marchaban detrás de sus oficiales montados. Tenían las bayonetas caladas, pero eso no les serviría de nada contra el cañón, que estaba preparado para enviarlos al infierno.

—Están nerviosos —susurró Kenneth.

—También estarán examinando las laderas —confirmó Payton—. Los españoles nunca han atacado este valle antes, pero los franceses deben darse cuenta que esto podría ocurrir, en cualquier lugar de estas colinas.

—Manuel me dijo que su objetivo es acribillar a la infantería sin matar a los caballos de carga, que portan armas.

La generación de Payton no había luchado en guerras de clanes, pero ahora apreciaba cómo debieron haberse sentido sus antepasados, al acecho de un clan enemigo.

—Los King son un clan del clan MacGregor —le recordó a su primo—. Sabrían de qué se trata este tipo de guerra.

—Más que la mayoría de los otros clanes, según tengo entendido —agregó Kenneth.

A Payton le pareció interesante que su primo evidentemente hubiera estado investigando un poco.

—Sí... Fueron perseguidos, así que probablemente, no sabrían cómo se sienten los franceses, en este momento.

Él se había preparado para el estallido del cañón, pero recordar el clan MacGregor lo había distraído. Por un momento terrible, pensó que la artillería había explotado como el Mons Meg del rey James, en el asedio de Roxburgh. Se le puso la piel de gallina, cuando la metralla dio en el blanco y los gritos comenzaron en el valle. Con la mandíbula apretada, se puso de pie, y corrió cuesta abajo para ayudar a los guerrilleros a acabar con cualquiera, que no estuviera

despedazado.

Le ponía nervioso matar hombres, algo que nunca antes había tenido que hacer. ¿Fue la sangre vikinga, en sus venas, la que brotó, cuando se unió al caos? Había algo terriblemente satisfactorio en hundir una bayoneta, en el vientre de un hombre que intentaba matarlos. Él no era español ni siquiera hablaba el idioma, pero gritaba “*España*” tan fuerte, como cualquiera hasta quedarse ronco.

Tragó aire, listo para caer de rodillas, cuando el humo se disipó y de repente reinó el silencio. Aliviado al ver a Kenneth, todavía de pie, se echó el mosquete al hombro, dio unas palmaditas en la pistola, que llevaba en el cinturón y no había utilizado, y buscó a Alba.

El grito de guerra de MacGregor acudió a sus labios, cuando vio a un oficial francés riéndose con la espada en alto. Había desarmado a Alba, y tenía la intención de atravesarla.

—*Àrd-Choille* —gritó, mientras corría hacia adelante y disparaba su pistola.

Con la barbilla temblorosa y los ojos llenos de terror, Alba miró fijamente al soldado francés muerto.

Cuando ella se desmayó, Payton evitó su caída, llevándosela colina arriba.

La bodega

Después del conflicto, Kenneth ayudó a enterrar a los muertos españoles, hizo lo que pudo por los heridos y bebió demasiado brandy francés, descubierto entre los bienes saqueados. Nunca había visto un arma autómatas, pero conocía una pintura de figuras mecánicas, realizada para Madame de la Pompadour. Se tragó su horror, cuando los guerrilleros atacaron con bayonetas a los oficiales franceses supervivientes. Para su cerebro embotado tenía sentido que no quisieran desperdiciar balas de mosquetes. Probablemente, también era cierto que los franceses no habrían tomado prisioneros, si hubieran salido victoriosos.

Payton parecía estar en el mismo tipo de estupor, aunque rechazó el brandy y nunca se separó del lado de Alba.

A pesar de la niebla, en el cerebro de Kenneth, una cosa había quedado muy clara. Amaba a Catriona Neish y estaba decidido a hacerla suya, ¡al diablo con las reglas de la sociedad!

La decisión le trajo una calma pacífica que no había sentido desde... bueno, nunca.

Ansioso por compartir su epifanía con Payton, dudó cuando su primo se apartó del lado de Alba y se acercó a él con el ceño fruncido. La española estaba despierta y hablando, por lo que Kenneth asumió que se iba a recuperar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Necesito tu consejo —respondió Payton.

—¿Un escocés pidiendo consejo a un *Sassenach*? —bromeó Kenneth, consciente que Payton, seguro de sí mismo, nunca habría preguntado, si no hubiera sido importante.

—El padre de Alba quiere que nos la llevemos, cuando salgamos de España. Cree que estará más segura con su tía en Mull.

Kenneth vio el mérito del plan, pero Payton parecía preocupado por esto. Así mismo, su creciente convicción que su primo se preocupaba profundamente por Alba era evidentemente correcta.

—La perspectiva de llevarla con nosotros te preocupa.

Payton lo miró a los ojos.

—Me estoy enamorando de ella, pero estoy comprometido.

Kenneth tenía poco tiempo conociendo a Payton, y nunca habían sido amigos cercanos. Pero comprendió la angustia de un hombre que desea a una mujer, que no puede poseer. Si Payton y Alba se encontraban destinados a estar juntos (y cualquier tonto podía ver que el gigante escocés y la pequeña guerrera estarían bien juntos), el duque de Ramsay haría todo lo que pudiera para ayudarlos.

—La llevaremos sana y salva a Escocia —prometió.

* * *

A pesar de su propia confusión interna, Payton sintió un cambio en el comportamiento de su primo.

—¿Has tomado una decisión sobre Cat?

—¿Es tan obvio? —Kenneth se rió entre dientes—. Voy a pedirle que se case conmigo.

Payton estrechó la mano de su primo.

—Bien. ¡Será una gran duquesa!

—Creo que tienes razón —replicó Kenneth—. ¿Estás seguro de Jasmine?

Payton se enfureció.

—Prometí casarme con ella, y soy un hombre de palabra.

—Pero... Alba es a quien quieres.

—No siempre un hombre puede tener lo que quiere.

—Lo creí durante mucho tiempo. ¡Ahora soy mayor y más sabio!

Payton apreció la broma, pero tenía un nudo en el estómago.

—¡Tiene sentido sacar a Alba de esta guerra!

—Entonces lo haremos —confirmó Kenneth—. Ciertamente, su seguridad es lo importante.

—Sí. —Estuvo de acuerdo, aunque sería más fácil para su corazón dejarla atrás.

No obstante, él reconoció interiormente que eso no era así. Si la dejaba en España, se pasaría la vida preocupándose por lo que podría haberle pasado. Con la mandíbula apretada, giró para hablar con el padre de Alba.

* * *

Con el corazón hecho un nudo, Alba caminaba con dificultad, junto con sus camaradas. Regresar a la bodega en ruinas de su familia fue desgarrador, pero ella entendió la necesidad. El sótano debajo de la bodega escondía todo tipo de provisiones útiles y proporcionaba un lugar de refugio para los cansados guerrilleros.

Esta visita podría resultar su perdición. Payton rápidamente se daría cuenta que la misma era, de hecho, la bodega que había recibido las duelas de los barriles. Se preguntaría por qué no le habían dicho la verdad. Comprometerse a llevarla a Escocia, ya los había distanciado. Obviamente, él no estaba de acuerdo, pero ninguna protesta por su parte disuadiría a su padre... ni tampoco a Kenneth. Payton la había evitado, durante todo el largo camino, desde el lugar de la emboscada hasta el viñedo.

Si era honesta consigo misma, anhelaba escapar con Payton, no por seguridad, sino porque la perspectiva de decirle adiós para siempre era intolerable. Él estaba comprometido con otra, pero ellos podrían ser amigos, que se preocuparan el uno por el otro. ¿Podrían?

Ella se detuvo abruptamente. Su padre, Payton y Kenneth estaban juntos, frente a la bodega. Estaban mirando el cartel chamuscado, que una vez anunciaba con orgullo que la propiedad pertenecía a *Bodegas Castillero*. Faltaba la mitad, pero aún era visible parte del apellido.

Payton volvió hacia ella con una sonrisa inesperada en el rostro.

—Lo sospechábamos —confesó.

—Cuanto menos sepas será más seguro para todos —dijo el padre de Alba—. Pero ahora puedo admitir que soy Pedro Castillero.

Alba respiró con mayor facilidad, cuando los hombres se dieron la mano y se dieron palmadas en la espalda, como tres amigos perdidos hace mucho tiempo.

Le alegró el corazón que a su papá le gustara y confiara en Payton para llevarla a Mull. Pero, ¿podría confiar en sí misma, en su presencia?

* * *

La mayor parte del interior de la bodega estaba en ruinas. Fragmentos de vidrio y madera de barriles rotos cubrían el suelo de piedra.

—No suele ser rojo —explicó Pedro con tristeza—. La mayor parte de la mancha es del jerez que no bebieron.

—Me encantaría haber visto este lugar en funcionamiento —declaró Payton—. También le hubiera gustado a mi hermano mayor, Tavish. Él es el maestro destilador.

—Un día, tal vez, lo reconstruiremos y la vida volverá a la normalidad.

Payton comprendió plenamente la melancólica desesperanza en la voz de Pedro. En medio de tanta destrucción sin sentido, la normalidad parecía inalcanzable.

—Ha pasado un tiempo desde que hiciste jerez aquí, pero todavía puedo detectar el aroma de las bebidas alcohólicas.

—Esa es la flor la que hueles —explicó Alba.

—He oído hablar de eso —intervino Kenneth—. Es un crecimiento de levadura, exclusivo de esta zona de España.

—Sí, el clima favorece su crecimiento encima de las uvas en fermentación —dijo Pedro—. Lo llamamos el misterio de la bodega. Es lo que hace especial a nuestro vino.

—Entonces, ¿usaste los barriles que te enviamos? —preguntó Payton.

—Sí, efectivamente —respondió Pedro—. Quedamos tan impresionados con la forma en que fabricaron sus duelas, que comenzamos a copiarlas, cuando necesitábamos reemplazar los barriles.

—¿Supongo que ninguno sobrevivió a los franceses?

—Bueno —replicó Pedro—. El enemigo solo ve lo que tiene delante de sus largas narices.

—Tenemos una segunda *solera* escondida —aclaró Alba.

—¿*Solera*? —preguntó Kenneth.

—Es una serie de barricas dispuestas en jerarquía, con los vinos más jóvenes reemplazando parcialmente a los vinos más viejos, a medida que se van sacando.

—¿Nuestros barriles todavía están en esa *solera*?

—¡Sí!

Adiós Cat

De pie con Jock, Daisy y Gregor, fuera de la casa, en Glengeárr, donde ella había crecido, Maureen observó los progresos realizados por los trabajadores al volver a juntar las paredes de piedra. Desde que regresaron a Lockie House, hace unos meses, Jock y ella habían realizado muchas reparaciones. Con la mayoría de las habitaciones renovadas y arregladas, la antigua casa ahora era muy cómoda. Reacia a dejar atrás todas las comodidades de su vida anterior, había contratado sirvientes de confianza. Se resistía a partir, incluso para aquel importante viaje a Londres.

La ciudad capital guardaba recuerdos agridulces de su vida, como la de una digna duquesa de un hombre al que amaba, uno que inesperadamente había heredado un ducado. Ella había estado a la altura de los desafíos, pero ahora se daba cuenta que había sido a costa de su carácter escocés. Pero Freddie ya no estaba, y ella estaba feliz con un nuevo marido, y una nueva vida, en el lugar donde había nacido.

Sin embargo, su deber actual era hacer todo lo posible para asegurar la felicidad de su hijo.

Buscando una distracción, dirigió su atención al brillante carruaje estacionado frente a la casa.

—Nunca me gustó Dalwhinnie, cuando él era vizconde —declaró—. Es aún más pomposo, ahora que sucedió a su padre como conde de Craigdarroch. Aunque fue muy amable de su parte prestarnos su carruaje.

—Sí... Nos llevará cómodamente a Edimburgo y luego al Royal Mail —expresó Jock—. El conde se toma en serio su inversión en la destilería.

—¿Y por qué no? —replicó Gregor con su típico estilo sarcástico—. Obtiene los ingresos fiscales de la licencia que otorgó. Ahora, recuerden lo que les dije sobre el coche del correo. Debemos insistir en conseguir asientos en el interior.

Su hermano se lo había recordado al menos veinte veces, por lo que no era probable que Maureen lo olvidara.

—No te preocupes. No tengo intención de montarme en el tejado.

—Y deben quedarse en The White Horse, en Edimburgo.

—Ya lo hemos arreglado —confirmó Jock.

—Entonces —intervino Daisy—. Solo estamos esperando a Cat, luego pueden irse.

—¿Estás segura que no quieres venir con nosotros? —le preguntó Maureen a la hija, que siempre se había resistido a la idea de visitar Escocia.

—Positivo —respondió Daisy—. Estaré bien aquí.

Maureen y Jock intercambiaron una mirada. Daisy quería quedarse para poder continuar buscando a Niven King. ¡Esto era preocupante! Niven no había mostrado mucho interés a cambio, y Daisy tendía a creerse enamorada por un tiempo, antes de pasar a buscar otro galán. Era exactamente lo que había hecho con el hermano de Niven, Payton.

Maureen sintió que debía decir algo sobre el comportamiento de su hija, antes de partir, pero Jock se lo había desaconsejado. Se dio cuenta que había vacilado demasiado, cuando Cat salió de la cabaña, por la vía de abajo, sujetada por el brazo de Piper. Tavish llevaba su maleta. Niven los siguió por detrás.

Maureen no se sorprendió al ver que Cat había estado llorando, después de despedirse de su abuelo. El viejo Jamie no estaba bien, y era poco probable que su nieta volviera a verlo, en esta

vida.

* * *

Cat estaba destrozada. Su abuelo había insistido en que acompañara a Lady Maureen a Londres, pero era probable que nunca volviera a verlo. Él había sido su única familia desde la muerte de sus padres, diez años antes.

—Ve y sé feliz —le había dicho.

Ahí estaban sus dudas. Amaba a Kenneth Hawkins y todos estaban convencidos que él la amaba. Pero, ¿podrían ser felices juntos? Ella era una muchacha normal y corriente de las Highlands. Él era un noble sofisticado, que llevaba sobre sus hombros la pesada responsabilidad de un ducado. Habían pasado muy poco tiempo juntos. Sin embargo, la magia entre ellos era muy poderosa.

Nunca había estado en Londres ni siquiera en Edimburgo. La perspectiva de vivir en una gran ciudad era aterradora.

Podría ser cierto que Kenneth la amaba, pero, ¿podría él casarse con una plebeya? ¿Quizás pensaba en ella más como su amante? La idea de convertirse en su amante le helaba la sangre. Tenía demasiado orgullo para aceptar semejante acuerdo.

—Deja de preocuparte —le dijo Piper—. Si las cosas no salen, al menos lo habrás intentado. Te arrepentirías toda tu vida, si no le das a Kenneth una oportunidad.

—Pero, ¿y si no regresa de España?

—Debemos rezar para que sí vuelva —respondió su amiga—. Si no lo hace, tú y su madre serán una fuente de consuelo mutuo.

—Sí. —Ella estuvo de acuerdo con Tavish, mientras él le pasaba la maleta al conductor, y hablaba—, tan pronto como vi a Piper, supe que ella era la chica para mí. Sospecho que fue lo mismo para Kenneth y para ti. Tienes que ir y descubrir, si hay un futuro con mi primo.

—No sé si soy lo suficientemente valiente —insistió Cat.

—Sí, lo eres —dijo Tavish.

* * *

El brillante carruaje negro de Craigdarroch, que transportaba a Lady Maureen, Jock y Cat finalmente desapareció de la vista. Niven se arriesgó a mirar a Daisy Hawkins. Debería haber sabido que ella lo estaría mirando tímidamente. El nudo en su estómago se apretó. Ella había insistido en quedarse en un lugar al que realmente no pertenecía para poder seguir persiguiéndolo.

Curiosamente, él estaba empezando a disfrutar de ese descarado coqueteo. Tavish se había dado cuenta, y le había aconsejado con sensatez que no se involucrara con ella.

—Ella te dejará, como lo hizo con Payton —le advirtió su hermano.

Además de esa probabilidad, Niven nunca podría considerar abandonar las Highlands de forma permanente. Daisy estaba haciendo un gran trabajo al entusiasmarse con la destilería y todo lo relacionado con Escocia. Pero, simplemente, Niven no podía convencerse, que ella poseía la capacidad de adaptarse a la vida en Escocia, tal como la esposa de Tavish lo había demostrado, desde que llegó a vivir a Glengeárr.

Si bien era cierto que la sangre escocesa de su madre corría por las venas de Daisy, se comportaba como una altiva noble inglesa. Los lugareños eran educados y respetuosos con ella, pero no eran amigables.

Aún así, Tavish tenía a Piper y a su pequeño Munro. Payton se había ido, tal vez para no volver jamás. Si la muchacha quería arrojarse sobre el último King soltero, ¿quién era él para decirle que no?

La niebla

Al crecer en las Highlands, Cat no era ajena a la niebla. Caía de las cimas de las montañas, añadiendo un toque de misterio y grandeza a las cañadas y valles, que se encontraban por debajo.

Una espesa niebla saludó la llegada del carruaje del correo a Londres. No había nada misterioso ni maravilloso en ello. Lo cubrió todo como un sudario.

—Esto es Piccadilly —explicó Lady Maureen, mientras desembarcaban—. No es que podamos ver nada de la concurrida vía.

Habían pasado tantas horas encerradas en el vagón nocturno, que Cat temía, que sus extremidades no funcionaran, cuando sus pies tocaran el suelo.

El aire olía a humedad y era fétido. La niebla se le subió a la garganta. Los pasos ahogados y los gritos de los vendedores ambulantes indicaban que debía haber gente por ahí, pero todos eran invisibles. Los cascos resonaban, pero los jinetes y los caballos, tal vez, eran producto de la imaginación de Cat.

Rezó para haber soñado todo esto de alguna manera. Cuando abriera los ojos, estaría de vuelta en Glengeárr, preparando la cena para su abuelo.

—No te desanimes —aconsejó el señor Graham, tomándola del codo—. Es necesario un tiempo para acostumbrarse a Londres, después del aire fresco de las Highlands.

—¿Siempre es así? —preguntó ella.

—¡Cielos! No —respondió Lady Maureen—. Apuesto a que no habrá ninguna niebla, una vez que dejemos atrás la ciudad.

Cat esperaba que eso fuera cierto. No creía que pudiera vivir en una niebla permanente.

En cuestión de minutos, habían abordado lo que el señor Graham llamaba un coche de alquiler. Cat agradeció al Cielo por sus compañeros de viaje. Nunca podría haber hecho sola este largo y agotador viaje. Lady Maureen había aprovechado las tediosas horas de viaje para describir Ramsay House, donde vivía Kenneth. Para una muchacha, que había vivido toda su vida en una cabaña de una sola habitación, esto parecía desalentador.

—Pero nos quedaremos en Dower House, mi antiguo hogar —explicó Lady Maureen—. No sería apropiado que te quedaras en la residencia de Kenneth, todavía.

Lady Maureen había sido duquesa de Ramsay, durante varios años, hasta la muerte de su primer marido. Le había advertido a Cat que el rol de Kenneth, como duque, implicaba muchas reglas, que los hombres y mujeres nobles debían seguir, en aras de no decepcionar a la gente.

—No sé si estoy a la altura de eso —replicó ella.

—Estoy segura que serás una duquesa espléndida. Y te ayudaré en todo lo que pueda. Recuerda, yo era una muchacha normal y corriente de Glengeárr. Tienes la misma columna vertebral de las Highlands, que me resultó muy útil a mí.

—Y tienes un arma poderosa, en tu arsenal —dijo el señor Graham—. Tú y Kenneth se aman.

Cat esperaba sinceramente que eso fuera cierto.

* * *

La niebla se había disipado, incluso antes que llegaran a la avenida que conducía a Ramsay House, para alivio de Maureen. El ceño fruncido de Cat era una clara señal que ya lamentaba la

decisión de venir a Londres. La mansión en sí parecía espléndida, cuando pasaron de camino a Dower House. El sol entraba por todas las ventanas y calentaba la piedra caliza.

—Es enorme —suspiró Cat—. ¿Y aquí solo vive Kenneth?

—Por el momento, sí —confirmó Maureen—. Pero tú y él pueden llenarlo con muchos niños, y el personal es maravilloso.

—¿Quieres decir, los sirvientes?

—Te acostumbrarás a tener sirvientes, especialmente cuando empiecen a llegar los pequeños.

—Es difícil asimilarlo todo y será en vano, si Kenneth no regresa.

Maureen no quería considerar esa terrible posibilidad.

—Ojalá tuviéramos alguna forma de hacerle saber que estás en Londres. Volvería aquí en un instante, si lo supiera.

Un sirviente que Maureen no reconoció salió de Dower House, cuando llegaron. Ella supuso que era el nuevo mayordomo, nombrado por su hijo en su ausencia. Su antiguo mayordomo decidió jubilarse, cuando ella se fue a Escocia.

—Pontefract, ¿cierto? —preguntó, señalando con la cabeza a los dos lacayos familiares, que lo acompañaban.

—A su servicio, Su Gracia —respondió con una cortés reverencia.

—Le ruego que me disculpes —susurró Cat—. Porque tendré que usar tu título.

—Y gracias al Cielo por eso. Supongo que tendré que acostumbrarme de nuevo.

Jock se rió entre dientes.

—Siempre y cuando no esperes que me dirija a ti así.

—Supongo que están agotados, después del viaje —dijo el mayordomo, cuando entraron al vestíbulo—. La señora Pontefract tiene las habitaciones ventiladas y listas.

Cansada como estaba, Maureen había olvidado que el mayordomo fue contratado con una esposa, que había asumido el cargo de jefa de limpieza.

—Eso suena espléndido —dijo, mientras una mujer diminuta se acercaba—. Lleve primero a la señorita Neish a su habitación, señora Pontefract. Conozco el camino a mis aposentos.

—Ve a dormir —le ordenó a Cat—. Mañana iremos a Bond Street a comprar ropa nueva para ti.

—No puedo... —negó Cat con la cabeza.

—Sí, puedes y debes dejarme hacer esto por ti... y por Kenneth.

* * *

—Si Lady Daisy Hawkins pudiera verme ahora —pensó Jasmine, mientras paseaba por Bond Street del brazo de Lord Justin Carmichael. La única mosca en el ungüento fue la doncella de su señora, que la seguía por detrás. La madre de Jasmine había insistido en que debían llevar a Clara como acompañante.

Era la tercera vez que Justin la llevaba de compras. Él era muy generoso y no parecía importarle gastar su dinero en cualquier cosa, que a ella le apeteciera comprar. Por supuesto, había heredado un condado rico y seguía dando insinuaciones sobre buscar esposa, ahora que tenía la obligación de engendrar a un heredero.

Por derecho, debería contarle sobre su compromiso con Payton King, pero su madre se lo había prohibido. En cualquier caso, era posible que Payton nunca regresara de España, y Justin era rico. No solo eso, sino que se tomaba libertades, cuando la hosca Clara no estaba prestando atención, lo cual ocurría la mayor parte del tiempo. Payton nunca había tocado sus senos, y le

gustaba sentir un hormigueo por todas partes, cuando Justin le pasaba el pulgar por un pezón.

—Es la señorita Foxworthy, ¿no?

Sacada de sus pensamientos lascivos, giró y vio a la madre de Daisy Hawkins, en compañía de una mujer de cabello oscuro, que le recordó a una gitana.

—Sí, Su Gracia —respondió ella, de repente consciente de la curiosidad de Justin—. ¿Puedo presentarles al conde de Waterdown?

—Duquesa —dijo Justin, dándole un beso cortés.

—Waterdown —repitió la mujer mayor con una ceja levantada, obviamente consciente que él no se dirigió a ella como Su Gracia, porque también era miembro de la nobleza.

—Déjenme darles a conocer a ambos la señorita Catriona Neish. Ella es de Glengeárr y conoce muy bien al prometido de la señorita Foxworthy.

—Me alegro de conocerte —dijo la señorita Neish—. Todos estamos rezando por el regreso sano y salvo de Payton de España.

El calor inundó a Jasmine de la cabeza a los pies. ¡Quería borrar la sonrisa del rostro de Clara! Clavada en el lugar y sin saber qué decir, agradeció, cuando Justin tocó su sombrero castor y les dio los buenos días a los demás.

—No te preocupes —dijo en voz baja, mientras la escoltaba por Bond Street—. Estoy seguro que puedo competir con este escocés ausente.

—Ya sabías de él, ¿no?

—Sé todo sobre ti, Jasmine.

La idea era a la vez emocionante y no poco aterradora.

Trabajo duro

Pedro y Alba abrieron el camino a través de la caverna debajo de la bodega. Payton nunca había visto un sótano como ese. El techo donde sus hermanos y él guardaban los barriles de wiski *Uachdaran* era tan bajo, que él tenía que agacharse para evitar golpearse la cabeza. Aquí, las columnas arqueadas se elevaban muy por encima. Parecía más una catedral que un sótano.

Pero el alboroto de destrucción sin sentido había continuado, incluso en este lugar sagrado. Cerró los ojos e imaginó la bulliciosa actividad, que debía haber tenido lugar, aquí, antes de la invasión.

Alba señaló una docena de barriles dañados, apilados en tres capas, sobre una estructura de metal.

—Esto es una *solera*, pero, como puedes ver, los franceses abrieron los barriles y derramaron el jerez.

Payton abrió los ojos.

—Pero estos barriles viejos no son los que enviamos —dijo, esperando no parecer demasiado decepcionado.

Pedro apretó su cuerpo entre la parte trasera de la *solera* en ruinas y el muro.

—Sígueme a mí y a Alba —indicó con una sonrisa.

Payton temía que Kenneth y él terminaran atrapados por toda la eternidad, en el estrecho espacio, mientras avanzaban, poco a poco, detrás de los barriles. Alba no tuvo problemas para guiarlos hacia una antigua puerta de madera.

—Nuestros enemigos nunca descubrieron esto —alardeó Pedro, mientras giraba su cuerpo y apoyaba el hombro en la puerta.

—No me sorprende —destacó Kenneth—. ¡Está bien escondido!

Pronto se encontraron en otro sótano, más pequeño, pero con un techo abovedado similar. En un rincón, dispuestas en meticuloso orden, había un alijo de armas: sables, mosquetes, pistolas y algunos rifles ingleses.

—Bueno, ¡eso apaga mis luces superiores! —exclamó Kenneth—. No estabas bromeando.

Pareciendo un poco desconcertado, pero aún sonriendo con orgullo, Pedro asintió hacia la pared del fondo.

—Nuestros barriles —declaró Payton con el corazón latiendo salvajemente—. ¡Una *solera* escondida!

—Sí —ratificó Pedro—. El problema es que están llenos del único jerez que nos queda.

* * *

Kenneth, desnudo de la cintura para arriba, se secó el sudor de la frente con el pañuelo.

—Tengo que admitirlo, primo —le dijo a Payton—. Nunca he trabajado tan duro en mi vida.

Tan pronto como pronunció las palabras, se dio cuenta que estaba hablando con un hombre musculoso, que había pasado años, girando cebada para malta a mano. Payton había caminado penosamente por los pantanos de las Highlands, cavando turbas y probablemente había cargado con más barriles de los que Kenneth había visto jamás.

—No me malinterpretes —añadió—, se siente bien haber pasado una semana haciendo algo

productivo. He aprendido a hacer barricadas nuevas, a partir de trozos rotos de viejas, a reconstruir una *solera*, y a pasar jerez de una barrica a otra.

—Todas las habilidades útiles para un duque —replicó Payton con un guiño.

—¡Ja, ja! —expresó Kenneth, sabiendo que su primo no quería ofenderlo—. En serio, cuando regrese a Inglaterra, no me quedará sentado todos los días. Es hora que me ponga manos a la obra con varios proyectos, que déje a Mainwaring supervisando.

—Sé cómo te sientes —asintió Payton—. He aprendido mucho sobre cómo elaborar jerez, lo que podría resultar útil en el futuro. Solo desearía que no fuera tan infernalmente caliente. No estoy acostumbrado al calor.

—Supongo que agosto es pleno verano aquí. Ciertamente, aquí hace más calor que Inglaterra.

Dejaron sus tareas y se apresuraron a entrar al escuchar una señal silbada de un vigía cercano.

Pedro se les acercó, unos minutos más tarde.

—Curioso —dijo—. Han avistado la tercera columna francesa que se dirige a Sevilla, en otros tantos días. Pero... Es extraño que están arrastrando los cañones. No me sorprende que Ballesteros les echó el ojo.

* * *

Payton siguió a los demás afuera, cuando llegó el visto bueno. Había estado trabajando con el torso desnudo, toda la tarde, aunque Kenneth y él se pusieron las camisas apresuradamente, cuando Alba entró al patio.

—Pensé que te gustaría ver algo de la casa —dijo—. La mayoría de los muebles están arruinados, pero...

—Ve con ella, Payton —indicó Kenneth—. Me voy a sentar un rato a la sombra.

Parecía que su primo tenía la intención de fomentar una relación entre Alba y él, a pesar de los frecuentes recordatorios de Payton sobre su compromiso con Jasmine.

—Quiero mostrarte la galería de mis antepasados —lo engatusó Alba.

¿Cómo podría un hombre resistirse a esos ojos conmovedores?

—*Adelante* —respondió, esperando haber recordado la palabra correcta en español.

La sonrisa de ella alivió su aprensión.

Lo condujo rápidamente a través de habitaciones ennegrecidas por el humo, donde persistía el olor a madera carbonizada, ayudándolo a esquivar las vigas astilladas, que habían caído al suelo. Finalmente, llegaron a un largo pasillo.

—A lo largo de esta pared solía haber retratos de mis antepasados —dijo—. Ahora, como puedes ver, solo quedan estos pocos.

Payton examinó los restos de su historia familiar. Los retratos restantes colgaban todos torcidos y con los marcos dañados.

—Lo siento mucho —expresó en voz baja, tomando su mano.

Ella examinó sus manos unidas, pero no se apartó de él.

—Este es mi abuelo español, Antonio Castellero —dijo, señalando el retrato más cercano—. Por supuesto, nunca hubo un cuadro de mi abuelo escocés.

Él se había mostrado reacio a aceptar llevarla a Escocia, pero de repente la idea cobró sentido.

—Quizás lo conozcas, en persona, cuando llegues a Mull.

Supo que había dicho algo equivocado, cuando las lágrimas brotaron de los ojos de ella.

¡Eso estaba mal! Pero, ¿cómo podría un hombre resistirse? Él la tomó en sus brazos.

—Tendré que contarle a la familia de mamá cómo murió —dijo con voz ronca.

Payton no pudo articular una respuesta. Sus pensamientos estaban centrados exclusivamente en el pequeño y ágil cuerpo, presionado contra el suyo.

—Perdóname —susurró—. He estado trabajando bajo el sol abrasador toda la tarde.

—*Hueles maravilloso* —dijo ella, inhalando profundamente, mientras acariciaba su pecho con la nariz.

Él no entendía el español, pero el tono bochornoso de su voz dejó claro lo que quería decir. Ella también tenía un olor maravilloso.

Dominado por impulsos, que debería controlar, la levantó. El deseo se apoderó de él, cuando ella le rodeó las caderas con las piernas y el cuello con los brazos. Él la besó, saboreando su calidez, cuando ella permitió que su lengua entrara en su boca. No podía explicarlo, pero nunca había deseado a una mujer, más de lo que deseaba a esta valiente española.

* * *

Aferrándose a su escocés, Alba le chupó la lengua y le dejó respirar por ella. Su piel olía a trabajo duro y a algo más, algo exclusivamente masculino.

Estaba mal quererlo. Él pertenecía a otra. Pero aquí, en esta querida galería, donde le habían quitado tanto, aceptaría todo lo que él pudiera darle.

—*Te amo, Payton* —susurró, cuando se separaron para respirar.

Su ceño de perplejidad confirmó que él no entendía las palabras extranjeras.

—Te quiero —gruñó él, colocando sus manos debajo de su trasero.

Ella era inocente, pero había vivido entre hombres, durante tanto tiempo, que reconoció la carne dura presionada contra su lugar más íntimo, como excitación masculina. Los campesinos a menudo se jactaban de sus proezas sexuales, cuando pensaban que ella no podía oírlos. Cuando Alba cumplió dieciséis años, su madre le explicó lo que ocurría entre marido y mujer. Entonces, sus padres asumieron que pronto se casaría.

Sin embargo, Payton y ella nunca podrían casarse.

—Lo siento —dijo, alejándose—. Lo lamento.

Ella huyó, antes que él pudiera detenerla.

¡Viva Cádiz!

Mil pensamientos contradictorios pasaron por la mente de Payton. Le tenía cariño a Jasmine Foxworthy, pero ella jamás lo encendió, nunca le hizo sentir el amor que sentía ahora por Alba. ¿Fue amor? ¿O simplemente una necesidad abrumadora de proteger y apreciar a una mujer, que había perdido tanto? Ciertamente, ella no tenía la figura tentadora que poseía Jasmine, pero él ansiaba enterrarse dentro de Alba.

Ella le había dicho en su propio idioma que lo amaba, sin duda, pensando que él no la entendería. Su confesión había causado un revuelo en sus entrañas.

Se quedó en la galería hasta que tuvo su respiración y su virilidad bajo mejor control.

Una escena inesperada lo recibió, cuando regresó al patio. Durante una semana, Pedro se había asegurado que no se derramara ni una sola gota del preciado jerez, durante el traslado de las barricas recuperadas. Ahora, cada hombre tenía un vaso en la mano. Hubo risas. Los hombres se dieron palmadas en la espalda. Acompañados de una guitarra, dos compañeros bailaron juntos a una sevillana, uno de ellos haciendo el rol provocativo de la pareja femenina. El estridente público aplaudió con entusiasmo, mientras las castañuelas hacían clic.

—¡Señor Payton! —exclamó Pedro al verlo—. Los franceses han abandonado Cádiz.

—¡Imagínense! —gritó Kenneth—. Es la primera ciudad que resiste un asedio napoleónico.

—Ballesteros trajo la noticia —explicó Alba—. Es la razón por la que los franceses han estado enviando tropas al norte. Parece que Wellington salió victorioso en Salamanca. Una fuerza combinada británica, española y portuguesa ha entrado en Madrid, y ahora marcha hacia Burgos. El enemigo corre el riesgo de verse rodeado, si permanece aquí en Andalucía.

—Entonces, ¿la guerra ha terminado? —preguntó Payton.

—Ni mucho menos, lamentablemente —respondió Ballesteros, mientras se incorporaba al grupo—. Los franceses todavía controlan la mayor parte del norte, así que seguiremos luchando. Ahora nos vamos a Cádiz. Me han dicho que los franceses han dejado atrás sus cañones de asedio.

Payton estaba eufórico por la victoria española. La guerra no había terminado, pero al menos eso significaba que aún se esperaba que Kenneth y él se llevaran a Alba con ellos, cuando zarparan. Debería negarse, pero sabía que no podía.

* * *

La retirada francesa de Cádiz demostró a Alba que la victoria era posible. Sus compatriotas y mujeres continuarían la lucha, y ella debería ser parte de esa misión. Después de la destrucción de la bodega y el asesinato de su madre, aceptó de buena gana el peligro de unirse a la resistencia patriótica. Sin nada por lo que vivir, excepto una España libre de franceses, estaba insensible a la amenaza de su propia muerte.

Sin embargo, Payton King había cambiado eso. Había despertado sentimientos y emociones, que suponía que toda mujer joven experimenta en tiempos de paz. No quería abandonar esos sentimientos, aunque sabía que eventualmente la llevarían a tener el corazón roto. Ahora, ¡ella quería vivir!

Más aún, estaba ebria de él. La ironía era ineludible: un destilador de wiski y una heredera del jerez. Pero su herencia había sido destruida, por lo que no tenía nada que perder al ir a

Escocia. Tampoco tenía nada que ganar, excepto unas cuantas semanas más con el hombre que anhelaba. Estaría intercambiando el tormento de la guerra por la agonía del desamor.

—Alba.

La voz de su padre la llevó de regreso al patio.

—Papá.

—El señor Kenneth tiene una idea brillante.

El sonrojado inglés estaba junto a su padre.

—No es brillante, pero es una posibilidad.

—¿Qué es? —espetó ella, preguntándose si las quemaduras solares serían quizás la razón de su cara roja.

—Payton y yo hemos estado contemplando la mejor manera de transportar los barriles a Gibraltar —dijo—. Más o menos habíamos decidido separarlos y cargar las duelas en mulas.

A ella también le preocupaban las dificultades inherentes a esta operación.

—Quizás no sea tan peligroso, ahora que los franceses se están retirando de Andalucía.

—Solo es eso... Si han abandonado Cádiz, ¿por qué no llevar los barriles allí, cargarlos en un barco y navegar hasta Gibraltar?

—Y he acordado que pueden llevarse un barril de nuestro jerez a Inglaterra —declaró su padre con orgullo.

* * *

La mayoría de los españoles se fueron con Ballesteros. Kenneth no podía culparlos. Nadie quería ayudar a preparar y cargar barriles vacíos para su envío, cuando podrían partir hacia Cádiz, que ahora era la sede del gobierno provisional de España, después de la caída de Madrid, además la asediada ciudad portuaria necesitaría toda la mano de obra posible para recuperarse de un asedio tan largo.

Alba y su padre se quedaron para ayudar, pero Pedro no era un hombre joven. Se encargó de trasladar el jerez restante a sus propias barricas reconstruidas. Alba simplemente no estaba hecha para transportar barriles. Se ocupaba de atrapar conejos y de cocinar las escasas raciones, que podía conseguir.

Payton estaba tan nervioso, como un conejo, cada vez que Alba estaba fuera de la bodega.

—Cálmate —le aconsejó Kenneth a su primo, en una tarde particularmente bochornosa, cuando ambos tenían calor y estaban cansados—. Alba conoce el terreno. Ella estará bien.

—Simplemente, estoy ansioso por devolver estos barriles a Glengeárr.

—No puedes engañarme —dijo Kenneth—. No ocultas muy bien tus sentimientos.

—Bien. Me alivia que no necesitemos dividir los barriles en duelas. Podrían secarse, antes que los llevemos a casa, ¿y de qué servirá eso?

—Está bien. Hazlo a tu manera —admitió Kenneth—. En cualquier caso, Pedro ha dejado una pequeña cantidad de jerez, en cada barrica, solo para mantener el sabor en la madera.

El estallido del fuego de un mosquete detuvo abruptamente la conversación y los envió a esconderse debajo de la carreta.

—¿Te golpeaste? —preguntó Kenneth, tratando valientemente de ignorar la sangre, que manaba de su sien.

—No. Quizás consiguieron uno de los barriles. Pero... ¿quién? Estás sangrando.

—Creo que solo es una herida superficial —indicó esperanzado—. Dicen que el cuero cabelludo sangra profusamente.

Dejaron de hablar, cuando tres soldados franceses entraron sigilosamente en el patio. No les

quedó más remedio que obedecer porque la carreta fue rodeada, y se les ordenó salir de su escondite.

* * *

Alba casi había llegado a la bodega, cuando escuchó el disparo. Soltó los conejos y un faisán, que había tenido la suerte de atrapar, se agachó sobre la hierba alta y escuchó. Voces masculinas hablaban en francés. No había visto evidencia del enemigo, mientras estaba buscando comida. ¿Qué estaban haciendo aquí?

Ella avanzó sigilosamente y miró hacia el patio. Un miedo vertiginoso recorrió su cuerpo. Con las manos en alto, Payton y Kenneth estaban de espaldas a la carreta. La sangre manaba de una herida en la cabeza de Kenneth.

Tres soldados franceses armados se burlaban de ellos, creyendo claramente que eran españoles.

—*Espagnols, cochons* —gritaban, mientras escupían al suelo.

Ella rezó para que los hombres, que le importaban, mantuvieran la boca cerrada. Los soldados podrían jugar con los españoles durante un tiempo. Sin embargo, ellos matarían a dos británicos sin dudarlo.

No podía ver los rostros de los soldados, pero parecían tambalearse.

—Borrachos —susurró.

Sus uniformes estaban rotos y sucios, y sus botas estaban embarradas. El ejército de Napoleón se enorgullecía de la apariencia inmaculada de sus soldados rasos.

—Tanto desertores como borrachos —siseó, mientras apuntaba y disparaba al más ruidoso de los tres.

Cayó al suelo. Los otros dos dieron la vuelta, alarmados y con los ojos muy abiertos. Payton y Kenneth corrieron hacia adelante y los dominaron.

Royal Navy al rescate

Dos días después de la captura de los desertores franceses, Payton se sentó en el banco del conductor de la carreta con las riendas en la mano. Con una venda alrededor de la cabeza, Kenneth se sentó a su lado. Dos mulas malhumoradas, enjaezadas en las riendas, rebuznaban su disgusto, ante la perspectiva de arrastrar una carga pesada hasta Cádiz.

Payton no podía soportar ver la escena que se desarrollaba en la entrada de la bodega en ruinas. Pedro y su hija estaban juntos, en un abrazo de despedida.

Cuando Payton abandonó su propio país, tenía toda la intención de regresar. Alba debía saber que las posibilidades de volver a ver a su amado padre eran remotas. Kenneth y él se habían despedido de Pedro, antes de subir a la carreta. Dio unas palmaditas en el bolsillo interior, donde había escondido el pequeño paquete que Pedro le había dado. Le encargaron entregárselo a Alba, si alguna vez se casaba.

Ballesteros había enviado un contingente de hombres para ayudar a proteger el alijo de armas, en la bodega, por lo que Payton tuvo la seguridad que el español no estaría solo. Sin embargo, esto fue como despedirse de un viejo amigo.

—Señor Payton, le confío lo más preciado de mi vida —dijo Pedro—. Sé que la amas y la mantendrás a salvo.

Payton solo pudo asentir, sin querer dar una explicación sobre Jasmine. Estrechó la mano de Pedro y le deseó “*Vaya con Dios*”.

Era posible que hubiera otros desertores franceses desesperados en la zona. Colgados de un andamio improvisado levantado en la colina, los cuerpos desnudos de los tres, que habían atacado la bodega, servirían como elemento disuasorio.

Payton pensó que ese era un recuerdo macabro para Alba, pero ella había sugerido el castigo. Kenneth y él le debían la vida a ella, así que no estaba dispuesto a discutir. Quizás necesitaba conservar aquella espantosa visión en su memoria. La crueldad y el horror se habían convertido en el sello distintivo de esta guerra, una circunstancia que todo escocés conocía muy bien. La carnicería de Cumberland, después de Culloden, permanecería como una piedra en las entrañas de los montañeses, durante las generaciones venideras.

—¿Cuándo vas a admitir que la amas? —preguntó Kenneth, inesperadamente.

—Si lo admito, también tendré que afrontar la realidad que nunca podré tenerla —respondió.

—Acaso, ¿estás decidido a casarte con Jasmine?

Acalorado y desconsolado, Payton no tuvo paciencia, en esta conversación.

—Sabes bien que me comprometí con ella.

—¿Y crees que Jasmine vive como una monja en tu ausencia?

Una tristeza abrumadora se apoderó del corazón de Payton, pero no pudo invocar ni una pizca de celos, cuando pensó en Jasmine con otro hombre. Estaba destinado a vivir la vida con una mujer, a la que no amaba, y que tampoco lo amaba a él.

Forzó una sonrisa brillante y tranquilizadora, cuando Alba, llorosa, se liberó de su padre y corrió hacia la carreta.

* * *

Alba se sintió vacía. Ballesteros había proporcionado escoltas armados, pero el peligro aún acechaba en el camino a Cádiz. No tenía miedo por sí misma. Su preocupación era por su amado padre, al que quizás nunca volvería a ver, y por los dos hombres valientes, que tenían la intención de llevarla, sana y salva, a Escocia.

Agradeció que ni Kenneth, ni Payton hicieran ningún intento de conversar, mientras viajaban, pero el suave brazo de Kenneth alrededor de sus hombros era reconfortante. Fue providencial que Payton condujera la carreta. Ella se habría deshecho en sollozos incontrolables, si él hubiera intentado consolarla.

Se detuvieron al llegar a El Puerto de Santa María, y contemplaron los restos de un campamento francés abandonado.

—No se llevaron su arma de asedio, pero se aseguraron que los españoles no pudieran usarla —gruñó Payton.

—Volada en pedazos —asintió Kenneth.

—¿Son todos así? —preguntó Alba, a uno de los guerrilleros que los escoltaba.

—No —respondió, en el mismo idioma—. Capturamos muchas armas, treinta cañoneras y una gran cantidad de equipo y provisiones.

—De alguna manera —confesó—. Eso me hace sentir más optimista.

Continuaron hacia la ciudad.

—Extrañamente desierta —comentó Payton.

—La siesta —explicó Alba—. Nada puede disuadir a los españoles de no seguir las tradiciones ancestrales.

Ballesteros había insistido en que sería sencillo conseguir un pasaje seguro a Gibraltar, pero Alba se quedó boquiabierta, cuando llegaron al puerto. El mismo estaba repleto de barcos, que enarbolaban la insignia de la Royal Navy.

Los escoltas los llevaron al *HMS Valiant*, informándole a Alba, que el barco debía partir hacia Gibraltar al día siguiente.

—Esto no augura nada bueno —dijo Payton.

—Déjame a mí —declaró Kenneth.

* * *

Kenneth saltó de la carreta y se acercó a la pasarela del *Valiant*. Dos marines británicos le cerraron el paso.

—Deseo ver a su capitán —exigió Kenneth.

—El capitán está ocupado. —Esa fue la respuesta de uno.

—Es un asunto de cierta urgencia. Dígame que el duque de Ramsay necesita hablar con él.

El marinero sonriente lo miró de arriba abajo, antes de responder.

—Y supongo que ha traído al rey con usted.

Esto no iba a ser tan fácil como Kenneth había supuesto. Desde que dejó Inglaterra, se había topado dos veces con antiguos compañeros de escuela. La mayoría de los oficiales comisionados de la Royal Navy habían asistido, en un momento u otro, a Eton o Harrow. Decidió arriesgarse.

—Su capitán se enfadará si descubre que ha rechazado a Kenny Hawkins.

Como esperaba, la vacilación brilló en los ojos del marinero. Se le ordenó esperar, mientras el segundo marinero transmitía el mensaje.

Payton se reunió con él, en el muelle.

—¿Qué está pasando?

—Nada aún. Planeo usar el nombre de Prinny, si mi primera estratagema no funciona.

El mensajero regresó.

—El capitán dice que no conoce a Kenny Hawkins, ¡así que váyase al carajo!

Payton dio un paso adelante.

—¿Su capitán también es escocés, muchacho?

—Sí. Ambos somos de Inverness. —El marinero sonrió.

—Entonces, ¿puedo contar con usted para decirle al capitán que es vital que llevemos estos barriles a la destilería *Uachdaran*, en las Highlands?

—¿*Uachdaran*?

—Sí.

—El mejor wiski con sangre, que se puede encontrar en cualquier lugar. No se apresure, cargaremos esos barriles. ¿Quién es la muchacha?

—Una huérfana refugiada —respondió Kenneth.

En cuestión de minutos, los marineros de la Royal Navy estaban llevando los barriles al buque de guerra. Uno de los hombres de Ballesteros se llevó la carreta vacía sin que las mulas protestaran. El marinero de Inverness escoltó a Kenneth, Payton y Alba por la pasarela.

—Bien hecho —le dijo Kenneth a su primo.

—Tenemos suerte que el hombre fuera escocés —aclaró Payton con modestia.

—Y un bebedor de wiski exigente.

—Sí.

Las mujeres son volubles

—Ahora no tenemos ningún agente en Londres —dijo Tavish, mientras Niven y él se dirigían a la destilería, temprano en la mañana—. No sabemos cuándo, o si Payton regresará.

Niven se encontraba inmerso en un conflicto interno. Pertenecía a las Highlands, aunque su hermano mayor realmente no lo necesitaba, ahora que tenía una fuerza laboral más grande. La verdad es que echaba de menos la intensa actividad en las oficinas portuarias del duque de Withenshawe. Sin embargo, empezaba a sentirse más cómodo con la idea de cortejar seriamente a Daisy Hawkins. Habían asistido juntos a un par de bailes en el granero, y él había disfrutado de su compañía. Como ocurría a menudo, lo convencieron para que tocara el violín, y ella elogió su destreza. Sin embargo, todavía no estaba seguro de cómo se sentía ella acerca de vivir permanentemente en las Highlands. Y, a decir verdad, no la encontraba sexualmente excitante. No importó cuánto ella intentó seducirlo, su polla no se mostró entusiasmada. Quizás, si la llevara a la cama y probara...

—Deja de soñar despierto y presta atención —exigió Tavish—. ¿Irás a Londres por un tiempo? No podemos esperar que Withenshawe se ocupe de nuestros intereses allí... Él tiene un imperio naviero que dirigir.

Aún así, Niven vaciló. A menudo, él deseaba tener el poder de decisión de su hermano, porque tal vez ese era el problema. Tavish siempre había tomado decisiones por él. ¿Esa era la razón por la que no podía decidirse sobre Daisy? Unas semanas de diferencia podrían aclarar las cosas.

—Sí. Navegaré hacia el sur desde Dundee con el próximo envío, dentro de dos días.

—Bien —indicó su hermano—. Estoy seguro que puedo depender de ti.

El inusual elogio levantó el ánimo de Niven. Tavish reconoció que había sido un agente eficaz en Londres, que había alquilado un almacén espacioso, y ayudado a conseguir nuevos mercados. Podría ser tan útil para la destilería en Inglaterra, como lo fue en Glengeárr. En Londres, él no parecía tener problemas para tomar decisiones.

* * *

Daisy arrojó su cepillo a Niven. No era un arma eficaz, pero era todo lo que tenía a mano.

—¿Tienes la intención de dejarme en este lugar olvidado y huir a Londres? —gritó.

—Solo por un rato —respondió, mientras se inclinaba para recuperar el cepillo del suelo—. Pensé que te gustaba estar aquí en Glengeárr.

—¡Oh, sí! Me encanta la brillante compañía del tío Gregor —chilló—. Puede que a mamá le guste vivir en Lockie House, pero a mí el lugar con corrientes de aire, no me atrae. ¿Y por qué querría asistir a bailes y musicales, cuando puedo hacer el Barley Mow, en un granero con goteras, y algún paleta pisoteándome los pies?

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Qué soy un paleta?

Daisy respiró profundamente. Había ido demasiado lejos y revelado demasiado. En lo que a ella respectaba, Escocia solo había sido un inconveniente temporal.

—Por supuesto que no. Solo vine aquí para estar contigo y ahora te vas.

—Pensé que habías venido a visitar a tu madre.

—Eso también. Pero ahora ella también está en Londres. ¡Quiero ir contigo!

Como de costumbre, él vaciló. Ella no había conocido a un hombre tan incapaz de tomar decisiones.

—Entonces, está arreglado —declaró ella—. ¿Cuándo nos vamos?

* * *

Cat y Lady Maureen estaban tomando té, en la sala de estar de Dower House. A Cat nunca le había gustado el té, pero a los ingleses parecía encantarles, así que siguió el ritual de consumirlo dos veces al día.

—¿Te sientes más como en casa, ahora que llevas tres semanas en Londres? —preguntó la madre de Kenneth.

—No precisamente en casa —respondió lo más honestamente que pudo—. Pero siento que estoy mejor vestida, después de nuestras expediciones de compras, y estoy agradecida por las presentaciones que has organizado.

—Tienes mucho tacto. Esa habilidad te resultará muy útil, cuando Kenneth y tú se casen.

El nudo en el estómago de Cat se apretó. No habían recibido noticias de España, excepto que se había levantado el asedio de Cádiz.

—Estoy tratando de mantener mis esperanzas bajo control —confesó.

Fueron interrumpidos por la llegada del marido de Lady Maureen. Ella se levantó para aceptar su abrazo.

—No te esperaba en casa desde las oficinas de Withenshawe hasta dentro de al menos una hora.

—Bien —expresó Sir Jock—. No darás crédito a quién llegó con el cargamento de wiski de Dundee de hoy.

A Cat solo se le ocurría una persona que estaría ansiosa por abandonar Glengeárr. Lady Maureen frunció los labios, evidentemente pensando en lo mismo.

—Los dejé en la casa principal —dijo Jock.

—¿A ellos? —preguntó lady Maureen.

—Daisy y Niven.

Cat se sorprendió que los dos todavía estuvieran juntos. No parecía que esa unión fuera adecuada.

* * *

Habían sido necesarios siete días a bordo del barco con Niven para que Daisy se diera cuenta que no lo amaba. Era un hombre agradable, amable e inteligente, pero muy indeciso. Necesitaba un galán que se hiciera cargo, preferiblemente uno que viviera permanentemente en Londres.

Con la esperanza que él entendiera el mensaje, pensó que lo más amable era evitarlo, cosa que había hecho durante los últimos días. Ahora se quedó mirando la invitación grabada en su mano. Desde que regresó a Londres, hacía una semana, había oído rumores, pero aquí estaba la prueba. Habría que informarle a Niven sobre la invitación a la boda de Jasmine Foxworthy. Apenas podía creer que aquella tonta hubiera logrado atrapar al conde de Waterdown. ¡Payton había sido derribado!

Esperó despierta a que Niven llegara a casa desde las oficinas de Withenshawe. Él sonrió, pero sus ojos muy abiertos traicionaron su sorpresa. Un ceño fruncido reemplazó la sonrisa, cuando ella le entregó la invitación.

—Esto llegó hoy —le dijo.

Nunca había visto a Niven enojado, pero lo vio ahora, cuando un trueno oscureció su hermoso rostro.

Le devolvió la invitación a sus manos y gruñó, antes de subir las escaleras hacia su habitación:

—¡Las mujeres son criaturas volubles!

A ella no le quedó ninguna duda que parte de su ira justificada estaba dirigida a ella.

* * *

Niven estuvo dando vueltas y vueltas, la mayor parte de la noche. La traición de Jasmine lo irritó, y lamentó profundamente el dolor de Payton. Nunca le había gustado la chica ni había entendido lo que Payton veía en ella, pero su hermano quedaría devastado.

La imbécil sin un centavo había seducido a un conde inglés, y lo había llevado al altar. Obviamente, el dinero y el prestigio tenían más peso que su compromiso con Payton.

Su hermano estaba arriesgando su vida desinteresadamente, en beneficio de la destilería familiar, pero el valiente sacrificio claramente no significaba nada para la señorita Foxworthy.

En cuanto a su propio trato a manos de Daisy, ¿qué más podía decir?

No era una buena idea confiar en una mujer así.

Mi amor

El viaje de Cádiz a Gibraltar fue corto, apenas unas horas, pero Alba pasó todo el tiempo que le permitieron en la cubierta del *HMS Valiant*. Payton y Kenneth la acompañaron, mientras atravesaban el Estrecho, y ella dejó atrás a su amada Andalucía, para probablemente no regresar jamás. El hombre que amaba y su incondicional primo parecieron sentir que ella necesitaba silencio al entrar en un mundo nuevo. Solo el viento cálido, que llenaba las velas, hablaba de cambio.

Con la ayuda de Kenneth, bajó del barco de guerra a suelo británico: segura, pero refugiada.

—Me encargaré de la descarga —dijo Kenneth, antes de salir corriendo.

Payton señaló una embarcación más pequeña.

—Allá está *Matilda*, la goleta en la que llegamos.

Ella aceptó su oferta de escolta y caminaron del brazo hacia el barco, que él había indicado. Se sentía tan bien depender de su fuerte brazo, y pasear por el muelle, como si estuvieran juntos. Él la eclipsaba, pero ella nunca se había sentido intimidada por su altura. Él nunca podría ser suyo, pero seguramente no había nada de malo en aceptar su protección. Él la llevaría sana y salva a Mull. La perspectiva no servía de consuelo por la pérdida de lo que podría haber sido.

A diferencia de su experiencia en Cádiz, la tripulación del *Matilda* aplaudió, cuando vieron a Payton. La aparición de Kenneth, en compañía de una docena de marineros de la Royal Navy, cada uno de los cuales hacía rodar un barril por el muelle, provocó más aplausos y risas.

Se acercó un hombre que tenía aire de oficial.

—¡Debo admitir que dudaba que tuvieras éxito! —exclamó, estrechando la mano de Payton—. ¿Y quién es ella?

—Capitán Frame —respondió Payton—. Les presento a la señorita Alba Castillero de Jerez. Ella navegará con nosotros.

El capitán hizo una reverencia cortés.

—Bienvenida a bordo —declaró, moviendo las cejas.

El nudo de miedo en su estómago se aflojó. No le iban a negar el permiso para navegar a Inglaterra, pero evidentemente el capitán pensó que era la amante de Payton.

—Le enviaré un mensaje a John Smith —manifestó Frame—. Él estará encantado de saber que has completado tu misión. No puedo esperar a saber cómo lograste convencer a la Royal Navy para que te echara una mano.

—Hay conocedores del wiski, en todas partes, capitán. Incluso en la Royal Navy.

* * *

Payton estaba extasiado, pensando que Kenneth y él lograron la tarea, aparentemente imposible, que se habían propuesto. El viejo sueño de Tavish de envejecer el wiski *Uachdaran*, en madera impregnada de jerez, se haría realidad. Había valido la pena arriesgar su vida solo para cumplir el sueño del hermano, que tanto admiraba.

Los barriles estaban escondidos en la bodega de carga del barco. Habían aprovechado la oportunidad para bañarse en la casa del gobierno. Su ropa y la de Kenneth habían sido recuperadas. La esposa del gobernador le había ofrecido a Alba, uno o dos vestidos de día, que

ya no usaba. Le quedaban demasiado grandes, pero agradeció el gesto, e insistió en que se sentía mejor con ropa limpia.

Payton y su primo habían sobrevivido ilesos, aparte de un corte notable en la sien de Kenneth. Ya eran grandes amigos. Sin embargo, les esperaba un viaje desalentador, a través de mares difíciles. También estaba el problema de Alba.

Cuando Payton insistió en que Kenneth y él tenían intención de compartir un camarote y que Alba necesitaría el suyo, el desconcertado capitán le ofreció su propio alojamiento.

Mientras el barco zarpaba de Gibraltar, Payton miró a su primo a los ojos:

—Necesito un favor.

—Por supuesto.

—Cuando lleguemos a Londres, buscaré a Jasmine y haré los arreglos para una boda rápida. Quiero que lleves a Alba a Ramsay House, y organices su viaje a Mull.

—¿No esperarás al menos hasta que lleguemos a casa, antes de tomar una decisión sobre tu futuro? —preguntó Kenneth.

Payton negó con la cabeza.

—Puede que la decisión haya sido apresurada, pero se tomó hace mucho tiempo, y ahora debo vivir con ello.

* * *

—Es como compartir una habitación con un oso de mal genio —se quejó Kenneth, en la tercera tarde en el mar. Era obvio que Payton y Alba se preocupaban profundamente el uno por el otro, pero Kenneth se sentía incapaz de resolver el dilema que enfrentaban.

—Es solo mi barriga lo que me atormenta —aclaró Payton—. Una vez que lleguemos a aguas más tranquilas...

—No es mareo, y tú lo sabes —sugirió Kenneth—. Ve a verla.

—Es más seguro que me quedé aquí.

—Más bien es cruel. La pobre muchacha debe sentirse sola y aterrorizada por lo que le espera. Ha perdido todo lo que le era cercano y querido. Habla con ella sobre Escocia, sobre tu destilería, cualquier cosa. ¡Vamos, sé un hombre!

Él se preparó para un golpe de represalia, cuando su primo apretó los puños, pero, aparentemente, la burla funcionó. Payton salió del camarote, y cerró la puerta detrás de él.

Tratando de ignorar los cabeceos y balanceos, Kenneth se centró en el favor que Payton le había pedido. Tenía la intención de ir a Escocia lo antes posible para ofrecerse a Cat. Mull no estaba exactamente de camino a las Highlands. Llevar a Alba allí sería un inconveniente, pero Mainwaring encontraría una manera de matar dos pájaros de un solo tiro.

* * *

Payton no recibió respuesta, cuando llamó a la puerta del camarote. Pegó la oreja al metal, pero no escuchó nada. Debería alejarse, darle un puñetazo en la nariz a Kenneth, y luego arrojarle a las agitadas aguas del mar Cantábrico.

No tuvo el coraje de hacer ninguna de esas cosas, así que abrió la puerta.

—Alba —dijo en voz baja.

Ella yacía acurrucada en la litera del capitán.

Sin querer despertarla y que se sobresaltara, ya que estaba durmiendo, miró fijamente a la mujer, que llevaba en la sangre. ¿Qué tenía ella que lo tenía esclavizado? Era bonita, pero había

conocido mujeres más hermosas. Ella no tenía senos, pero él tenía sed de mamarla.

Él se tensó, cuando ella se movió. Si era rápido, podría salir por la puerta antes...

—¿Payton?

¡Ya era demasiado tarde!

¿Fueron los ojos conmovedores y llenos de lágrimas, el mentón tembloroso o la forma exótica en que pronunció su nombre? Cualquiera fuera la razón, su determinación salió volando por la ventana del camarote sin ventanas. No pudo resistirse a tomarla en sus brazos.

—*Alba, mi amor* —susurró.

Por lo mejor

A petición de Daisy, Niven accedió a acompañarla a la boda de Jasmine. La perspectiva le revolvió el estómago, pero tenía que estar allí por el bien de Payton.

Como no conocían al novio, se sentaron en los bancos casi vacíos del lado de la novia en St. George. A juzgar por la multitud de gente vestida a la moda, en el lado de la iglesia del conde de Waterdown, él era muy conocido en la ciudad.

Con una amplia sonrisa, Foxworthy acompañó a su hija por el pasillo. Vestida con capas hinchadas de una tela rosa vaporosa, Jasmine era una visión de belleza, aunque los pechos, que tanto habían cautivado a Payton, estaban en una exhibición bastante indecente. El novio se lamió los labios, mientras veía a su novia avanzar hacia él.

—Deja de rechinar los dientes —siseó Daisy.

—Lo siento. Simplemente estoy molesto por mi hermano.

—No se puede culpar a la muchacha —replicó su prima—. Por lo que sabemos, Payton podría estar muerto.

La piel de gallina subió desenfrenadamente por la columna de Niven. ¿Seguramente, habría sentido algo si Payton hubiera sido asesinado?

—¡Me niego a creer eso! —gruñó—. Él regresará.

—Espero que ambos lo hagan —manifestó ella con tristeza.

Él había sido desconsiderado. Por supuesto que ella estaba preocupada por su propio hermano.

—Se habrán cuidado el uno al otro —dijo, tomándole la mano.

* * *

Jasmine no se había dado cuenta que Niven King y Daisy Hawkins estaban presentes en su boda hasta que regresó al altar con su nuevo marido. Había rumores contradictorios sobre la pareja, por lo que le sorprendió, que estuvieran tomados de la mano.

Como de costumbre, Daisy parecía haber mordido un limón entero. Estaba claro por la expresión severa de la mandíbula de Niven, que él estaba enojado. Era de esperarse, supuso, pero no podía esperar eternamente, a que Payton regresara. Su madre le había hecho ver eso, y Justin era difícil de resistir. De hecho, él podría ser francamente dominante, especialmente en el dormitorio. El calor inundó su rostro, cuando pensó en las cosas que habían hecho juntos. Es cierto que le encantaban los orgasmos, pero no los castigos, cuando llegaban demasiado pronto.

Una multitud entusiasta colmó de arroz a los recién casados fuera de la iglesia. A Jasmine no le sorprendió que Niven y Daisy no estuvieran entre ellos. No le gustaba pensar qué podría pasar, si Payton regresara. ¡Estaría enojado! Sería bueno que Justin se la llevara a su finca, en Berkshire.

Estaba deseando ver su nuevo hogar, donde podría asumir el rol de Lady Jasmine Carmichael, condesa de Waterdown. Ciertamente, eso sonaba preferible a un futuro en el más allá, como esposa de un destilador de wiski escocés.

* * *

Maureen invitó a cenar a su hija y a Niven.

—No estoy segura qué está pasando entre Daisy y el chico King —le confió a su marido—. Su relación parece ser buena en un minuto y apagada al siguiente.

—Sin embargo —añadió Cat—, el hermano de Payton estará justificadamente molesto por la traición de Jasmine, y no es una buena idea reflexionar a solas sobre las cosas.

—Sí —replicó Jock—. Cuando Kenneth regrese, se sorprenderá gratamente al encontrar a Cat aquí, mientras que Payton...

—Rechazado por un candidato más acaudalado.

Unas voces en el vestíbulo alertaron a todos de la llegada de los invitados y pusieron fin a la conversación. Una aprensión nerviosa apretó la garganta de Cat. Desde su regreso de Escocia, Niven no había hecho ningún esfuerzo por ir a Dower House, a verla. ¿Lo culparía por esta última decepción? Era cierto que Payton y ella habían sido novios desde la infancia, pero hacía tiempo que ambos se habían dado cuenta que no eran adecuados. Conocer a Kenneth le había abierto los ojos a lo que era el verdadero amor.

Quizás Niven pensó que era presuntuoso de su parte creer que era lo suficientemente buena, como para casarse con un duque.

Todos sus celos se esfumaron, cuando Niven entró en el salón. Habían crecido juntos en un pueblo pequeño y aislado, jugando y bromeando con los muchachos y muchachas locales. Sus miradas se encontraron y cada uno reconoció en el otro, a un amigo de confianza de su hogar.

—¡Cat! —exclamó Niven, mientras avanzaba y la abrazaba—. Es bueno verte.

—¡Niven! —espetó, sintiendo como si hubiera entrado una ráfaga de aire fresco de las Highlands—. Lamento mucho lo de la ex prometida de Payton.

—Bien —replicó—. Estoy seguro que se enojará, cuando se entere por primera vez de la traición de Jasmine. A ningún hombre le gusta que lo abandonen por otro. Pero, a la larga, creo que es lo mejor, y él eventualmente lo verá.

—¿Y no has sabido nada de tu hermano ni de Kenneth? —preguntó Cat, deseando haberse mordido la lengua.

—No —respondió con un suspiro—. Miro los muelles todos los días, esperando ver regresar a *Matilda*.

—Bueno, tenemos que mantener nuestras esperanzas —intervino la madre de Kenneth—. Creo que mi hijo todavía está vivo.

—Siento lo mismo por Payton —expresó Niven.

Cat rezó para que ambos tuvieran razón.

—Vamos al comedor —sugirió Lady Maureen.

Niven le ofreció a Cat su brazo, y la acompañó a cenar.

Jock tomó el brazo de su esposa y el de Daisy, que hacía un puchero.

* * *

Como solía ser el caso, Daisy se sentía como la extraña. Durante la cena, Cat y Niven charlaron y se rieron de las personas que conocían en Glengeárr. Compartieron recuerdos de la infancia. La fácil relación de Niven con Cat confirmó la creciente creencia de Daisy, que él no era el hombre para ella, y él lo sabía.

Su madre y Jock se unieron a su conversación, mientras intercambiaban miradas amorosas. Daisy estaba segura que estaban tomados de la mano debajo de la mesa.

Incluso la horrible Jasmine había logrado casarse con un hombre rico y apuesto.

Rezó desesperadamente por el regreso sano y salvo de Kenneth, pero él estaría tan cautivado con Cat, cuando regresara, que no tendría tiempo ni ganas de pensar en encontrar una

pareja para ella. Además, si Payton y él lograban recuperar los tan cacareados barriles, más bien, ellos estarían preocupados por llevarlos a Escocia.

Por lo que ella estaba condenada a ser la tía solterona de los hijos de su hermano.

—Estás tranquila esta noche —comentó Jock.

—Sí. —Estuvo de acuerdo la madre de Daisy—. Un centavo por tus pensamientos.

¡Esto fue demasiado! Sin estar dispuesta a explicar una melancolía, que ella misma no entendía del todo, Daisy se levantó y salió del comedor murmurando:

—Por favor, discúlpenme.

Cambio de plan

Alba deseó que Payton viniera al camarote para consolarla, entonces, de repente, ella estaba en sus brazos y él estaba susurrando palabras cariñosas. ¿Era un sueño?

—¿Payton? —preguntó de nuevo.

—Déjame amarte, pequeña guerrera —dijo, mientras la levantaba.

Acunada en su abrazo, como un objeto precioso, sabía que él la amaba. Fue tentador aceptar su amor, pero él estaba comprometido con otra.

—¿Qué pasa con tu prometida?

—Debo ser honesto contigo. No amo a Jasmine. ¡Te amo a ti! Podemos pertenecernos, el uno al otro, durante el poco tiempo que nos queda —afirmó—. Déjame darte placer. No te deshonraré.

El placer de cualquier tipo era algo que Alba no había experimentado en mucho tiempo. ¿Por qué no compartir besos y más con su gentil escocés? No sabía nada de Mull ni de su familia lejana. Payton era el aquí y el ahora. Él estaba ofreciendo su amor y ella lo anhelaba.

—Sí —susurró—. Bésame.

Él gruñó, cuando su boca tomó posesión de la de ella. Ella de buena gana permitió que su lengua entrara y le pareció natural chuparla con avidez. Ella pasó los dedos por su cabello. Era tan sedoso, como lo recordaba de su primer beso. Antes que ella tuviera tiempo de pensar, él los había acomodado fácilmente a ambos en la litera sin romper el beso. Sus grandes manos jugaron con los lazos de su camisa. Impaciente por revelar unos pechos, que siempre había considerado inadecuados, se subió la camiseta y descubrió su cuerpo, a la vista de él.

Él rompió el beso, miró sus pechos solo por un momento, y luego inclinó la cabeza para succionar un pezón.

Un espasmo de placer la atravesó y floreció en un lugar muy íntimo.

—¡Sí, sí! —gritó ella, cuando él apretó ambos pezones suavemente.

—Mi tesoro —dijo con voz áspera—. ¿Puedo probarte?

Se le escapó el significado, pero no esperó una respuesta. Le subió la falda hasta la cintura y le lamió los labios inferiores. Pronto, estaba escalando una montaña de placer arrebatador. Él agarró sus muslos con sus poderosos brazos, cuando ella cayó lamentándose, en un abismo de felicidad.

* * *

Payton estaba en problemas. El dulce sabor de Alba en sus labios hizo que su codiciosa polla exigiera más. Pero no podía soportar más, por muy grande que fuera la necesidad de enterrarse dentro de ella.

Con la poca determinación que le quedaba, le arregló la ropa y la abrazó. Ella acarició su rostro contra su pecho, susurró “te amo”, y pronto se quedó dormida.

A pesar de la agitación en sus entrañas, estaba contento de abrazarla y eufórico que ella confiara en él. No se sintió culpable. Él no la había violado ni traicionado su promesa a Jasmine. Había complacido a una joven que amaba, sin ocuparse de sus propias necesidades. Lo que habían compartido era sano y correcto. Cualquiera que fuera el futuro que le deparara, siempre tendría este recuerdo para sostenerlo.

Finalmente, el movimiento oscilante del barco lo adormeció.

Cuando despertó había muy poca luz en el camarote sin ventanas, por lo que no tenía idea de cuánto tiempo había dormido. Miró a Alba. Sus ojos muy abiertos lo analizaron. Ambos se miraron a los ojos durante largos minutos. Ninguno de los dos habló, pero cada uno sintió el poder del silencioso mensaje de amor que pasó entre ellos.

* * *

Kenneth ensayó su discurso, cuando Payton regresó al camarote, que compartían. Se había quedado despierto, la mayor parte de la noche, sopesando los pros y los contras.

—Escucha —comenzó, dudando de repente de la sabiduría de sus pensamientos.

—No estoy de humor para un sermón —aclaró su primo.

—Estás sacando conclusiones precipitadas. Sé exactamente lo que se siente amar a una mujer, que no puedes tener. Entonces, ¡tengo un plan!

—Sí. ¿Cuál es?

—¿Estás ansioso por volver con Jasmine?

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta.

—Exactamente... He decidido cortejar a Catriona Neish hasta convencerla que sea mi duquesa.

—Me alegro por ti, pero no veo la conexión.

—Cat está en Escocia. No quiero perder más tiempo en lo que a ella respecta. Los barriles tienen que ir a Escocia. Si navegamos allí directamente, podrás pasar más tiempo con Alba. Tavish estará feliz de recibir sus barriles de jerez antes. Alba tendrá la oportunidad de ver la destilería con sus propios ojos. Desde Glengeárr puedes llevarla a Mull y luego, eventualmente, dirigirte a Londres y reunirte con la señorita Foxworthy.

Dejó de balbucear. Payton se frotaba la barbilla, aparentemente viendo el mérito de lo que le habían propuesto.

* * *

Era primera hora de la tarde, cuando Payton y Kenneth llegaron al camarote de Alba. Ella estaba encantada de ver a Payton, pero, ¿qué significaba la presencia de su primo? ¿Podría el hombre que amaba no confiar en estar a solas con ella?

—Tenemos noticias —comenzó Kenneth—. Ha habido un cambio de plan.

Miró rápidamente a Payton, pero la expresión severa de su mandíbula hacía difícil saber si él estaba contento con los cambios que iban a tener lugar.

—¿Cambio?

—No atracaremos en Londres.

El alivio inundó el corazón de Alba. La prometida de Payton estaba en Londres.

—¿A dónde vamos?

—Directo a Escocia —respondió Kenneth—. Primero a Dundee, luego por tierra a Glengeárr.

—¿Esto es para que puedas llevar los barriles directamente a la destilería de tu hermano? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y el capitán está de acuerdo con este cambio?

—Al principio se mostró reacio —confesó Kenneth—. Hasta que le señalé que su

empleador y yo somos importantes inversionistas en la destilería de los King.

—Y que ambos son duques —añadió Payton con una sonrisa.

—¿Un duque? —exclamó Alba—. ¿Duque?

¡Cielos, Kenneth es un duque!

—Sí —admitió Kenneth—. No pensé que fuera importante decírtelo. Fui a España como primo y amigo de los hermanos King.

Alba se preguntó si tal vez había cosas que no sabía sobre Payton.

—Antes que preguntes —dijo—. No soy un duque, solo un hombre corriente enamorado de una mujer extraordinaria.

Ella pensó que su corazón podría estallar.

¡Qué rollo!

Niven estaba dando las buenas noches a los empleados de las oficinas de Withenshawe, en Londres, después de otro día frustrante, esperando noticias del *SS Matilda*. Cada vez le resultaba más difícil concentrarse en sus deberes. Cuanto más se prolongaba la espera, más seguro estaba que su hermano y su primo nunca volverían.

Se sobresaltó cuando el propio duque irrumpió en la oficina.

—¡Se han ido directamente a Escocia! —exclamó sin aliento.

Un silencio absoluto recibió esta confusa noticia hasta que Niven se dio cuenta de la realidad.

—¡Recuperaron los barriles! ¡Están vivos!

—Parece que sí —manifestó Withenshawe con una sonrisa—. El capitán Frame envió a un hombre a tierra, en Southend, con un mensaje pero, por alguna razón, le llevó dos días llegar a Londres.

—¡Hay muchos pubs en esa calle! —gritó alguien.

—Ya estarán de camino a Dundee —dijo Niven, sin importarle, si el tonto se había detenido en todos los pubs del camino. ¡Su hermano estaba vivo!—. Debo hacérselo saber a todos en Ramsay House.

—Solo una cosa más. El marinero informa que hay un pasajero extra a bordo.

—¿Otro pasajero?

—Al parecer, una joven española.

El ánimo de Niven se desplomó. Payton cumpliría su promesa a Jasmine, aunque el tonto aún no sabía de su traición. Niven tendría que decirle a Cat que Kenneth había traído a casa, a una muchacha española.

* * *

Cat estaba cenando con Lady Maureen, Jock y Daisy, cuando Niven entró corriendo al comedor de Dower House. Sonrojado y sin aliento, tragó saliva y declaró:

—Están vivos. Kenneth y mi hermano están vivos y bien.

Jock saltó de su silla y estrechó la mano de Niven.

Lady Maureen rompió a llorar.

Riéndose, Daisy se arrojó a los brazos de Niven. Cat no podía entender a la mujer. ¿Le importaba el hombre o no?

Cat quería reír y llorar también, pero Niven parecía vacilante. ¿Y por qué Kenneth y Payton no habían regresado a casa de inmediato, si habían sobrevivido a la aventura?

—¿Están en camino hacia aquí? —preguntó lady Maureen.

—No —respondió Niven con el ceño fruncido.

—Supongo que hay mucho de qué ocuparse —sugirió Jock—. Descargar los barriles y todo lo demás. ¿Recuperaron los barriles?

—Sí.

Cat no pudo soportar el suspenso.

—¿Qué es lo que no nos estás diciendo?

—Han navegado directamente a Escocia. —Niven tragó saliva.

Se hizo el silencio.

La agitación en el estómago de Cat le dijo que había más por venir.

—Tiene sentido —dijo finalmente Jock—. Parece una pérdida de tiempo, descargarlos en Londres y luego volver a cargarlos.

Lady Maureen se animó.

—Quizás Kenneth decidió ir a Escocia a verte, Cat.

Las dudas de Cat sobre esa posibilidad se confirmaron, cuando Niven dijo:

—Trajeron con ellos a una española.

Payton no tenía forma de saber sobre la boda de Jasmine, por lo que la mujer debía estar con Kenneth. El corazón de Cat se hizo añicos.

* * *

Maureen buscó inspiración en su marido. Jock siempre tenía las respuestas correctas. Sin embargo, ahora, él se quedó boquiabierto, como el resto de ellos, aparentemente perdido.

—Estoy seguro que hay alguna explicación lógica —intentó decir algo.

—La lógica dicta que tu hijo debería casarse con alguien de su propia clase —destacó Cat con voz ronca—. Esta persona debe ser una noble española.

Ese argumento era válido, pero Maureen se negó a creer que la causa de Cat estuviera perdida.

—Tal vez no. Podría ser una refugiada, una huérfana de la que se apiadaron.

—Ciertamente, eso es posible —dijo Niven—. Payton y Kenneth son hombres generosos y compasivos que...

Daisy lo interrumpió:

—Una mujer que viaja sola con dos hombres debe estar unida a uno de ellos.

Sin sorprenderse, cuando Cat huyó del salón, llorando, Maureen se desplomó en su silla.

—Cuando Kenneth llegue a Glengeárr, descubrirá que su familia se ha mudado a Londres con Cat.

—¡Señor! —exclamó Daisy—. ¡Qué rollo!

* * *

—No debes perder la esperanza —le dijo Daisy a Cat.

—Fue inútil desde el principio —expresó Cat, con su dolor amortiguado por la almohada—. Fui una tonta al creer que tu hermano me amaba.

Sintiendo una inusual necesidad de consolar a esta mujer, que apenas conocía, Daisy se sentó en el borde de la cama y puso una mano en la espalda de Cat.

—Él te ama, puedo dar fe de eso. Mi hermano es leal hasta el extremo. No puedo creer que se casara con otra persona.

—Pero no nos hicimos ninguna promesa el uno al otro. —Cat se lamentó—. Debo regresar a Escocia.

Las posibles ramificaciones de eso marearon a Daisy. ¿Qué pasaría si Cat fuera a Escocia, y Kenneth estuviera realmente comprometido con esta mujer española?

—Eh... no... te ruego que te quedes aquí hasta que sepamos los hechos. Podríamos estar sacando conclusiones equivocadas.

—Tienes razón. Pero no puedo estar aquí, cuando Kenneth traiga a casa a su nuevo amor.

—Pero creo que tú serás la persona que consolará a Payton, cuando regrese, y descubra que

Jasmine se ha casado con otro.

* * *

A Cat siempre le había gustado Payton King. Crecieron juntos en un pequeño pueblo, coquetearon con la idea de casarse algún día, y finalmente se convirtieron en grandes amigos.

Sus familias habían vivido en la misma cañada, durante generaciones.

La perspectiva de consolarlo la atraía, pero también la asustaba muchísimo. Unir a dos personas con el corazón roto podría llevar a...

No, ella no podía considerar esa posibilidad. Sus sentimientos por Kenneth Hawkins eran devoradores. No tenía nada más que simpatía que ofrecerle a Payton.

Lady Maureen podría mostrarse reacia a ayudar a planificar un viaje de regreso a Escocia. La perspectiva de lograr algo así, por sí misma, era demasiado desalentadora. Necesitaba un aliado.

* * *

Niven estaba convencido más que nunca que este asunto del amor era algo que debía evitarse. Cat había sacrificado todo para venir a Londres, siendo su amor por Kenneth su única motivación. Ahora, ella estaba en una situación insostenible, y no habría nada más que lágrimas y recriminaciones, cuando Kenneth finalmente regresara con su conquista española.

La tía Maureen, su marido y Niven quedarían atrapados en el medio. Estaban firmemente del lado de Cat, pero estarían obligados a darle la bienvenida a la española, especialmente si Kenneth y ella se casaban.

Lo ridículo era que Kenneth ni siquiera sabía que le estaba rompiendo el corazón a Cat. Obviamente, él se habría cansado de suspirar por ella. Simplemente, el amor no duró.

Las dudas se van arrastrando

Tras un viaje razonablemente tranquilo, Alba desembarcó en suelo escocés. Dundee estaba lejos de Mull, pero esta seguía siendo la tierra donde nació su madre. Llenó sus pulmones con aire frío, tratando de no pensar en los enormes desafíos, que traería este nuevo comienzo. El hedor a pescado le produjo un extraño consuelo. Le recordó a Cádiz. Aunque todavía era temprano, en la mañana, el puerto estaba lleno de hombres, que corrían de aquí para allá. Los trabajadores barbudos y sudorosos podían ser españoles, pero ella no entendía ni una palabra de lo que se gritaban, unos a otros.

Sin embargo, Escocia también marcó el fin de los placeres que Payton y ella habían compartido, a bordo del barco, aquellos que la habían transformado de niña a mujer. De hecho, todavía era una doncella, aunque no en su corazón.

Como Kenneth estaba tan decidido a reunirse con una mujer, llamada Catriona, Alba sospechaba que él no había prestado atención a la ausencia de Payton de su camarote, o aprobaba el tiempo que pasaban juntos.

El capitán Frame pronto cargó los barriles en una carreta, que él había buscado. Estaba claro que dominaba a los trabajadores portuarios, quienes aparentemente trabajaban para el duque de Withenshawe. Sus compañeros de viaje habían mencionado a este rico duque, pero Kenneth se adelantó a cualquier pregunta, que ella pensara formular.

—No puedo esperar para ver a Cat —dijo efusivamente.

Payton se rió entre dientes.

—De repente estás hablando como un escocés, primo.

—Sí. Definitivamente, llevo este país en la sangre.

Kenneth había mencionado que su madre era escocesa. Por las venas de Alba corría sangre escocesa, pero, ¿significaba eso que eventualmente se sentiría como en casa, aquí?

—¿A qué distancia está Glengearr? —preguntó nerviosamente.

—Deberíamos estar allí mañana por la noche —respondió Payton.

Alba miró la carreta. En España, había caminado millas, y a veces montaba en mula, pero la carreta no parecía muy cómoda, y los barriles ocupaban la mayor parte del espacio.

Payton le rodeó la cintura con el brazo.

—*Dinna fash*. Frame ha organizado un carruaje para nosotros, y pasaremos la noche en una posada en el camino.

—Esas son buenas noticias, pero, ¿qué significa *dinna fash*?

—Significa que no te preocupes, que no te molestes —explicó Kenneth.

Alba asintió. No se detendría hasta que llegara el momento de despedirse de Payton.

* * *

El carruaje avanzaba a paso de tortuga y el conductor se mantenía a raya para no adelantarse demasiado. Kenneth hablaba sin cesar de Cat y de sus planes para llevarla a Londres. Buscó la opinión de Payton sobre si deberían casarse en Escocia. Encerrado con una mujer que deseaba, pero que no podía tocar, Payton temía volverse loco, o asesinar a su primo.

Darse placer mutuo había sido un error. No podía quitarse de la boca el dulce sabor de Alba. Cada bache en el camino llevaba su olor único a sus fosas nasales, y despertaba un renovado

interés en su virilidad, justo cuando pensaba que tenía sus impulsos bajo control.

Alba estaba sentada, en una esquina del carruaje, su atención parecía fijada en el paisaje que avanzaba. Evitó mirarla para no caer sobre ella como una bestia hambrienta.

Una discusión estalló, cuando pasaron la noche en la posada. Al principio, el propietario se negó a alquilar habitaciones a tres viajeros polvorientos: dos hombres solteros, que viajaban con una mujer. Ruborizándose profusamente, Alba se inquietó, claramente avergonzada por la situación. Payton estaba listo para darle un puñetazo al tonto en la nariz, aunque Kenneth jugó la carta ducal. El posadero solo aceptó esta afirmación, cuando el conductor del carruaje verificó la identidad de su pasajero.

—¡Espero que mañana no sea tan estresante como hoy! —exclamó Kenneth furioso, mientras Payton y él se estaban instalando en su habitación.

Payton estuvo de acuerdo, pero, en su opinión, su primo era la fuente del estrés.

—Quizás si dejaras de hablar de Catriona Neish.

Kenneth hizo una pausa al desempaquetar su maleta.

—Supongo que tienes razón. Sin embargo, saca a Alba de su miseria y abrázala. Ella necesita que le asegures que todo estará bien, en este nuevo país.

La desesperanza se apoderó de Payton.

—¿Cómo puede estar todo bien, cuando nos amamos, pero debo casarme con otra?

Kenneth probó el colchón.

—Durante mucho tiempo, ese fue mi razonamiento. Pero estaba equivocado. Tienes que pensar seriamente en tu compromiso con Jasmine.

—No he pensado en nada más.

—Si insistes en casarte con la señorita Foxworthy, la estás condenando a ella y a ti mismo, a una infelicidad de por vida.

Sus palabras fueron un golpe en el estómago. Los padres de Payton no se amaban. La falta de afecto finalmente los había convertido en personas amargadas, que descargaron su resentimiento con sus tres hijos, hasta que Tavish tuvo edad suficiente para proteger a sus hermanos menores de las palizas. Casarse con Jasmine era una perspectiva sombría, sobre todo porque su corazón sabía que ella nunca consentiría en vivir en Escocia.

—Tienes razón. Tengo algunas cosas que hacer.

—Mientras tanto, disfruta del tiempo que te queda con Alba.

—Sí. Pero esta noche no. El posadero nos ha amenazado de muerte, si alguno de nosotros se acerca a su habitación.

* * *

Kenneth no podía dormir, en parte porque Payton pasó la mitad de la noche, paseando de un lado a otro, pero sobre todo gracias a una vaga sensación de inquietud por su recepción en Glengeárr. Todos estos meses había creído que Cat lo amaba, pero, ¿y si no era así? Había basado su creencia en un incendiario beso de despedida. Quizás eso fue una locura.

Si ella rechazaba su propuesta, tendría que quedarse con su madre en Lockie House y lamerse las heridas. La perspectiva le dejó un sabor amargo en la boca.

—Intenta dormir un poco —suplicó finalmente.

Payton gruñó algo ininteligible, pero dejó de caminar y se metió en la cama.

Kenneth no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado, cuando Payton preguntó:

—¿Estás dormido?

—No.

—Solo quiero agradecerte tu ayuda en España. No importa a dónde nos lleve la vida, espero que podamos seguir siendo amigos.

—Puedes contar con ello, Payton. Me alegro de haber venido contigo. Te considero el hermano que nunca tuve.

Una reunión

Tavish King estaba saliendo de la destilería, después de un día largo, aunque gratificante, cuando divisó una carreta que se acercaba en la distancia. No reconoció de inmediato al conductor ni al caballo de tiro que empujaba. Sin embargo, no había lugar a dudas sobre la carga. ¡Eran los barriles!

A regañadientes, había perdido la esperanza que la incursión de Payton y Kenneth en España diera frutos, por lo que aplastó la débil esperanza, que insistía en entrar en su corazón. Casi se había reconciliado con la muerte de Payton, aunque nunca podría aceptar plenamente la pérdida de su hermano, a menos que viera un cuerpo. No podía soportar la posibilidad que Payton yaciera frío y muerto, en alguna tumba anónima lejana. Lo peor de todo era que sabía muy bien que Payton había emprendido el viaje para complacerlo.

—¡Tú y tus ideas tontas, Tavish King! —exclamó a las sombras, que se estaban reuniendo—. Wiski envejecido en barricas de jerez.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta cuando notó que había un carruaje siguiendo a la carreta. Entrecerrando los ojos, pudo ver que era uno de los vehículos de Withenshawe, y alguien estaba inclinado por la ventana, saludándolo.

¿Payton?

¿Podría ser él?

Lo que comenzó como un trote optimista se convirtió en una carrera corta, con toda sus reglas, cuando se dio cuenta que su hermano lo estaba saludando y seguía gritándole. Payton saltó del carruaje a los brazos de Tavish. Dándose palmadas en la espalda, ambos dejaron caer sin vergüenza las lágrimas de alegría.

Cuando Tavish pudo respirar de nuevo, se alegró igualmente de ver emerger a Kenneth.

—Sobrevivieron y trajeron los barriles.

—Sí —confirmó Payton, girando para ayudar a una joven diminuta—. Y no es todo lo que trajimos de España... Alba, me gustaría presentarte a mi hermano Tavish. Él es el maestro destilador.

La piel y el color del cabello de la muchacha hicieron que Tavish pensara en Cat Neish, por lo que se preguntó quién era el compañero de esa mujer.

—Bienvenida Alba. Pareces española, pero tienes nombre escocés.

—Sí, Tavish —aclaró—. Mi madre era escocesa, de Mull.

La sonrisa de Payton desapareció.

—Y te llevaré allí, una vez que Kenneth arregle las cosas con Cat.

Tavish estaba confundido.

—¿Cat? ¿La viste en Londres?

* * *

Piper King estaba removiendo una gran olla de estofado, que burbujeaba en la estufa de leña, cuando su marido irrumpió en la cocina. Le tomó un momento darse cuenta de las identidades de los hombres barbudos, que acompañaban a Tavish.

—¡Payton! —exclamó, mientras dejaba caer la cuchara de madera y se precipitaba hacia los brazos de su cuñado—. ¡Gracias al Cielo!

—Y mira quién está con él —dijo Tavish, como si no hubiera reconocido al duque, que una vez había intentado cortejarla.

Ella se sintió aliviada de verlo vivo y sano, pero, ¿consideraría su marido inapropiado que ella lo abrazara?

—Kenneth, estoy muy feliz que hayas regresado sano y salvo.

—Dale un abrazo, Piper —exigió Tavish—. Ha tenido malas noticias.

Antes que pudiera preguntar, una pequeña joven apareció detrás de la espalda de Payton.

—Soy Alba Castillero —expresó con un dejo de acento extranjero.

—Fue la destilería de jerez de su familia la que recibió nuestras duelas de barril —explicó Tavish.

—Me alegro de conocerte, Alba —dijo Piper—. Aunque no lo entiendo.

—Te escucho —bromeó Kenneth, dándole un beso en la mejilla—. Suenas como una escocesa.

—El acento es contagioso —confirmó Piper—. Si vives con escoceses, no puedes evitar empezar a hablar como un escocés. Ahora bien, ¿alguien puede explicar todo esto?

* * *

Las emociones de Kenneth estaban por todas partes, mientras se sentaba a disfrutar de una abundante comida, en la cómoda casa de Tavish.

—Me decepcionó muchísimo saber que Cat no está en Glengeárr —confesó.

—Pero ella fue a Londres para estar contigo —ratificó Tavish.

—Y, tan tonto que soy, me fui a España.

—Debe estar esperando ansiosamente noticias —dijo Piper.

Payton se rió entre dientes.

—Irónicamente, fue idea de nuestro primo que el barco pasara por alto Londres, ya que tenía tanta prisa por llegar aquí.

—Tenía la sospecha que mi madre estaba tramando algo para unirnos a Cat y a mí. Admito que me sorprende saber que Daisy vino a Escocia. ¿Con Niven, precisamente?

—¡Esa es otra historia! —exclamó Piper—. Es un romance intermitente.

—Daisy me preocupa —admitió Kenneth—. Aún así, algún día tal vez conozca a alguien que la derribe, por así decirlo. Como conmigo y con Cat.

—¿Realmente te arrepientes de haber ido a España? —preguntó Alba, en voz baja.

—¡Cielos! No —respondió Kenneth, sin querer sacar a relucir los horrores que habían visto. Ya habría tiempo suficiente para eso—. Payton y yo tuvimos una aventura maravillosa, y nos hicimos muy amigos. Además, te conocimos a ti y a tu padre, y pudimos traerte a un lugar seguro, aquí.

—Entonces —dijo Piper, vacilando—. ¿Irás a Londres para proponerle matrimonio a Cat, y Payton tiene la intención de llevar a Alba a Mull?

—La familia de su madre está allí —respondió Payton sin entusiasmo—. Prometí llevarla, sana y salva.

Kenneth estaba decepcionado, ya que su primo, aparentemente, todavía tenía la intención de abandonar a la mujer que amaba y casarse con Jasmine.

* * *

Se decidió que Payton y Kenneth se quedarían en otra casa, que pertenecía a la madre de

Kenneth. Se enviaron mensajes a los sirvientes para que prepararan las habitaciones. Piper aparentemente sintió el cansancio de Alba y sugirió que acompañaría a su invitada, a un dormitorio. Mientras tanto, los hombres se sentaron abajo a hablar. Tavish había pedido un relato de la aventura española.

Alba podía escuchar sus voces apagadas, mientras yacía despierta en el dormitorio, que Piper le dijo que alguna vez perteneció a Payton. Habían sucedido tantas cosas, en los últimos días, que era difícil evitar que los pensamientos chocaran entre sí, en su cerebro.

Se preguntó qué explicación daría Payton sobre su vuelo desde España y su determinación de llevarla a Mull. ¿Qué le dirían sus salvadores a Tavish sobre la bodega en ruinas? ¿Admitiría que la amaba?

Enterró la cara en la almohada para amortiguar los sollozos. Decidió endurecerse. Llorar y preocuparse por cosas sobre las que no tenía control solo provocaría más angustia. Tal vez nunca volvería a compartir su cama con Payton, pero al menos dormía, en la habitación, donde él había dormido durante años. La guerrera Alba tuvo que contentarse con eso.

* * *

Tavish escuchó, cautivado por la desgarradora historia contada por su hermano y su primo.

—Me gustaría poder visitar la bodega —dijo—. El sistema de apilamiento de los barriles suena interesante.

—La guerra terminará algún día. Probablemente, Alba puede contarte más sobre el proceso de elaboración de un buen jerez —sugirió Payton.

Durante el relato de la aventura, Tavish notó la actitud inusualmente moderada de su hermano, mientras que la historia de Kenneth hizo que los acontecimientos cobraran vida.

—¿Dices que uno de los barriles todavía está lleno de jerez? —preguntó, esperando levantar el ánimo de su hermano—. No puedo esperar para probarlo.

—Quizás, antes que me vaya —sugirió Kenneth.

—Sí. Lo tocaremos mañana.

El cómodo silencio se prolongó, mientras Tavish pensaba en lo que había aprendido de España, del jerez y de los dos hombres, que ahora estaban sentados bebiendo wiski con él.

—Ustedes se han vuelto amigos —dijo finalmente.

Pasó un rato, antes que Kenneth respondiera.

—Cuando te enfrentas a la muerte con un hombre, él se convierte en más que un amigo. Payton y yo compartiremos ese vínculo, mientras vivamos.

—Sí —repitió Payton.

Una irrazonable punzada de celos apretó la garganta de Tavish. Payton era su hermano, pero era cierto que sus vidas habían tomado caminos separados. Tavish tenía a su querida Piper y su exitosa destilería. Se preguntó qué le esperaba a su hermano. Estaba dolorosamente claro que Payton y la muchacha española estaban enamorados. Tavish recordaba a Jasmine Foxworthy, y nunca había entendido lo que Payton veía en ella, aparte de lo obvio.

Cuando Payton y Kenneth se fueron a Lockie House, Tavish subió las escaleras hasta su dormitorio, se desnudó, miró fijamente a su hijo dormido, durante uno o dos minutos, y luego se metió en la cama.

—Tienes frío. —Piper se quejó.

—Pronto me calentarás —dijo él, abrazándose a su cuerpo desnudo.

—¿Crees que Payton realmente tiene la intención de llevar a Alba a Mull? —preguntó ella.

—¿Tú también lo sentiste? —respondió con otra pregunta.

—Él la ama.

—Sí —suspiró, agradecido por una vida de satisfacción con la mujer que amaba.

Alba recorre la destilería

—Eres muy amable al darme la bienvenida a tu casa —le dijo Alba a Piper, mientras desayunaban juntas—. ¿Qué es lo que estamos comiendo?

Piper se rió entre dientes.

—Gachas de avena. Los montañeses deben tomarlas en el desayuno.

—Abundante y delicioso... Has sido muy generosa al darme algo de tu ropa.

—Eres más pequeña que yo, pero pronto las haremos encajar. Traje gran parte de mi guardarropa desde Londres, pero, para ser honesta, nunca uso la mayor parte aquí.

—Aún así, estoy muy agradecida.

—Estamos felices de tenerte como nuestro invitada —ratificó Piper—. No puedo imaginar los horrores que enfrentaste en España. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees.

Alba sospechaba que Piper se horrorizaría mucho, si se enterara de las atrocidades cometidas por ambos bandos, en la guerra.

—Algún día tal vez pueda hablar de la invasión, pero todavía no.

—Por supuesto. Payton me explicó que tu padre todavía está luchando contra los franceses.

—Sí. Nunca saldrá de España.

—Pero él quería que estuvieras a salvo.

—Con mi tía en Mull.

—¿Estás deseando conocer a tu familia escocesa?

Alba detectó en la pregunta algo más que simple curiosidad.

—Me gustaría conocer a mis familiares...

—Pero preferirías quedarte aquí... con Payton.

—No escondo muy bien mis sentimientos, ¿cierto?

—Mi cuñado tampoco. Es obvio que se preocupa por ti.

—Pero no tenemos futuro, si él se casa con esta tal Jasmine.

—Conocí a Jasmine. ¡Ella es voluble!

—¿Qué significa eso... fugaz?

—Significa que dudo que ella sea fiel a Payton, como él insiste en serlo con ella.

Alba reflexionó sobre las palabras de Piper. Si tan solo Jasmine rompiera su promesa con Payton...

Su reflexión fue interrumpida por la llegada de Payton. Solo tenía que volver a verlo para confirmar lo que su corazón sabía: ¡lo amaba! Sin embargo, cuanto antes abandonara las Highlands, mejor. Estar cerca del hombre que amaba, pero que no podía tener era una tortura. La improbable sugerencia que Jasmine pudiera haberlo abandonado solo empeoró las cosas. Seguramente, ¿esa mujer sabía el premio que tenía en sus manos?

Se miraron a los ojos durante largos minutos hasta que Payton sonrió y preguntó:

—¿Estás lista para tu recorrido por la destilería?

* * *

Sus hermanos reconocieron a Tavish como el maestro destilador. Payton y Niven estaban extremadamente orgullosos de la exitosa empresa, que habían ayudado a construir, aunque la visión y la creatividad de Tavish fueron las que produjeron *Uachdaran*, un wiski de pura malta

tan fino, que el príncipe regente había concedido la autorización real.

Por lo tanto, Payton agradeció que Tavish se mantuviera en segundo plano, y le permitiera explicar el proceso a Alba, mientras paseaban por la destilería.

Ella escuchó atentamente y formuló preguntas inteligentes. Comentó las similitudes y diferencias entre destilar wiski y producir jerez. Tavish quedó claramente impresionado, y a su vez le preguntó sobre el funcionamiento de la bodega, que ella había dejado atrás.

—Es hora de tocar el barril de jerez —declaró Tavish, cuando la gira terminó, y ellos probaron el wiski.

—Lo apoyo —dijo Kenneth.

—Primero —manifestó Alba—. Todavía tengo el sabor de tu buen wiski en la boca. ¿Podemos tomar agua, antes que pruebes mi jerez?

—Llenaré una jarra en la bomba —dijo Kenneth, antes de retirarse.

Payton se rió entre dientes. Después de haber probado cortésmente su primer trago de wiski, Alba había intentado con todas sus fuerzas no hacer una mueca.

—Es un gusto adquirido —susurró cerca de su oído, mientras esperaban.

—Creo que es una bebida más adecuada para los hombres. —Ella se rió con un guiño, agravando su deseo de hacerlo suyo.

—No sugieras eso a las ancianas de por aquí —replicó.

Ella se rió a carcajadas, empeorando el alboroto en sus pelotas. Se le ocurrió que nunca había oído reír a Jasmine. Su prometida siempre parecía incapaz de ver el humor, en todo lo que él decía. Esto sonó una sentencia de muerte para un hombre, que siempre tenía uno o dos juegos de palabras ingeniosas bajo su manga.

* * *

Después de probar el fino jerez de Alba, Tavish consideró el primer paso para utilizar las barricas nuevas.

—Debemos escurrir las pequeñas cantidades del jerez *Señor Castellero*, que quedan en cada barril, y luego transferir un poco de *Uachdaran*, a esos barriles que vivieron desde España. No podemos arriesgarnos a dejar que se sequen.

El proceso de drenar el jerez y añadirlo al barril más lleno no llevó mucho tiempo. A Tavish le impresionó que Alba insistiera en ayudar a los hombres. Estaba claramente familiarizada con el roscado y el llenado de barriles.

Estaban a punto de empezar a transferir parte del wiski de un año, a los barriles de jerez, cuando llegó Piper.

—Pensé que podríamos empezar a modificar la vestimenta que elegiste, Alba —dijo.

Alba estuvo de acuerdo, pero quiso quedarse para ver cómo se llenaba el primero de sus barriles con *Uachdaran*.

Conteniendo las lágrimas, cuando se completó el proceso, fue voluntariamente a los brazos extendidos de Payton.

—Gracias, Alba —dijo con voz ronca, antes de entregársela a Piper.

—Sí, mil gracias —repitió Kenneth, estrechando la mano de Payton—. Lo logramos, viejo amigo.

—Sí —dijo Tavish con voz ronca, después que las mujeres se fueron—. Y eres un tonto si dejas ir a esa mujer, Payton.

—Entonces, Tavish —replicó su hermano—. ¿Estás feliz, ahora que tu sueño se ha hecho realidad?

—No cambies de tema. Alba pertenece aquí, contigo.

—Sigo diciéndole eso —dijo Kenneth—. Pero él está decidido a honrar su compromiso con la señorita Foxworthy.

—Le prometí a Pedro que la llevaría a Mull —replicó Payton.

—Conocí a Castillero —expresó Kenneth—. Apuesto a que estaría feliz de saber que su hija se ha establecido con un destilador de wiski que ella ama... Es por eso que él sugirió que ella viniera con nosotros, en primer lugar, y tú lo sabes.

—En cualquier caso —añadió Tavish—, es demasiado tarde, en el año, para pensar en aventurarse a Mull. Correrían el riesgo de quedar atrapados por una tormenta de nieve, en los Montes Grampianos.

La carta

En el transcurso de la semana siguiente, Payton comenzó a temer el amanecer de cada nuevo día, que señalaba la rápida aproximación de la inminente salida de Kenneth de Escocia.

Tavish y Kenneth seguían acosándolo para que le escribiera una carta a Jasmine, cancelando su compromiso. Kenneth se había ofrecido a entregar la carta, cuando llegara a Londres.

En lo que a Payton concernía, esta era la salida del cobarde. No obstante, ver a Alba, todos los días, solo aumentaba su confusión. Verla familiarizarse con la destilería, que tanto significaba para él, fue gratificante, pero desgarrador. La gente de Glengeárr sentía simpatía por ella, y ella por ellos. Ella estaría desconsolada, cuando llegara el momento de irse.

No podían realizar ninguna actividad, que pudiera sugerir una relación. La abstinencia lo estaba matando, pero el tío Gregor lo desollaría vivo, si besara siquiera a Alba. Su hermano y su primo tenían irritantemente razón. Ella era perfecta para él, y se adaptaba bien a la vida, en Escocia. Por sus venas corría sangre escocesa. Ella era valiente y resistente. Su conocimiento y experiencia la convertirían en un activo para la destilería.

Tavish tenía razón, cuando advirtió sobre los peligros de viajar a Mull, a estas alturas del año. Payton no podía exponer a Alba a la posibilidad de morir congelada, en las montañas. Ya había soportado demasiado peligro. Sin embargo, podría volverse loco, si tuvieran que pasar juntos los largos meses de invierno, en Glengeárr.

En el último momento posible, escribió una carta, pero solo para explicar que se había retrasado, en Escocia, y que iría a Londres, lo antes posible.

Obviamente, asumiendo que la carta cancelaba el compromiso, Kenneth la aceptó con una sonrisa y le dio una palmada en la espalda.

—Estás haciendo lo correcto —le dijo su primo.

Payton se encogió de hombros. Ya no tenía idea sobre qué era lo correcto.

* * *

A Alba le dolió ver partir a Kenneth. Respetaba y apreciaba al noble inglés, junto al cual había enfrentado dificultades imposibles. Se había convertido en un querido amigo y ella lo extrañaría.

—Te deseo lo mejor en la búsqueda de la mujer, que obviamente amas —le dijo.

—Y estoy seguro de que todo te irá bien a ti también —replicó, dándose palmaditas en el bolsillo superior de su abrigo. Su guiño solo sirvió para aumentar la confusión de ella.

Alba sabía que el hermano y el primo de Payton le habían implorado, que le escribiera a Jasmine. Entonces, ¿Kenneth era el portador de esa carta? En caso afirmativo, ¿cuál era el contenido de la misiva? Él no le había dicho nada. La expresión severa de la mandíbula de Payton traicionó su renuencia a despedirse de Kenneth, lo que hizo que este fuera un momento inoportuno para confrontarlo.

El viaje a Mull había sido pospuesto. Ella se alegró por esto. Nunca había visto nieve, pero confiaba en las terribles advertencias sobre ventiscas en las montañas. Todos los que conoció le aseguraron que habría tiempo suficiente para experimentar la nieve, en Glengeárr.

Le gustaba vivir sin la constante amenaza de peligro. Quedarse significaba más tiempo con su amiga Piper King y más oportunidades de ayudar en la destilería. Tavish le había mostrado

cómo actualizar los libros de contabilidad, una tarea que estaba ansioso por delegar, ya que aparentemente la había asumido, después de la partida de Cat.

Cuando la bodega florecía, ella ayudaba a su madre con una responsabilidad similar. Allí contabiliza la cebada, no las uvas, los envíos y ventas, no el jerez.

En teoría, había suficiente que ver y hacer en Glengeárr para distraerla de Payton y su anhelo de hacerlo suyo. Desafortunadamente, nada funcionó para disminuir su frustración.

* * *

En Dundee, Kenneth supervisó la carga de una docena de barriles de *Uachdaran*, en la bodega de un barco de Withenshawe y luego abordó. Fue recibido por el capitán con el respeto debido a su título, y conducido a un cómodo camarote.

Después de un día y medio de camino, desde Glengeárr, estaba listo para una siesta. Se quitó el abrigo, metiéndose en la litera.

Con las manos detrás de la cabeza y los tobillos cruzados, él contemplaba los acontecimientos de los últimos meses. A todos los efectos, había vuelto a ser el duque de Ramsay, pero España había sido una experiencia que indudablemente le había cambiado la vida. De ahora en adelante, decidió ser un tipo diferente de duque, uno más centrado en las cosas importantes de la vida, que en las expectativas, típicas de esnobs, y los beneficios inútiles de la riqueza y la posición social. Pensó en menos bailes, menos noches jugando a las cartas, y pocos paseos para perder el tiempo por Hyde Park, que eran únicamente para que lo vieran. También consideró implicarse en las buenas obras y en las necesidades de sus inquilinos. Quizás incluso podría incursionar en el gobierno local y darles una mejor asistencia a los lores.

Kenneth confiaba en que los partisanos españoles y las fuerzas de la coalición algún día expulsarían a Napoleón de España. La marea ya había cambiado con el fracaso del asedio de Cádiz. No estaba más allá de lo posible que Bonaparte dirigiera su codiciosa atención a invadir Inglaterra, como venganza. A Kenneth le gustaba pensar que los ingleses resistirían tal ataque con tanto coraje y determinación, como lo hicieron Castillero y sus camaradas.

¡Qué guerrera tan apasionada había resultado ser Alba! Payton sería un tonto, si la abandonara. Era una mujer fuerte, muy diferente de Jasmine.

Pensar en mujeres fuertes le hizo volver a pensar en Cat. No podía esperar a reunirse con ella. Su estadía en Londres evidenció su fuerte deseo de estar con él. Estaba tan convencido de lo correcto que era casarse con ella, que le había escrito a Mainwaring, pidiéndole que consiguiera una licencia de matrimonio especial.

Cuando el movimiento del barco señaló el inicio del viaje, él miró su abrigo tirado descuidadamente sobre el respaldo de una silla. La carta de Payton estaba en el bolsillo interior. Había prometido entregarla, pero deseaba estar seguro del contenido. Podía abrirla, y ponerla en otro sobre, una vez que llegara a casa. Si Payton no tuvo el coraje de deshacerse de la ficha inadecuada, tal vez esto dependía del duque de Ramsay.

Un enfrentamiento en los muelles

Con el estómago hecho un nudo, Cat esperó el regreso de Lady Maureen a Dower House. Su patrona había ido a la casa principal con su marido. Cansados de esperar noticias de Escocia, intentaron interrogar al hombre de negocios de Kenneth para determinar si había recibido alguna noticia.

Cat se armó de valor para las malas noticias, y se agarró al borde del sofá, cuando una seria Lady Maureen entró en el salón.

—Efectivamente, Mainwaring ha recibido una carta de mi hijo. Probablemente, está de camino a casa, mientras hablamos.

Eran buenas noticias, entonces, ¿por qué la expresión severa de Lady Maureen?

—Es bastante confuso. Kenneth ha dado instrucciones a Mainwaring para que solicite una licencia especial.

—¿Una licencia para qué...? —preguntó Cat. Las cosas siempre le parecieron muy complicadas en Inglaterra.

—Una licencia especial permite una boda rápida.

Las esperanzas y los sueños de Cat volaron por la ventana.

—Él planea casarse con la mujer española.

—No necesariamente. Perdón por la comparación, pero Mainwaring fue como el gato que se tragó la crema. Tímidamente se negó a proporcionar más detalles. Jock todavía lo está molestando. Sabremos más, cuando Kenneth llegue aquí.

Cat no necesitaba oír más. No podía soportar la perspectiva de ver a Kenneth con otra mujer. Con la ayuda de Niven, había ideado un plan secreto para navegar de regreso a Escocia, en el próximo barco que partiera hacia Dundee.

* * *

—No puedo esperar todo el día. —Se quejó el conductor del coche de alquiler—. ¿Viene tu amada o no?

—Ella no es mi amada —protestó Niven, nervioso por tener el carruaje merodeando afuera de Ramsay House. El mismo conductor venía a recogerlo todos los días de la semana. Por lo general, se dirigían inmediatamente a las oficinas portuarias del duque de Withenshawe. Hoy le había ordenado al hombre que esperara. Cat planeaba caminar media milla desde Dower House y escapar en ese carruaje.

A Niven le entristeció que el romance entre Cat y su primo hubiera terminado, pero, dada su propia experiencia, en asuntos del corazón, supuso que no debería sorprenderse. Cat estaba convencida que quería volver a su hogar en Glengeárr, y había recurrido a él como aliado. ¿Qué más podría hacer él sino ayudarla? Su tía Maureen no estaría contenta, pero el bienestar de Cat era lo primero. La conocía de toda su vida.

Dejó de morderse las uñas, cuando ella emergió de las sombras previas al amanecer. Sonriendo alentadoramente, tomó su maleta, la ayudó a subir a bordo y se fueron. Media hora más tarde, cruzaron Londres y entraron en la sórdida zona portuaria. Cat no había dicho una palabra. Ella simplemente había mirado por la ventana, aunque él dudaba que ella se hubiera dado cuenta, que ya estaba iluminado.

Los peones de Withenshawe, que trabajaban en el muelle, les informaron que el barco que debía abordar Cat se había retrasado, debido a una tormenta frente a la costa de Norfolk. Cuando llegara, tardaría un buen rato en descargar la carga. Cat miró fijamente a la nada, aparentemente en trance, después de recibir esta noticia. Preocupado, Niven la acompañó a las oficinas, esperando que hubiera alguien disponible para preparar el té.

* * *

A Kenneth se le estaba acabando la paciencia. El viaje desde Dundee parecía bastante interminable sin que una tormenta retrasara la llegada del barco a Londres. Si no lograba tener a Cat, en sus brazos pronto, temía que su corazón explotara. Supervisar la descarga del último envío de *Uachdaran* llevaría tiempo, a menos que pudiera encontrar a alguien más que lo hiciera.

Cuando el barco atracó en el muelle, se sintió aliviado al ver a Niven King en el muelle. Seguramente a su primo no le importaría hacerse cargo de esa tarea. Saludó para atraer la atención de Niven. Para su gran asombro, su primo dio media vuelta y salió corriendo hacia las oficinas, cuando lo vio.

Irritado, caminó por la pasarela, cuando el capitán le dio el visto bueno para desembarcar. Con la plena intención de decirle a Niven lo que pensaba, se dirigió a las oficinas con la esperanza de encontrar a alguien que supervisara la descarga.

Se obligó a contar hasta diez, cuando Niven le bloqueó el paso en la puerta de entrada.

—¿Qué te pasa? Déjame entrar —gruñó finalmente.

—¡No puedo permitirte entrar! —insistió Niven con los puños en alto.

—¿Has perdido la cabeza, primo?

—Hay alguien adentro, que no desea verte a ti ni a tu española.

—¿Mi española? —preguntó Kenneth, totalmente perplejo—. ¡Oh! Debes referirte a Alba Castillero.

—Cualquiera que sea su nombre, ella no... ¿sigue a bordo?

La niebla estaba empezando a disiparse del cerebro de Kenneth.

—Alba todavía está en Escocia.

—Entonces, ¿supongo que ella vendrá con nosotros más tarde?

—Lo dudo. Tengo la esperanza que se case con Payton, si puedo disuadir a Jasmine...

Niven relajó los puños.

—Quieres decirme que la española y Payton...

—¡Sí! Se aman. Pero tu hermano está siendo terco. Cree que debería cumplir su promesa con la señorita Foxworthy.

—Pero Jasmine se casó con otra persona: un conde rico.

La noticia tomó a Kenneth tan completamente por sorpresa, que se rió a carcajadas, pero luego recordó lo que había dicho Niven. Dentro había alguien que definitivamente no quería ver a Kenneth porque pensaba que estaba enamorado de una española.

—¿Cat está aquí? —preguntó, ensordecido por los latidos de su propio corazón.

Sin estar dispuesto a esperar la respuesta obvia, empujó a Niven, a un lado, en su prisa por subir las escaleras hasta las oficinas.

* * *

Unos momentos antes, aún sosteniendo la taza de té, que al principio no había querido, Cat vio a Kenneth en la cubierta del barco. Obviamente, Niven también lo había visto, de ahí su prisa

por entrar y hacérselo saber.

—Él no puede verme aquí —le murmuró a Niven, acercándole la taza de té y el platillo.

—Lo detendré —le aseguró Niven, pasándole el té frío a un desconcertado empleado de la línea naviera.

Buscando desesperadamente un lugar donde esconderse, Cat se preguntó qué habría sido de la mujer española.

* * *

De repente, Kenneth irrumpió por la puerta.

Ella retrocedió con el corazón destrozado por lo que podría haber sido esa relación.

Su lectura hambrienta la confundió, al igual que la velocidad con la que él cruzó la habitación y la abrazó.

—Mi querida Cat, no puedo decirte cuánto te he extrañado.

¡Qué descaro de ese hombre, fingiendo afecto, cuando había traído a casa a una española! La tentación de fundirse en su fuerte cuerpo era poderosa, pero ella se resistió.

Luego, él cayó sobre una rodilla.

—No te culpo por enfadarte, cuando descubriste que me había ido a España. Pero ahora estoy aquí, y quiero que seas mi esposa. Espero que Mainwaring haya conseguido la licencia especial para que podamos casarnos pronto.

—¿La licencia especial es para que puedas casarte conmigo? —preguntó, estupefacta por lo que estaba pasando—. Pero, ¿qué pasa...?

—¡Es Payton quien está enamorado de la española! —gritó Niven, cuando él también irrumpió en la oficina.

La alta sociedad consideraba de mala educación que una dama se arrojara sobre un hombre, pero a Cat no le importaba lo que pensara la gente. Se puso de puntillas y besó a Kenneth en los labios. Ella chupó su lengua, cuando él profundizó el beso, inhalando el aroma de su piel largamente recordado.

Un silbido los separó.

—¿Supongo que aceptas mi propuesta? —preguntó Kenneth, arqueando las cejas—. ¿O será necesario otro beso para persuadirte?

—Estoy seguro que no será necesario —bromeó Niven—. De lo contrario, ustedes dos prenderían fuego a las oficinas.

Rebosante de inesperada felicidad, Cat recordó lo que Niven había dicho sobre su hermano.

—Entonces, ¿Payton sabe lo de Jasmine?

Las soluciones

Perdida en sus pensamientos sobre lo que podría haber sido de Cat desaparecida, Lady Maureen se distrajo por una ruidosa conmoción en el vestíbulo.

Su marido estaba sentado con las piernas abiertas, los brazos apoyados en los muslos y la cabeza inclinada. Ahora Jock se animó y miró hacia la puerta.

—Suenan como Kenneth.

Daisy saltó del sofá.

El corazón de Maureen amenazó con estallar, cuando su hijo entró en el salón, seguido de Cat. Ambos parecían muy felices. Evidentemente, el problema de la española había quedado resuelto.

Maureen se puso de pie en un instante, ansiosa por recibir en sus brazos abiertos a su hijo pródigo.

—Kenneth, mi querido muchacho —dijo con voz ronca, mientras él la abrazaba—. ¡Qué alivio!

—Y me siento aliviado de estar en casa —ratificó—. Tengo que disculparme con todos por el malentendido sobre Alba.

—¿Alba? —preguntó Jock, estrechando la mano de Kenneth.

—Ella es una mujer española, un miembro del ejército popular, que está rivalizando con Napoleón.

—Escuché algo por el estilo —dijo Jock.

—Su padre nos pidió que la lleváramos a un lugar seguro. Su madre era escocesa y Alba tiene parientes en Mull. Resultó que el viñedo de su padre es el lugar donde los King enviaron sus duelos de barril, hace años.

—Entonces, ¿dónde está ella, ahora? —preguntó Daisy.

—En Glengeárr con Payton, que es donde espero que se quede.

Maureen empezaba a comprender la realidad de la situación.

—Payton no sabe nada de Jasmine, ¿cierto?

—No —confirmó Kenneth—. Pensé que lo había convencido de cancelar el compromiso en una carta. Escribió, pero solo para decirle a Jasmine que el clima invernal lo había retrasado, y que regresaría a Londres lo antes posible. Confieso que abrí la carta y la leí.

—Dada la traición de Jasmine, es bueno que lo hayas hecho —dijo Daisy.

Jock sonrió.

—Y crees que Payton y Alba...

—Hechos el uno para el otro —confirmó Kenneth con un guiño—. Como Cat y cierto duque.

Las esperanzas de Maureen aumentaron.

—¿Esto significa...?

—Es un honor para mí decirles que Cat aceptó ser mi duquesa.

Después de este anuncio continuaron tantos abrazos, besos y llantos, que nadie prestó atención, cuando Niven entró silenciosamente en el salón, hasta que él se aclaró la garganta.

—¡Niven! —exclamó Maureen—. ¿No es una maravillosa noticia?

—Sí —respondió con un brillo en los ojos, mientras le daba un beso cortés en los nudillos a Cat.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a tales cortesías —dijo Cat, sonrojándose—. Pero, ¿cómo vamos a hacerle saber a Payton sobre Jasmine?

—Déjame a mí. —Niven se puso a la orden, aliviando las preocupaciones de Maureen sobre su sobrino—. Como soy su hermano, es mi responsabilidad decírselo.

* * *

Alba no había conocido a ninguno de sus abuelos. Uno había muerto, antes que ella naciera, y su abuelo escocés vivía lejos de España, si es que todavía estaba vivo.

Por lo tanto, disfrutaba de las conversaciones con el tío Gregor sobre Payton. Todo el mundo decía que era un viejo cascarrabias, aunque Alba encontraba fascinantes sus incoherentes historias. Aprendió mucho sobre la turbulenta historia de Escocia. Pasar tiempo con él le proporcionó un respiro a la tentación de Payton.

Para ser un hombre que aparentemente solo había viajado una vez más allá de Glengéarr, Gregor sabía mucho sobre las islas de la costa oeste. La obsequió con historias de Mull. Incluso sabía del naufragio, que su familia creía que había provocado la muerte de sus antepasados.

—Me haces sentir ansiosa por ver a Mull con mis propios ojos —admitió—. Supongo que una vez que termine el invierno...

—Sí —dijo—. Aunque tus antepasados españoles no llegaron, a la costa oeste, atravesando las montañas.

—¿Oh? —respondió ella. Si hubiera una manera de escapar, antes de la tentación de Payton, la aceptaría de mala gana.

—¿Sabes que la Armada fue arrojada al Mar del Norte, después de la derrota en Gravelines?

—Sí —respondió ella.

—Incapaz de volver sobre su ruta a través del Canal, el comandante español se vio obligado a ordenar, a su flota, navegar hacia casa, rodeando el extremo norte de Escocia, y bajando por la costa occidental de Irlanda. Era una perspectiva desalentadora para una flota con escasez de alimentos y agua, ya que muchos de los barcos estaban gravemente dañados por la batalla y no eran aptos para aguas tan inhóspitas. Se dice que las tormentas fueron inusualmente fuertes ese año. No tenían cartas de navegación y es la razón por la que muchos terminaron navegando por la costa oeste de Escocia, en lugar de Irlanda.

Ella conocía la mayoría de los trágicos detalles que él contaba, pero el recordatorio de la historia ofrecía una posibilidad.

—¿Crees que los barcos modernos de hoy podrían realizar ese viaje? —preguntó ella.

—¡Oh, sí! Hay barcos que salen de Edimburgo y navegan por la ruta norte hacia las islas.

Un plan empezó a formarse en la mente de Alba. Si ideaba una manera de llegar a Edimburgo, podría embarcarse hacia Mull, y escapar del tormento de vivir cerca de un hombre que no podía tener.

—Los muchachos y yo nos hospedamos, una vez, en una excelente posada llamada The White Horse, pero Edimburgo no nos importaba mucho —agregó—, la gente de allí no usa falda escocesa. Tavish envía a un hombre de vez en cuando, a buscar más botellas de *Uachdaran*, a nuestro proveedor.

Él siguió contando la historia y por qué la posada de Edimburgo llevaba el nombre del corcel favorito de María, reina de Escocia, pero los pensamientos de Alba estaban ocupados en otra parte.

* * *

El viejo Kenneth Hawkins, duque de Ramsay, habría insistido en casarse en la iglesia más adecuada de Londres con la asistencia de tantos miembros de la nobleza inglesa, como fuera posible.

Aunque comprometerse con Catriona Neish, en el salón de su casa, le pareció más que correcto al nuevo Kenneth Hawkins. Las personas que amaba estaban presentes: su madre, Jock, su hermana y Niven King. Niven actuó como su padrino. Kenneth hubiera preferido que Payton hiciera los honores, pero eso no fue posible. Mainwaring no podía dejar de agradecer a Kenneth por invitarlo, ya quera era el único invitado, ajeno a la familia.

El propio obispo vino a realizar el ritual.

Kenneth pensó que podría ahogarse en las profundidades de los ojos de Cat, mientras pronunciaban sus votos.

Cuando el obispo le dio permiso para besar a su novia, Kenneth se sintió verdaderamente casado. Saboreó el aplauso de su familia, mientras profundizaba el beso. Su corazón y su entrepierna se regocijaron cuando Cat chupó su lengua.

Después de un sencillo almuerzo de celebración, él tomó a su nueva esposa y la llevó escaleras arriba hasta su dormitorio.

Ella despidió a la sirvienta proporcionada por su madre y se dispuso a quitarse el vestido de novia. Sus ojos nunca dejaron los de él, mientras él desnudaba su cuerpo, ante su mirada. El amor que vio ardiendo en esas verdes profundidades convirtió al muy apropiado y digno duque de Ramsay en un furioso infierno de deseo.

Horas más tarde, después que ella le hubiera ordeñado su semilla, más veces de las que podía contar, ambos yacían saciados, uno en brazos del otro. Su recatada muchacha de las Highlands había resultado ser una amante insaciable. Él fue bendecido. La larga espera para hacer suya a Cat había terminado. Sin embargo, no podía evitar la vaga sensación que faltaba algo.

—Ojalá mi abuelo hubiera estado aquí —susurró en la oscuridad.

Podría haberse dado una patada a sí mismo. Supo inmediatamente lo que faltaba. Aparte de la silenciosa presencia de Niven, no había nada remotamente escocés en todo el proceso. Su mente volvió a la boda de Tavish y Piper, en el mismo salón, y a la significativa ceremonia de ayuno de manos, que había realizado el tío Gregor. La novia de Kenneth no había emitido una sola queja, pero él la había privado del derecho a tener familiares presentes.

—Niven se irá mañana. ¿Por qué no vamos con él?

Las botellas

Alba mantenía los ojos y los oídos abiertos, cada vez que visitaba la destilería. Intentó ser discreta al hacer preguntas sobre las botellas de marca, que utilizaba la destilería.

Piper y Tavish la invitaban a menudo a comer a su casa. Eran inteligentes y amigables, pero la presencia ocasional de Payton hacía que la conversación fuera incómoda. Parecía que no podía controlar sus pensamientos, cuando él estaba cerca. Piper debía considerarla una tonta.

Intentó evitar a Payton, pero Glengeárr era un pueblo pequeño y aislado, y la destilería era la única industria.

A pesar de sus mejores esfuerzos, ella no supo nada sobre el siguiente envío de botellas.

Entonces, ella se dio cuenta que tal vez la respuesta se encontraba en el libro de contabilidad al que tenía acceso ilimitado. En la primera oportunidad, revisó los registros, y se desanimó al descubrir que tradicionalmente las botellas se pedían, solo una vez al año. Cerró el libro de contabilidad de golpe, cuando Tavish apareció inesperadamente.

—Por cierto —dijo—. Probablemente, has aprendido que pedimos nuestras botellas a Edimburgo. Con el aumento del negocio, estamos agotando nuestro suministro, a un ritmo más rápido que nunca. He pedido un envío adicional.

Intentó mantener la creciente emoción fuera de su voz. ¿Había percibido el motivo de su interés por las botellas?

—¿Y cuándo serán entregadas?

—Tal vez sea una buena idea sugerirle al vidriero, en el futuro, que nos las entregue, él mismo, especialmente porque es probable que nos convirtamos en su mejor cliente. Por ahora, enviaré a un hombre a recogerlas.

—¿Y cuándo será eso?

—En aproximadamente una semana —respondió con algunas dudas—. Payton se ha ofrecido como voluntario para ir.

Las esperanzas de Alba se derrumbaron. Sin duda, Payton pensó que un viaje a Edimburgo les proporcionaría a ambos un respiro de su tormento. Obviamente, Tavish había sentido la frustrada atracción, que sentían el uno por el otro, y notaba las miradas acaloradas. Pero su plan de escapar parecía imposible. A menos que...

—Quizás podría ir con él —sugirió, lamentando inmediatamente el arrebatado irreflexivo—. Es... es una oportunidad de ver Edimburgo por mí misma.

Tavish enarcó una ceja, probablemente pensando que estaba empeorando las cosas al arrojarla sobre su hermano, cuando, en realidad, él estaba planeando escapar en barco, y no volver a verla nunca más.

—Hablaré con él —replicó, antes de irse.

Ella abrió el libro mayor y se quedó mirando las ordenadas filas de cifras, que había ingresado. Fue gratificante saber que quedaría algún registro de su breve estancia, en Glengeárr. Sin embargo, entró en pánico, cuando una lágrima cayó sobre una entrada reciente, y provocó que la tinta corriera.

* * *

La sugerencia que se llevara a Alba con él a Edimburgo tenía a Payton en un aprieto. Unos

días a solas, juntos, les ofrecerían la oportunidad de volver a experimentar los placeres físicos, que habían disfrutado a bordo del barco. No tendrían que ocultar su amor mutuo. Podrían ser ellos mismos.

No obstante, su compromiso con Jasmine Foxworthy todavía lo perseguía como un espectro. De mala gana, él reconoció que su resentimiento por la situación se estaba convirtiendo rápidamente en odio hacia la mujer atolondrada. ¡Era su culpa!

—Habla de mirar, antes de saltar —murmuraba a menudo para sí mismo.

Ahora conocía la diferencia entre el amor y la lujuria. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Por más débil y cobarde que fuera, no podía rechazar la última oportunidad de bañarse en el resplandor del amor de Alba.

—No tienes que llevarla contigo —dijo Tavish con impaciencia.

—Quieres que le diga que no —expresó Payton, incapaz de mirar a su hermano a los ojos—. Pero no puedo.

Tavish asintió.

—Sé cómo el amor por una mujer puede consumir a un hombre y no te censuro por ello. Sigo pensando que deberías cancelar este ridículo compromiso, pero no me entrometeré. Solo tengo miedo que ambos acaben con el corazón roto.

Payton le ofreció la mano.

—Tengo la suerte de tenerte como hermano. Lamento haberte decepcionado.

Sacudiendo la cabeza, Tavish aceptó el apretón de manos y abrazó a Payton.

—Simplemente, quiero que seas feliz, y que sepas dónde reside tu felicidad. Eres un buen hombre y estoy orgulloso de ti. Tengo suerte de tener un hermano, dispuesto a arriesgar su vida para ayudar a cumplir mi sueño.

Payton se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Tal vez debería decirle que no.

—No quiero oír hablar de eso. Llevarás a Alba a Edimburgo y, con suerte, finalmente te darás cuenta de cuál es tu verdadero deber.

* * *

—¿Estás segura que quieres emprender este viaje? —preguntó Piper.

Fingiéndola una última mirada alrededor del dormitorio para asegurarse que no se había olvidado de empacar nada, Alba consideró su respuesta.

Venían largos días de viaje, sola con Payton. Sí, ella quería eso. Era una oportunidad de pasar unas horas, en una posada, con el hombre al que amaría para siempre.

Sí. Su cuerpo y su corazón anhelaban esa intimidad. Lo había engañado sobre la razón por la que había ido a hacer el recado. ¡No! La culpa se alojó en su garganta.

Debía emprender un largo y frío viaje por mar alrededor del extremo norte de Escocia.

Su estómago se rebeló ante la perspectiva. Sin embargo, ya había enfrentado dificultades antes, y esperaba tener el coraje de volver a hacerlo. ¿Seguramente, una mujer que no tuvo problemas para burlar a los soldados franceses podría lograr escapar de Payton?

—Sí —respondió a la pregunta de Piper—. Tengo muchas ganas de conocer Edimburgo.

El ceño de Piper traicionó su incredulidad.

—Por supuesto. Es una esperanza desesperada para que ambos no tengan el corazón roto. ¿Intentarás convencerlo para que abandone a Jasmine?

—No, él mismo debe tomar esa decisión.

Incluso mientras decía la verdad, sabía que era demasiado tarde para encontrar la felicidad

juntos. Si Payton renunciaba a su compromiso con Jasmine, entonces, la culpa la acosaría para siempre.

Los camaradas

Payton y Alba no intercambiaron una palabra de conversación durante el primer día del viaje a Edimburgo. Su brazo entrelazado con el de él, y su cabeza apoyada en su hombro lo decían todo. Cuando se acercaba el anochecer, él tomó una decisión. Si se quedaban en la posada habitual, tendrían que hacerse pasar por marido y mujer.

—Está lloviendo y el cielo está despejado. ¿Te resistes a acampar? —preguntó, muy consciente que ella había pasado dos años viviendo en la intemperie, en las montañas de España.

—Sabes que no lo estoy —respondió ella, apretando su brazo con más fuerza.

A pesar de la tranquilidad entre ellos, sintió un toque de melancolía en su voz. Él también sospechaba que este viaje podría ser la última oportunidad, que tendrían de estar juntos, como amantes.

—Si hubieras venido solo, habrías dormido bajo las estrellas —dijo ella.

—Es cierto. —Él estuvo de acuerdo, saliendo de la carretera hacia un bosquecillo protegido.

Cuando él la levantó del asiento del conductor, ella puso sus manos sobre las de él, y se inclinó hacia su cuerpo, lo que le hacía sentir muy bien. A él le faltaba voluntad para mantenerla alejada, pero había que desenganchar el caballo y atenderlo.

—No tardaré —susurró, sosteniéndola con el brazo extendido.

Asintiendo, ella se alejó. Él no tuvo que decirle cómo prepararse para la noche. Cuando desenganchó y alimentó al caballo, ella ya tenía encendido el fuego y las pieles de su cama estaban extendidas sobre un cojín de brezo.

Ella había recuperado el saco de provisiones del carro, colocando pan y queso desmenuzado sobre un tronco caído, junto a una jarra de cerveza.

—¡Eres una maravilla! —exclamó él.

Su falta de respuesta fue molesta, pero compartieron su comida, en amigable silencio. Cuando cayó la noche, la llevó a la cama, que ella había hecho, y se acurrucaron juntos bajo las pieles. Al escuchar su respiración constante, miró las estrellas y supo que nunca amaría a otra, como amaba a Alba Castillero. Tendría que dejárselo claro a Jasmine, cuando la viera. Entonces le correspondería a ella tomar una decisión sobre el compromiso.

* * *

Alba estaba cansada, cuando Payton llevó la carreta al patio de The White Horse, a última hora de la tarde. No había dormido mucho la noche anterior y quería saborear cada momento de estar en los brazos de Payton, bajo las estrellas titilantes. Tenía miedo de entrar a la posada. Ningún propietario permitiría que un hombre y una mujer, solteros, ocuparan habitaciones, por lo que Payton y ella tendrían que afirmar que eran marido y mujer. Ella no lo consideró una mentira. En su opinión, ambos eran como uno. La inevitabilidad de compartir habitación con él era algo que deseaba, pero temía. Sería su última cita juntos.

El posadero no cuestionó su afirmación que estaban casados. Un joven los acompañó a la habitación. Payton lo reconoció.

—Cormac, ¿cierto? —preguntó, mientras el muchacho se disponía a encender el fuego.

—Sí, señor. ¿Se ha alojado aquí antes?

—Hace aproximadamente un año —respondió—. Con mis hermanos y mi tío.

Los ojos de Cormac se iluminaron.

—Sí. Recuerdo que no usaba esa ropa interior, debajo... eh... y se ha casado desde entonces.

—Sí —respondió Payton con una sonrisa, cuando Alba y el muchacho se sonrojaron ferozmente.

Se sentó en el borde de la cama hasta que el muchacho quedó satisfecho con el avance del fuego y se fue. Payton se sentó a su lado y le tomó la mano.

—No soy un buen mentiroso.

—No es mentira —insistió ella—. Tú y yo pertenecemos el uno al otro.

—Lo sé y quiero contarle a Jasmine sobre ti. Entonces, dependerá de ella.

Alba lo amaba por la sinceridad en sus ojos, pero forzó una sonrisa. Su prometida nunca lo dejaría ir. La opinión general de la gente de Glengeárr era que a ella le interesaba más el dinero que el amor.

—Ya veremos —bromeó—. Mientras tanto, señor Payton, eres mío, soy tuya.

—Sí, esta noche estaremos juntos, pero recuerdo que el propietario no permitirá que lleven comida a las habitaciones, por lo que estamos obligados a bajar al comedor, antes de acostarnos.

* * *

Aunque Payton deseaba llevar a Alba a la cama, saboreaba cenar con ella. El inglés no era la lengua materna de ella, pero entendía sus chistes y juegos de palabras mejor que Jasmine. Sus ojos tranquilos y risueños lo hicieron sentir como el hombre más ingenioso del mundo. Sus modales en la mesa eran impecables y él podía imaginarse la vida próspera y sofisticada, que habían llevado los Castillero, antes de la invasión. Apostaría que el apuesto Pedro Castillero había conquistado a Olivia de Mull. ¿De qué otra manera explicar que se había casado con él, y se había ido voluntariamente a vivir a la lejana España, un país extranjero muy diferente al suyo?

—¿Cómo se dice en inglés? —preguntó Alba con un brillo en los ojos—. ¿Algo sobre un centavo y pensar?

—“*A penny for yer thoughts*” —respondió, dándose cuenta, que se había perdido en pensamientos de hacerle el amor—. Creo que deberíamos subir las escaleras.

Cogidos del brazo, se empujaban juguetonamente, en la estrecha escalera. Echaría de menos esta fácil camaradería. Era extraño pensar en una mujer como una camarada, pero reconoció y se sintió humillado por un núcleo interno de lealtad en ella. Si se casara con ella, entonces, Alba estaría a su lado en las buenas y en las malas. Sin embargo, ahora su futuro estaba en manos de una muchacha tonta, gracias a su preocupación juvenil por los pechos grandes. Sin embargo, en estos momentos, todo lo que podía pensar era en poner su boca en los tentadores senos de Alba, y en otras partes más jugosas de su cuerpo.

—*A penny for yer thoughts* —susurró Alba, mientras estaban cara a cara, tomados de la mano, en la silenciosa habitación.

—Mis pensamientos valen más que un centavo —bromeó, llevándola a la cama—. Ayúdame a quitarme estas botas.

The White Horse

A menudo, Alba se había irritado por su educación rígida. Los padres españoles siempre fueron muy estrictos con sus hijos, especialmente con las hijas. Alba no fue la excepción. La habían criado para ser modesta, casta y obediente. La guerra había cambiado las cosas. Había vivido con hombres y mujeres desesperados y, después de todo, era española. Había llegado el momento de dejar que la caliente sangre española fluyera libremente por sus venas. Los escoceses también eran gente apasionada, y ella era mitad escocesa.

Se sentó a horcajadas sobre la pierna de Payton, moviendo deliberadamente su trasero, mientras luchaba por quitarle la bota del pie. Tan pronto como ella logró quitarle la segunda bota, él le levantó la falda y le separó las mejillas con los pulgares. Su lugar más privado palpitaba de necesidad. Sus pezones hormiguearon.

—Alba —gruñó, mientras se movía rápidamente para ponerla boca arriba. Se arrodilló entre sus piernas y puso su boca en el lugar íntimo, que ella había deseado que él chupara. Haciendo acopio de valor, ella se levantó la blusa para exponer sus pechos. Esos hábiles dedos jugaron con sus pezones, y pronto ella se elevó sobre un arco iris andaluz, y disfrutó del resplandor de una dorada puesta de sol en Sierra Morena. En su euforia, ella no estaba segura de cómo logró quitarse la ropa. Cuando regresó a la tierra, yacía desnuda en sus brazos.

Pero debería haber más.

—Quiero verte —susurró ella, aún más excitada por el calor, que penetró sus pantalones de lana, cuando puso su mano sobre él.

—No es una buena idea —dijo él con voz áspera—. Podría perder el poco control que me queda.

—Por favor, Payton. Déjeme verte.

Se paró junto a la cama, se sacó la camisa y la pasó por la cabeza. Ella se sentó y pasó las manos por la fina capa de vello oscuro de su amplio pecho.

—Magnifico —murmuró ella, pasando los pulgares por su pecho.

Inhalando un gruñido, él se desató los cordones de sus pantalones y se los bajó hasta las caderas. Tragó saliva, cuando su virilidad quedó libre.

—He visto hombres desnudos, antes en los campos —admitió ella, enroscando su mano alrededor de su gruesa lanza—. Pero nunca vi nada tan impresionante como el rey de mi corazón.

Anhelaba desesperadamente introducir su virilidad dentro de ella, pero la perspectiva era más desalentadora de lo que su madre le había hecho creer.

* * *

Payton no había pensado que fuera posible disfrutar del cielo y soportar el infierno al mismo tiempo. Había sido afortunado con sus dotes físicas, y el asombro en los ojos de Alba hizo que su polla estuviera saludándola. Ella estaba claramente impresionada, pero también asustada.

—No te preocupes, mi pequeño guerrero —susurró—. No te robaré la virginidad, que es para tu marido, por mucho que lo desee.

Él perdió todo pensamiento coherente, cuando ella besó la punta hinchada de su excitación. Tragó con dificultad y esperó que de su boca seca salieran palabras.

—No tienes que...

Ella levantó la cabeza, con los ojos llenos del éxtasis, que había experimentado.

—Me diste placer de esta manera —dijo—. Ahora es mi turno de complacerte...
Enséñame...

Demasiado débil para resistir tal súplica, él rodeó su mano con la de ella.

—Lentamente, arriba y abajo, así.

Le temblaron las rodillas al entrar en un nuevo mundo de éxtasis físico.

—Tengo que acostarme —gruñó.

Acostado boca arriba, su corazón se hinchó, cuando ella levantó su pierna y la pasó por su cuerpo. Todavía bombeando su polla, ella acarició la piel sensible en la parte posterior de su rodilla y él se perdió. Gritó algo en gaélico, cuando su semilla brotó de su cuerpo y la euforia lo llevó al éxtasis.

—¡Estalló el volcán! —exclamó.

* * *

Ya había amanecido, cuando Payton se movió en los brazos de Alba. Ella lo había observado, mientras dormía, absorbiendo cada rasgo de su rostro robusto y atractivo. Su parte masculina estaba descansando ahora, pero ella nunca olvidaría la asombrosa belleza de su excitación. Se sintió honrada que él le hubiera permitido tocar la parte más íntima de su cuerpo y brindarle placer.

Él sonrió y se sentó, cuando se dio cuenta que ella lo estaba mirando.

—¡Quédate aquí y descansa! —dijo, lamiéndole un pezón—. Estaré fuera la mayor parte de la mañana.

Ella había previsto tener que renunciar a la excursión a la fábrica de vidrio. Él lo había hecho más fácil.

—Me gustaría ir contigo, pero estoy cansada.

Mientras lo observaba lavarse y vestirse, fue tentador suplicarle más contacto físico. Su cuerpo lo anhelaba, pero él podría sentir lo que ella planeaba.

Él la besó profundamente, se despidió y se fue.

Sus lágrimas se negaron a disminuir, mientras ella se lavaba, vestía y empacaba sus pertenencias.

—*Adiós, mi corazón* —susurró ella, mientras cerraba la puerta de la habitación y bajaba las escaleras hasta la entrada principal—. *Adiós, mi corazón.*

El posadero la miró.

—¿Va a salir, muchacha?

—Sí —respondió ella, esforzándose por sonar como su madre—. ¿Puede indicarme los muelles, por favor?

Él arqueó una ceja.

—Sí. Siga el olor del mar. No se puede perder allí.

No dispuesta a desafiar el sarcasmo, asintió y se fue con un tono burlón de extranjero, resonando en sus oídos. Conociendo el peligro, tras años de guerra de guerrillas, aceleró el paso, cuando se dio cuenta que unos ojos malévolos la seguían fuera de la posada y calle abajo.

Perdida

Durante el largo viaje a España, Kenneth había capeado feroces tormentas en el Mar Cantábrico, pero el vendaval que azotó el barco de Withenshawe, en el Mar del Norte, fue peor. Normalmente, era un buen marinero, incluso en mares agitados, pero él, Niven y Cat sucumbieron al mal de mer.

Cuando el viento rasgó la vela mayor de la goleta, temió no poder disfrutar por mucho tiempo de la euforia de su condición de recién casado. Intentó no mostrar su nerviosismo, pero dudaba que la perspicaz Cat se dejara engañar. Tenía la astuta habilidad de saber exactamente cómo se sentía y qué estaba pensando. Estaban idealmente emparejados, en ese sentido. Él sintió cada emoción de ella.

Por lo tanto, fue un alivio cuando el capitán les informó que tendrían que dirigirse a Edimburgo para realizar reparaciones.

—No podremos llegar a Dundee con este clima —dijo.

—Nunca he estado en Edimburgo —murmuró Cat con valentía.

—Estoy seguro que Withenshawe nos proporcionará transporte a Glengeárr —respondió, tomándola en sus brazos—. Pero podemos quedarnos en la ciudad, uno o dos días.

—Mis hermanos y yo nos hospedamos en The White Horse de camino a Londres —les dijo Niven—. Es un lugar antiguo, pero la comida es decente.

—Entonces, es en The White Horse —declaró Kenneth, rezando para que el barco siniestrado llegara a los muelles de Edimburgo, en Leith.

Respiró con mayor facilidad, cuando el barco entró en el fiordo. Los vientos amainaron y las olas ya no amenazaban con abrumar a la goleta. Los tripulantes pudieron arriar la vela rota.

Withenshawe mantuvo solo un muelle y una plantilla mínima en Edimburgo. Por lo tanto, los viajeros tardaron algunas horas en desembarcar, y encontrar transporte hasta The White Horse.

* * *

Había señales del otoño en el aire, cuando Alba llegó a los muelles de Leith, a media tarde. Se había desorientado varias veces y tuvo que pedir indicaciones, que no siempre resultaban correctas. Había caminado mucho más de lo previsto. Nacida y criada en España, no toleraba el viento frío del que el escaso chal de Piper hacía poco para protegerla. El frío en sus huesos se vio agravado por la certeza que alguien la estaba siguiendo.

Ella entraba y salía de puertas oscuras, pero, cuando se arriesgó a mirar furtivamente por encima del hombro, el extraño todavía la seguía.

No sabía si podía confiar en los hombres sucios y de aspecto furtivo, que trabajaban en los muelles, pero tenía que encontrar el barco, que la llevaría a Mull. Finalmente, se acercó a un hombre mayor y barbudo, sentado sobre un pilote de madera, con las piernas flacas colgando.

—Amable señor, ¿puede indicarme la dirección del barco con destino a Mull? —preguntó ella.

Él se sacó la pipa de la boca, escupió al suelo y murmuró:

—No.

—¿No sabe dónde está?

—Supongo que usted no es de este lugar —respondió.

Hasta aquí la eficacia de su acento.

—No, pero tengo que llegar a la casa de mi tía en Mull.

—Entonces, tendrá que esperar hasta la primavera. No navegan por la ruta del norte, en esta época del año. El mar ya está agitado. ¿Ve esas cabrillas? —Señaló un barco cercano—. A la goleta se le rasgó la vela por el viento, que venía de Londres.

El pánico apretó el nudo en el estómago de Alba. No tenía la energía ni la voluntad para caminar de regreso a la posada, y esa sombra malévola todavía acechaba cerca.

—Soy una extranjera, en este lugar —confesó, esperando poder confiar en él—. ¿Conoce alguna posada por aquí?

—Sí, varias, pero no son el tipo de lugar donde una chica, como usted, quiere quedarse, no sea que busque ganarse dinero extra.

La bilis subió por la garganta de Alba. Tenía una daga atada al muslo, pero no le gustaba la perspectiva de usarla para defenderse de los hombres en un burdel. Ella sería una contra muchos.

—Supongo que regresaré a The White Horse.

—No —dijo—. Muy lejos. Quédese en mi casa, si quiere. Saldremos mañana.

Ella vaciló.

—¿Vive cerca?

—Tengo una pequeña choza, no lejos de los muelles. —La liberó de la maleta, que llevaba apretada contra el pecho—. Vamos.

Ella no tuvo más remedio que seguirlo, mientras él se alejaba, arrastrando los pies. Al día siguiente, tendría que encontrar otra manera de llegar a Mull... Si es que sobrevivía a la noche.

* * *

Cargar las cajas de botellas llevó más tiempo de lo que Payton había previsto. Se retrasó aún más, cuando el propietario de la empresa de vidrio quiso discutir los futuros pedidos. Cuando el jovial muchacho insistió en compartir una o dos copas de su propia reserva de *Uachdaran*, Payton apenas pudo decir que no.

Como resultado, se perdió dos veces, durante el viaje de regreso a la posada. Finalmente, él condujo hasta los establos, detrás de la posada, como había acordado previamente con el posadero. Asegurar la carreta y su preciosa carga le llevó un tiempo durante el cual reflexionó sobre el elevado precio, que se exigía por la garantía. Agradeció que un mozo de cuadra se ofreciera a cuidar del caballo. Molesto por una vaga sensación de perdición inminente, estaba tan impaciente por volver a ver a Alba, que casi no notó a un grupo de personas, discutiendo con el posadero, hasta que una voz indignada se elevó por encima de las demás.

—Ahora, mire, mi buen hombre.

Payton detuvo su precipitada carrera hacia las escaleras. Él conocía esa voz.

—¿Kenneth?

Tres cabezas giraron hacia él.

—¿Niven? ¿Cat?

Su hermano menor lo estaba abrazando, antes que tuviera oportunidad de decir algo más. Intercambiando abrazos y apretones de manos, todos empezaron a hablar, a la vez. Payton comprendió, poco a poco, las circunstancias que habían traído a los demás a Edimburgo, y les explicó su misión de ir a buscar las botellas. Felicitó a Kenneth y Cat por su matrimonio. El posadero de cara agria los miró.

De repente, un ceño fruncido reemplazó la sonrisa de Niven.

—Vinimos a decirte algo importante —dijo—. Quería que lo escucharas de mí.

Payton no podía imaginar qué terribles noticias habían traído a su hermano pequeño a Escocia, pero se preparó para las malas noticias, que obviamente se avecinaban.

—Dime.

La chabola

—¿Jasmine está casada con otro? —preguntó Payton, apenas capaz de creer lo que Niven le había dicho.

—El conde de Waterdown —respondió su hermano—. Daisy y yo asistimos a la ceremonia, así que puedo dar fe que es verdad.

—Bueno, ¡maldíceme! —exclamó Payton, dividido entre la ira por la traición de la voluble mujer y la euforia que por fin era libre—. Mi objetivo era contarle sobre Alba y dejarla decidir sobre nuestro futuro.

—Ella obviamente tomó su decisión —concluyó Kenneth.

—Debo darle a Alba la buena noticia —declaró, dirigiéndose a las escaleras.

—¿Ella está aquí? —preguntó Niven.

—Sí, ella está...

—No —intervino el posadero—. La muchacha extranjera salió y no ha vuelto.

A Payton se le erizaron los pelos de punta.

—No me importa la forma en que escupiste la palabra “extranjera” —siseó, parándose nariz con nariz con el propietario—. ¿A dónde se fue?

—¿Cómo podría saberlo? —Esa fue la respuesta con hombros encogidos.

La mente de Payton daba vueltas. No podía organizar sus pensamientos. ¿Realmente Alba lo había dejado? ¿Podría culparla?

—¿Hace cuánto que se fue? —preguntó Kenneth.

—Unas pocas horas. Ahora, ¿quiere una habitación o no?

Payton escuchó vagamente a Kenneth arreglar una habitación para Cat, luego su primo y su hermano lo arrastraban afuera.

—La encontraremos —le aseguró Niven.

—No sabemos a dónde se ha ido —manifestó Payton—. Es mi culpa. Estaba demasiado débil para comprometerme con ella. Seguí sosteniendo a Jasmine sobre su cabeza.

—Estabas tratando de hacer algo honorable —argumentó Kenneth—. Ahora debemos pensar a dónde pudo haber ido.

Payton sintió un tirón en la manga de su chaqueta, sorprendido cuando miró hacia abajo, y vio al joven Cormac, a su lado.

—Su señora preguntó cómo llegar a los muelles —susurró el muchacho—. Papá, simplemente, usted se está poniendo irritable.

El miedo se apoderó de los órganos vitales de Payton. Alba estaba sola en una ciudad extraña, aparentemente buscando los muelles, probablemente el peor lugar al que podría dirigirse.

—¡Qué horror! —exclamó Niven—. No me gustaría estar deambulando por esos muelles. Hay demasiados personajes sórdidos dando vueltas por ahí. Nosotros acabamos de venir de allí.

—No entremos en pánico —dijo Kenneth—. ¿Crees que está intentando regresar a España?

Payton cerró los ojos y se obligó a pensar.

—No. Apuesto a que planea navegar hasta Mull.

—¿En este clima? —exclamó Kenneth—. Nuestra goleta apenas llegó a Edimburgo.

—Me sorprendería que algún barco navegara por la ruta del norte, en esta época del año —dijo Niven.

Payton sintió como si cada gota de sangre se hubiera drenado de su cuerpo a sus pies. Eran pesos de plomo incapaces de moverse. Pero tenía que moverse, debía encontrar a la mujer que amaba, antes de perderla para siempre. Era lo suficientemente valiente y astuta, como para sortear los peligros de la guerra en España, pero sería una presa fácil para cualquier persona que no le fuera bien, en los barrios marginales de la ciudad.

—Necesitaremos transporte —declaró Kenneth, dirigiéndose a la posada.

—Por atrás —señaló Payton—. Tengo una carreta. Será más rápido que esperar a que ese desagradable propietario nos consiga un carruaje.

—Lo ayudaré con su fastidio —dijo Cormac.

* * *

Alba no había entendido la palabra “chabola” y seguía sin entenderla, cuando el anciano la condujo hasta una estructura diminuta, que parecía a punto de derrumbarse, en cualquier momento. Todavía había suficiente luz del día para ver que la vivienda estaba hecha de materiales recuperados: madera flotante y otras cosas que no pudo identificar. Era una de varias estructuras similares, pero ligeramente diferentes amontonadas, un poco más allá de los muelles.

—No parece gran cosa —dijo él, apartando un panel de madera, que aparentemente servía como puerta—. Pero estarás fuera del clima.

Como partisana, Alba había dormido en peores condiciones. No tuvo más remedio que confiar en el viejo.

—Mi nombre es Alba —expresó—. Soy de España.

—Española, ¿eh? Estarás mejor en Leith. Terrible asunto con Napoleón. Puedes llamarme Donald.

—Mi madre era de Mull —explicó, mientras él la conducía al oscuro interior.

—Ya veo —dijo él.

Aunque todavía era de día, no pudo distinguir nada hasta que él encendió una vela. Donald vivía en una caja vacía. Teniendo en cuenta lo que le habían contado sobre los inviernos escoceses, era un milagro que no muriera congelado. Había visto la pobreza en España, pero al menos, allí, la gente pobre no tenía que hacer frente al frío.

Dudaba en contarle sobre el hombre que la había estado siguiendo. Podría verlo como una amenaza para sí misma.

—Es muy amable de su parte protegerme —dijo, mirando la puerta aún abierta.

—Nadie la molestará —confirmó, empujando la puerta de nuevo a su lugar—. Siéntese.

No había nada donde sentarse, así que se quedó con él, y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de tierra.

—¿Hambrienta? —preguntó.

—Hambrienta —respondió ella, arrepintiéndose, cuando la sonrisa desdentada de él desapareció.

—Lo siento, no tengo nada más que este pan rancio —dijo, sacando un trozo de pan del interior de su abrigo.

Ella se había quedado sin comer, muchas veces, y probablemente él no había comido nada más en todo el día.

—Mejor que usted lo disfrute —dijo—. Yo estoy bien.

—No —respondió él, partiendo un trozo y entregandoselo.

Agradecida por la creciente oscuridad, masticó el pan duro, como si fuera una piedra, hasta que finalmente se volvió lo suficientemente suave, como para tragarlo.

La escasa vela se apagó. Al poco tiempo, el sonido de unos ronquidos la convenció que lo mejor sería acostarse e intentar dormir. Las lágrimas brotaron, cuando pensó en lo enojado que debía estar Payton al descubrir que ella se había ido. Había manejado mal las cosas, y ahora se encontraba en una situación imposible. Solo podía rezar para que el hombre, que amaba, perdonara la traición. Pero, ¿cómo la encontraría en esta choza? ¿Vendría siquiera a buscarla?

El rescate

Payton estuvo tentado de tirar a la calle todas las cajas de botellas vacías para aligerar la carga del carro. No obstante, si lo hacía, Tavish nunca lo perdonaría. Podía inventar alguna historia verosímil, pero Niven estaba con él, y su hermano menor era un terrible mentiroso.

Después de una eternidad, en la que se detuvieron, varias veces, para pedir direcciones en el laberinto de viviendas, increíblemente altas, de Edimburgo, llegaron a los muelles. Había caído la oscuridad y el área estaba mayormente desierta, a excepción de algunas figuras oscuras, que acechaban aquí y allá. Los gatos chillaban. Las olas golpeaban los pilotes de madera. Y el hedor a tripas de pescado era abrumador.

Señalando la goleta, que había sufrido el desgarró de la vela, Kenneth sugirió que se separaran para comenzar la búsqueda.

—Creo que deberíamos permanecer juntos —recomendó Niven—. Este no es un lugar para que un hombre esté solo.

Payton sabía que su hermano no había querido hacerlo sentir peor, pero lo hizo. Alba era inteligente y probablemente estaba armada, pero una mujer no era rival para bandas de matones portuarios, decididos a hacer travesuras.

—Estoy de acuerdo —replicó—. Permaneceremos juntos.

—No creo que ella esté en los muelles —dijo Kenneth—. A menos que haya viajado como polizón, en un barco, o que el barco, que va a las islas, ya haya zarpado.

—Dudo que... —expuso Payton, entrecerrando los ojos para mirar en la oscuridad—. Busquemos por esas chozas.

* * *

Alba estaba acostumbrada a dormir con un ojo abierto. En España, estar alerta a diversos ruidos había significado, a menudo, la diferencia entre la vida y la muerte. Teniendo en cuenta que la chabola estaba cerca de los muelles, que estaban ocupados durante el día, el silencio era inquietante. Solo escuchó los suaves ronquidos de Donald y el viento silbando en el agua.

Sin embargo, afuera había movimiento... y demasiado cerca para su comodidad.

Se puso de rodillas y escuchó.

Una pisada... El hedor de un cuerpo sucio... ¡Una fuerte respiración! El roce de madera contra madera... Alguien estaba intentando entrar en la chabola.

Cuando Donald dejó de roncar, apostaría a que él también había oído los ruidos. Un hombre que durmiera solo, en un lugar así, tendría que mantenerse alerta. No es que hubiera nada que robar. La realidad la golpeó, como un golpe en el estómago. El intruso había venido por ella, no era por ninguna posesión, que Donald pudiera tener.

Desenvainó su daga, se agachó y esperó.

Cuando escuchó el repugnante sonido de la carne golpeando la carne y los gemidos de dolor de Donald, se levantó de un salto y se lanzó sobre el intruso.

—¡Déjalo en paz! —gritó—. ¡Déjalo en paz!

* * *

Payton giró la cabeza hacia la choza de donde pensó que procedían los gritos. Solo podía

haber una persona gritando en español.

—Por aquí —les gritó a Kenneth y Niven, apartando lo que alguna vez pudo haber sido una puerta improvisada.

Miró dentro de la oscura choza con el corazón en la garganta. Un anciano yacía a sus pies, gimiendo ruidosamente. ¿Era un atacante o...?

Una voz temblorosa rompió el silencio.

—No se acerque más o le cortaré el cuello.

—¿Alba? —dijo con voz áspera, mientras se aventuraba más dentro de la choza.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, casi se rió a carcajadas. Alba tenía un brazo sujeto bajo la barbilla temblorosa de un tipo corpulento. La punta de su daga estaba presionada contra la garganta del matón.

Payton levantó una mano para contenerlo, cuando Kenneth y Niven corrieron detrás de él.

—Creo que mi guerrera tiene las cosas bajo control —dijo.

—¿Payton? —murmuró ella—. ¿Eres tú?

—Sí, mi amor. Soy yo.

Estaba ansioso por contarle sobre Jasmine, pero ella se quedó mirando al vacío, aparentemente en trance. Le quitó suavemente el arma de la mano y desenroscó su brazo del cuello del bruto. Kenneth y Niven lo agarraron, y sacaron a ese desgraciado de la choza, quien sollozaba.

—Donald está herido —aclaró en voz baja—. Debemos cuidarlo. Tuvo la amabilidad de ofrecerme refugio.

El anciano se puso de pie, tambaleándose.

—Estoy muy contento —gruñó—. Cuida a la muchacha. Ella nos salvó a los dos.

Alba permaneció en silencio. Al darse cuenta que estaba en shock, después de su terrible experiencia, Payton la levantó y la sacó de la choza.

* * *

Alba no sabía dónde estaba, cuando despertó. Un extraño tintineo resonó en sus oídos. Estaba en una especie de medio de transporte, en movimiento, y no podía mantener los ojos abiertos. Nunca se había sentido tan cansada en su vida.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—En una carreta, llena de botellas de vidrio —respondió una voz—. Pronto estaremos en la posada.

No podía ser que Payton la tuviera en sus brazos. Ella lo había dejado.

—Sí, estás a salvo conmigo. Kenneth está conduciendo.

—¿Kenneth está aquí?

—Sí... Y Niven.

—¿Quién?

—Mi hermano.

—¿Estamos en Mull? —Ella se soltó de Payton.

—No... Descansa ahora.

La niebla era demasiado tentadora para resistirla, así que Alba permitió que la misma la llevara hasta el sueño.

* * *

Kenneth, dominando al enfurruñado propietario, proporcionó una distracción bienvenida, mientras Payton llevaba a Alba escaleras arriba hasta su habitación en la posada. Cat apareció en la puerta de otra habitación, más abajo, en el pasillo, y sonrió, cuando vio que habían encontrado a Alba.

—Ha pasado un susto, pero está bien —dijo en voz baja—. Te la presentaré mañana. Kenneth está abajo.

Ella asintió y cerró la puerta.

Payton dejó con cuidado su preciosa carga sobre la cama, se acurrucó junto a ella, y arrastró las mantas sobre ambos. Arropado entre las mantas con Alba, en brazos, agradeció al Cielo por la promesa de años de felicidad con la mujer que amaba. Él le contaría las buenas noticias, cuando ella se sintiera más, como sí misma.

Cada uno en lo suyo

—¿Por qué no me lo dijiste anoche? —exclamó Alba.

—Bueno... —comenzó Payton.

—¿No pensaste que querría saber que el hombre que amo puede ser mío después de todo?

—Yo...

—¿Me dejaste pasar la noche, preocupándome por cómo iba a escapar otra vez?

—Estabas durmiendo...

—¡Ese no es el punto!

—No te enojas conmigo —suplicó, después de tocarle los labios con el dedo—. Simplemente, quería que estuvieras completamente despierta y lejos de esa choza, cuando te hablara de Jasmine.

—¡Cómo se atreve esa mujer egoísta a dejarte plantado!

El estruendo de la carcajada de Payton rompió el hechizo, que Alba se había lanzado a sí misma. Ella también escuchó lo ridículas que parecían sus propias quejas. Compartiendo su risa, ella se derritió en sus brazos.

—Te adoro, *rey de mi corazón*.

—Bueno, mi apellido es King. —Se rió entre dientes—. Entonces, supongo que lo correcto es que sea el *rey de tu corazón*.

La alegría de Alba no tenía límites.

—Entendiste lo que dije en español.

Estoy aprendiendo, *mo chridhe*, —respondió con una sonrisa.

—Es mi corazón, en gaélico —explicó, en respuesta a su ceño desconcertado—. Yo aprenderé a hablar español y tú podrás aprender gaélico.

—Lo intentaré. —Ella estuvo de acuerdo—. Mi madre no hablaba gaélico.

—Yo te enseñaré —ofreció.

—Espero que me enseñes muchas cosas —murmuró tímidamente—. Mi madre me habló un poco sobre el matrimonio, pero...

—Será un honor y un placer —prometió—. ¿Esto significa que serás mi novia?

—Sí, mil veces, sí —respondió ella, tomando su amado rostro entre sus manos—. Regresemos rápidamente a tu reino, en Glengeárr —susurró, sabiendo que él apreciaría el juego de palabras.

—¡Qué horror! ¡Qué premio gané contigo! —exclamó con una amplia sonrisa—. Estoy planeando casarme contigo lo antes posible. Ya he perdido demasiado tiempo. Kenneth tiene prisa por regresar. Pero, hay algo que debemos hacer primero.

* * *

Al observar a Alba lavarse y vestirse, Payton ocultó el uso inteligente que hacía de su apellido. Eso le dio una idea, algo que podría sugerir a Tavish y Niven, una vez que llegaran a casa.

—Voy a volver a la cristalería —le dijo una vez que él también estuvo vestido.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—El dueño es un hombre caritativo. Le pediré a Jameson que le dé una oportunidad a

Donald.

—Gracias —manifestó ella—. Él se arriesgó. Creo que sabía que el hombre me estaba siguiendo, pero trató de protegerme y fue golpeado por su amabilidad.

—No hago promesas, claro —añadió—, será Jameson quien decida.

—Y prometo no volver a huir —dijo tímidamente.

—Kenneth, Niven y Cat se asegurarán de ello —advirtió con un guiño.

—Me gustaría tener la oportunidad de conocerlos, pero prefiero ir contigo. Necesito agradecerle a Donald y asegurarme que se encuentra bien.

—Le salvaste la vida —replicó.

—Pero lo puse en riesgo.

Payton aceptó que no iba a ganar la discusión. Pasaron de puntillas por la habitación de Kenneth y Cat.

—Aún no hay señales de vida —bromeó.

Eso le recordó la pregunta de dónde había pasado la noche su hermano menor. La respuesta llegó cuando se toparon con Niven al salir de los establos.

—¡Tienes paja en el pelo! —exclamó Payton—. Seguramente, no dormiste con los fastidiosos.

—Sí... El propietario afirmó que no le quedaban habitaciones.

Payton se sintió mal. No había pensado en el alojamiento de su hermano.

—No te preocupes —dijo Niven—. Ya tienes suficiente de qué preocuparte, y me alegro de conocer finalmente a Alba.

Payton experimentó una ridícula punzada de celos, cuando su hermano y Alba se dieron un cálido abrazo.

—Y estoy muy feliz de conocerte —expresó Alba—. Payton ha hablado mucho de ti, y puedo ver el parecido familiar.

La gente dice que Tavish, Niven y yo nos parecemos —destacó Payton—. Lo curioso es que no podemos verlo.

—Sí. ¿A dónde vas? —preguntó Niven.

Payton lo invitó a acompañarlo a hacer un recado, pero Niven se negó.

—Quiero saber si han progresado en la reparación de la vela rota.

—Me parece que eres optimista —susurró Alba, una vez que se hubo instalado en el banco del conductor.

—Yo también. —Payton estuvo de acuerdo, mientras observaba a su hermano salir del establo.

* * *

A plena luz del día, la chabola de Donald parecía aún más ruinosa. Alba examinó los muelles vecinos y las otras viviendas improvisadas.

—Es realmente un milagro que yo haya sobrevivido —admitió—. Fue una tontería de mi parte venir aquí.

—No estabas pensando con claridad —reconoció Payton, asintiendo con la cabeza a Donald, cuando el anciano salió de su casa.

La suciedad en su rostro y la barba crecida ocultaban cualquier hematoma, que pudiera haber sufrido por el ataque. Su ceño desapareció y él enderezó los hombros, cuando vio a Alba.

—Es bueno verla recuperada, muchacha. ¿Ese lindo muchacho la llevará a Mull?

—No, Donald. Hubo un malentendido. Este lindo muchacho y yo nos casaremos, en

Glengearr.

—¿Por qué quiere ir a un lugar tan remoto? —preguntó, rascándose la cabeza.

—Mis hermanos y yo operamos una destilería de wiski allí —explicó Payton—. Es la razón de todas las botellas.

Donald se lamió los labios.

—Hace mucho tiempo que no tomo un trago de wiski.

—El nuestro se llama *Uachdaran*.

Donald cerró los ojos y suspiró:

—Es el mejor wiski de malta que he probado en mi vida.

—En realidad —intervino Payton—. Vinimos a agradecerle por ofrecerle refugio a ella. Se nos ocurrió preguntarle a Jameson de la cristalería, si le puede dar un trabajo.

—No necesito un agradecimiento. Fue la muchacha la que nos salvó a los dos. Supongo que ella aprendió a luchar contra matones, en España.

—Sí —afirmó ella con una sonrisa—. ¡Contra los matones franceses!

—¡Maldito Napoleón! —exclamó él.

Payton apretó los dientes. Alba percibió su impaciencia.

—Deberíamos regresar a la posada para idear un plan para regresar a las Highlands —dijo cerca de su oído—. Cinco personas viajando, en un carro lleno de botellas, estarán muy incómodas. —Volteó hacia Donald—. Entonces, ¿quiere un trabajo o no?

El anciano negó con la cabeza.

—Ese Jameson Buchanan es un buen hombre, pero soy demasiado mayor para levantar cosas. Gano un poco aquí y allá en los muelles. Es suficiente para mí.

—¿Usted está seguro? —preguntó Alba—. No me gustaría dejarlo así.

Él desvió su mirada perpleja hacia la chabola.

—Sí, bueno, estoy en mi casa, ¿cierto?

Payton la tomó del brazo y la condujo hasta la carreta.

—Adiós, entonces, Donald.

—*Soraidh* —replicó él.

—¿Qué significa eso? —preguntó Alba, mientras subía a bordo.

—Despedida.

—*Soraidh* —le gritó al anciano.

—*Cada uno en lo suyo* —dijo Payton, mientras se alejaban.

—Hay bondad en todas partes, si la buscas —confirmó ella.

* * *

Payton tenía la intención de pasar por The White Horse, por un momento, para hablar con Kenneth y Niven. Sin embargo, Cormac se acercó a él, en el patio detrás de la posada, y le entregó una carta tan pronto como bajó del banco.

—El duque me lo dio porque no confiaba en mi papá para transmitirlo.

Payton le lanzó una moneda y abrió el sobre, mientras el muchacho se alejaba silbando.

—¿Por qué te ha escrito Kenneth? —preguntó Alba.

Payton leyó la breve misiva.

—Tuvieron que irse. La vela fue reparada más rápidamente de lo previsto y el capitán insistió en partir con la marea. Mi primo supone que llegará a Glengearr, antes que nosotros, y que tendrá todo preparado para nuestra boda, cuando lleguemos allí.

—¿Niven también se ha ido? —preguntó ella.

—Sí. Solo estaremos tú y yo, en el camino a las Highlands.

—No se me ocurre nadie con quien preferiría viajar —bromeó con una sonrisa.

La reunión

—Estoy nerviosa por regresar a Glengeárr —confesó Cat, cuando la goleta chocó contra el muelle de Dundee.

Su marido la abrazó y giró para protegerla del viento helado.

—Tienes miedo que la gente local piense que has llegado por encima de tu estación —respondió.

¿Cuál era la verdad?

—Algunos podrían pensar eso, pero aquellos que me importan no. Tavish, Piper y cualquiera, que realmente conozca, estarán encantados de vernos juntos. Y el tío Gregor estará encantado de saber que hemos venido hasta aquí, y él podrá recitar las palabras mágicas, que bendicen nuestro matrimonio.

Niven se les acercó, en la barandilla.

—Tendré algunas palabras para decirle a cualquiera que los critique —dijo.

—Yo también —confirmó Kenneth.

—La gente estará entusiasmada con la perspectiva que dos de los jóvenes de Glengeárr se casen —añadió Niven—, nunca han visto algo así.

—Eso solo te deja a ti, Niven —dijo Cat.

—No —replicó—. Nunca me casaré.

—Ya veremos —dijo—. Las cosas no siempre salen como se esperan.

Kenneth movió las cejas.

—Demasiado cierto. De todos modos, tengo una pequeña sorpresa en mi equipaje, que hará que la lengua se mueva sobre algo más que bodas.

—¿Cómo qué? —preguntó Niven.

—Espera y verás —respondió Kenneth.

Cat estaba desconcertada. Su marido y ella compartían todo pero, aparentemente, él había estado guardando un secreto.

* * *

Un día y medio después de atracar finalmente en Dundee, Kenneth, Cat y Niven llegaron a Glengeárr poco después del mediodía. Habían viajado cómodamente, gracias a que la gente de Withenshawe les proporcionó un carruaje, quienes se disculparon profusamente por las molestias, que les supuso la parada no programada en Edimburgo. Kenneth consideró preferible no mencionar que la vela rota había resultado ser una bendición. ¿Quién podría decir qué habría sido de Alba, si Niven y él no hubieran estado en Edimburgo para ayudar a Payton, en su búsqueda?

Kenneth estaba orgulloso de la forma humilde y amable en que su duquesa reaccionó ante el trato deferente.

—Eres natural —le dijo.

Dirigió al conductor a Lockie House, pensando en brindarle a su esposa la oportunidad de refrescarse, en la renovada casa ancestral de su madre. Niven decidió caminar hasta la destilería para reunirse con su hermano.

—Contrataré a una sirvienta, una vez que nos instalemos —sugirió Kenneth a Cat, cuando

ella se dispuso a desempacar sus maletas.

—No —mencionó ella con una sonrisa descarada—. Lo puedo manejar. Tengo un marido dispuesto a ayudarme a vestirme y desvestirme, si fuera necesario.

Sospechaba que ella no quería contratar a una chica local, a la que le molestaría servir a una plebeya, convertida en duquesa, pero estaba más que feliz de asumir el papel de doncella.

—Creo que ya domino las cintas y los cordones —bromeó—. Y soy un genio con los corsés...

El acalorado beso, que compartieron, podría haber conducido a practicar deportes en la cama, si no hubiera sonado un fuerte golpe, en la puerta principal. Se arreglaron la ropa y llegaron abajo a tiempo, mientras que el mayordomo de su madre anunciaba a Tavish, Piper King y a su hijo, Munro.

—Sí, gracias, MacBeth —dijo Kenneth, avergonzado por la formalidad innecesaria.

—¡Qué alboroto! —declaró el tío Gregor, cuando apareció en lo alto de las escaleras y comenzó el lento descenso.

MacBeth les había informado que Gregor estaba dormido, cuando llegaron, por lo que no quisieron despertarlo. Kenneth notó que dependía mucho de su bastón.

Piper le pasó a Munro a su marido y corrió a abrazar a Cat.

—Me alegro mucho de verte, amiga mía, ¿o debería decir Su Gracia?

—Te daré una paliza, si me llamas así —respondió Cat, tomando a Munro de manos de Tavish—. Es bueno estar en casa. Este pequeñito va a ser un muchacho bonito.

—Su abuelo estará encantado de verlo —dijo Piper.

Kenneth no se sorprendió al ver temblar la barbilla de su esposa, pero sus entrañas estaban preocupadas al verla sosteniendo al hijo de Tavish. La idea de su ronda con su hijo le hizo sudar.

Estrechó la mano de Gregor, cuando su tío llegó al pie de las escaleras, y luego Tavish y él intercambiaron un cordial abrazo.

—Tenemos noticias que compartir —manifestó Kenneth para todos—. En primer lugar, nuestra goleta sufrió una rotura de vela, y atracó en Edimburgo de camino a Dundee. Tuvimos suerte de encontrarnos con Payton allí. Le informamos que Jasmine se ha casado con otra persona.

—¡Alabados sean los santos! —exclamó Tavish.

Munro gorgoteó su aprobación.

—Sentí que no se podía confiar en Jasmine —repitió Piper—. Entonces, Payton y Alba...

—Sí —aclaró Cat—. Un problema que superaron... Están de camino desde Edimburgo y nos lo contarán, pero primero debo compartir con ustedes el motivo por el que vinimos a Escocia.

—Sí, tío Gregor —explicó Kenneth—. Queremos que digas las antiguas palabras para bendecir nuestro matrimonio.

Los ojos de su tío se llenaron de lágrimas.

—Será un honor para mí.

—Puedes realizar la ceremonia para Payton y Alba al mismo tiempo —sugirió Piper.

Siguió una charla animada. Cat le pidió a MacBeth que llevara té al salón. Tavish sacó una botella de *Uachdaran*.

Mientras sus seres queridos bebían té y wiski, Kenneth observaba a su esposa jugar con Munro, en la alfombra. Su corazón estaba lleno de satisfacción. Cat iba a ser una madre maravillosa para sus hijos. Las próximas ceremonias de ayuno de manos prometían alegría y eran un buen augurio para el futuro. La sorpresa que había traído de Londres era la guinda del

pastel.

Los preparativos para el gran día

De camino a Glengeárr, Payton y Alba pasaron la noche, acurrucados bajo las estrellas.

—Me siento renacido —susurró Payton, acercándola más, cuando se levantó el viento.

—Yo también —asintió ella, acurrucándose en su calidez—. Mi madre estaría encantada, si supiera que me voy a casar con un escocés.

—Escocia es tu destino.

—Tú eres mi destino, Payton —confirmó ella—. Ahora me doy cuenta que mi padre lo sintió.

Él se lamentó por su dolor.

—Lo verás de nuevo. Volveremos a España, cuando termine la guerra.

—Es posible que eso no sea por mucho tiempo —suspiró.

—Podrías tener razón —lo dijo de mala gana—. En la cristalería se hablaba de una victoria francesa en el norte. Se aferraron a Burgos, cuando Wellington se vio obligado a retirarse a Portugal para evitar que rodearan a sus tropas.

—Napoleón no se rendirá fácilmente. —Ella buscó algo que decir que aliviara su melancolía—. Sospecho que tienes razón, pero, tal vez, para entonces nuestros hijos tengan edad suficiente para viajar con nosotros, cuando naveguemos a España.

Pasó un rato, antes que ella preguntara:

—¿Cuántos niños te gustaría...?

—*Tres niños*, seguro.

—Como tú y tus hermanos.

—Sí. Y *tres niñas* que serán tan hermosas como su madre.

—Estoy de acuerdo. —Se rió entre dientes—. Siempre anhelé una hermana. Serás un buen padre.

Su corazón se hinchó con la certeza que ella tenía razón. Estaba decidido a hacer un mejor trabajo que sus propios padres.

Hablaron un rato, señalando las constelaciones sobre ellos, hasta que las nubes oscurecieron las estrellas y empezó a llover. Riendo, recogieron las pieles, corrieron hacia la carreta y se refugiaron bajo la lona, contentos de abrazarse hasta el amanecer. Ahora que estaba seguro que Alba sería realmente suya, el deseo desesperado de poseerla no era tan intenso, y con un esfuerzo supremo podría esperar hasta que se casaran.

* * *

Alba puso su mano sobre el brazo de Payton, cuando Glengeárr apareció, a la vista, a última hora de la tarde siguiente.

—Te ruego que no les digas que me escapé de ti —suplicó.

—¡Es algo de lo que estaré ansioso por alardear! —exclamó Payton con una sonrisa irónica—. Pero es posible que Kenneth, Cat y Niven ya le hayan contado a la gente nuestra desventura.

—Por favor, que no digan nada, si aún no lo han hecho.

—No te preocupes. Es más probable que los chismes sean sobre Jasmine y no tú. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Estaba demasiado débil para romper definitivamente con la

señorita Foxworthy.

—¡No! Tu determinación de hacer algo honorable fue un signo de fortaleza, no de debilidad.

—Bueno, es agua del pasado, como dicen. La gente aquí se alegrará por nosotros —dijo, mientras se detenían frente a la destilería.

Tavish se apresuró a salir a su encuentro.

—¡Mi agradecimiento a ustedes dos! —exclamó—. Niven me dijo que se había topado contigo en Edimburgo.

—Sí —confirmó Payton con cautela, mientras ayudaba a Alba a descender—. Fue una coincidencia.

Los trabajadores salieron para ayudar a descargar las botellas nuevas. Kenneth lo siguió y se llevó a Alba aparte.

—No dijimos nada sobre lo que ocurrió en Edimburgo.

—Estoy agradecida —confirmó ella—. Ahora me doy cuenta de lo tonta que fui.

—Pero, en ese momento, no sabías que Jasmine se había casado con otro hombre.

Sonriendo tranquilizadamente, él la dejó para ir ayudar a los trabajadores.

Niven apareció y le guiñó un ojo, antes que él también se pusiera a levantar cajas de botellas.

Alba respiró con mayor facilidad. Su impetuosa locura no se había hecho de conocimiento general.

* * *

Durante dos días, Piper, Cat y Alba estuvieron completamente preocupadas con los preparativos para el ayuno de manos, que llevaría a cabo el tío Gregor. El propio anciano no podía hablar de otra cosa.

Consciente del hecho que Alba era de fe católica, Payton hizo arreglos con el sacerdote del castillo de Craigdarroch para ir a Glengeárr a bendecir su unión. Él estaba complacido de esto. Como la mayoría de los montañeses, las generaciones de la familia King se habían mantenido fieles a la fe católica, aunque su asistencia a las misas había disminuido, incluso antes de la llegada del desprecio burlón de Walter y Moira por la religión organizada. Aunque esos personajes estuvieron demasiado ocupados, peleando entre ellos, para cumplir con los deberes cristianos.

Payton se sintió acertado al obtener la bendición de la Iglesia, especialmente después de entregarle a su novia el paquete, que su padre le había confiado. Contenía un gran trozo de encaje negro, que la hizo llorar, en cuanto lo vio.

—Era la mantilla de mi madre —jadeó—. Ahora pareceré una verdadera novia y sentiré su presencia, cuando nos casemos. Mi padre debió saber que nos casaríamos. De lo contrario, nunca te habría entregado esto.

Para disgusto de Tavish, Payton se negó a ayudar con las tareas, que requerían mucho tiempo en la destilería, confiando en que su hermano mayor entendería, cuando supiera lo que estaba haciendo Payton, en las instalaciones del pintor de carteles.

Le confió a Kenneth que tenía planeada una sorpresa especial para la mañana de la boda.

—Es bueno saberlo —confirmó su primo—. Tengo una presentación propia que realizar. Esperaré hasta entonces.

La reacción de Payton fue mixta.

—Espero que no me eclipses.

—Podría hacerlo —replicó Kenneth con una sonrisa.

* * *

—Este fue el único inconveniente de casarse con un duque —explicó Cat, mientras movía una aguja.

—¿Cuál fue? —preguntó Piper, su pregunta estaba amortiguada por los alfileres en su boca.

—No me permitieron coser mi propio vestido.

—Bueno —dijo Alba—. Mis habilidades de costura están bastante oxidadas, así que agradezco tu ayuda para hacer mi vestido.

—No creo que hubiera mucha demanda de costureras, en los campos de batalla de España —bromeó Cat.

—Cierto —confirmó Alba—. Aunque me llamaron para coser algunas heridas desagradables.

Cat se sintió escarmentada, después de ese comentario, por lo que el silencio reinó por un rato, en el salón de Lockie House.

—Aquí no tenemos mucho disponible para diseñar un vestido realmente espectacular. —Se lamentó Piper.

—Me sentiré maravillosa con lo que estás creando —replicó Alba—. Perdí la mayor parte de mi ropa buena, cuando los franceses destruyeron nuestra bodega. El vestido negro es tradicional para las novias españolas. Significa compromiso y devoción hasta la muerte.

—Intentamos hacer algo parecido a la vestimenta tradicional española, tal como lo has descrito —dijo Cat—. Pruébatelo y veremos.

La gran revelación

Tavish paseaba por la sala, mientras esperaba que su esposa volviera de vestir a la novia en el piso de arriba.

—Payton está tramando algo —le dijo, cuando ella apareció al pie de las escaleras.

—¿Qué te hace pensar que...? —replicó Piper con una pregunta inconclusa.

—No me gusta que eluda los trabajos en la destilería. Sin embargo, él se va a casar hoy, así que estoy dispuesto a hacer concesiones. —Tomó a Piper en sus brazos—. Recuerdo lo enamorado que estaba el día, que nos casamos. No podía pensar con claridad.

—Cuando Payton ponga sus ojos en el vestido de Alba, tendrá el mismo problema —bromeó.

—No estoy seguro por qué mi hermano insiste en comenzar la ceremonia frente a la destilería. —Se quejó Tavish—. Niven y él se han ido desde el amanecer. ¿Y por qué, en esta mañana, no se me permite acercarme a mi propia destilería? Te lo pregunto...

Cat los acompañó, mientras bajaba las escaleras.

—Los escuché y debo decir que Kenneth ha estado actuando de manera igualmente extraña. Ha estado guardando algún secreto, desde que visitó al príncipe regente en Londres.

—¡Emocionante! —exclamó Piper.

Tavish reprimió su irritación. Estaba desahogándose delante de dos hermosas mujeres, elegantemente vestidas para una boda. No solo era eso, Cat probablemente estaba nerviosa y emocionada por el ayuno de manos, que Gregor iba a realizar para Kenneth y ella.

—Perdóname —suplicó, tomando la mano de su esposa—. Este día no se trata de mí.

La sonrisa indulgente de Piper tuvo el efecto habitual, en sus entrañas, pero la abrupta llegada de Kenneth desterró cualquier idea de llevarla, escaleras arriba, para una cita rápida.

—¡Correcto! —exclamó su primo sin aliento—. Piper, puedes buscar a la novia y la escoltaremos a la... eh... destilería. Tavish, puedes llevar a Cat allí, ahora, y luego quedarte con tu hermano y el mozo de la cuadra.

—De repente, eres escocés —replicó Tavish—. Y uno mandón, además.

La mirada fulminante de su esposa le dijo que había ido demasiado lejos. Él se recompuso y le ofreció el brazo a Cat.

—Vamos, Su Alteza —dijo—. Veamos qué travesuras han estado haciendo.

* * *

Kenneth estaba al pie de las escaleras de Tavish, esperando a la novia. Se le ocurrió que su sangre escocesa tendía a imponerse, cuando estaba excitado. Aunque este fue un día de emoción. Estaban a punto de ocurrir acontecimientos trascendentales. Tavish estaba irritado ahora, pero Kenneth garantizaba que estaría encantado con las sorpresas que Payton y él le tenían reservadas. Y si un duque no podía ser mandón en un día así, bueno...

Olvidó su siguiente pensamiento, cuando una sonriente Alba apareció en lo alto de las escaleras. Mil recuerdos de España se agolparon en su cerebro: una bodega en ruinas, el sabor del fino jerez, vides chamuscadas, que luchaban por renacer, hombres arrastrando un cañón sobre un terreno imposible, impresionantes puestas de sol, el calor implacable, y la determinación de recuperar su país, lo cual estaba grabado en el rostro de cada partisano.

Esta diminuta mujer le había salvado la vida a Payton y a él, y había demostrado más coraje, que la mayoría de los hombres que conocía. Su primo era un hombre afortunado. Kenneth pronunció una oración silenciosa de agradecimiento porque Jasmine Foxworthy había sido demasiado atolondrada para darse cuenta del premio que tenía con Payton King. Alba, por otro lado, encajaría perfectamente en este pequeño rincón de Escocia.

—Señorita Castillero —dijo, ofreciéndole el brazo—. Será un honor y un placer para mí entregarte a mi primo.

—Nunca imaginé que caminaría a mi boda del brazo de un duque —replicó—. Eres tú quien me honra. Estimado amigo.

—Supongo que tampoco pensaste que te casarías en una destilería —comentó Piper, mientras el trío salía de la casa.

* * *

Alba no quería contradecir a Piper, pero su sueño siempre había sido casarse en una destilería, al menos en la bodega donde ella había nacido. Napoleón había matado ese sueño, pero este lugar, este remoto rincón de Escocia, era aún mejor. Allí viviría su vida con el hombre que amaba, un hombre que destilaba wiski. No era jerez, pero el mismo se parecía bastante.

Esperaba que la escoltaran hasta la destilería y se quedó perpleja al ver una gran multitud afuera. La excitada charla cesó, cuando la vieron. La multitud se separó y Kenneth la acompañó hasta situarse junto a Payton. Apartando su mirada de los ojos risueños de su apuesto novio, ella miró hacia la pared.

Habían colocado dos paños negros sobre algo adherido a las piedras antiguas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿Qué...?

Payton le apretó la mano.

—Paciencia —susurró cerca de su oído.

Ella se confundió aún más, cuando él le dio unas palmaditas en la mano y luego se apartó de su lado para tomar una postura frente a la reunión. El robusto escocés que estaba de pie, luciendo poderosas piernas firmes y su magnífica vestimenta de las Highlands, pronto se convertiría en su marido. Sus pezones se tensaron y su íntimo lugar femenino palpitaba de anticipación.

—Amigos y parientes —comenzó con su voz profunda, bañándolo de la emoción—. Saben que es costumbre que un novio le dé a su novia un regalo de bodas. —Él arqueó una ceja—. Quiero decir, aparte de lo obvio.

Gruñidos de acuerdo y risas ahogadas recibieron su broma obscena. Alba se sonrojó, pero no podía imaginar qué regalo se escondería detrás de las cortinas negras.

—Mi regalo es un poquito inusual. Es para mi novia, pero también para mis hermanos. Den un paso adelante, Tavish y Niven.

Alba contuvo la respiración, cuando los dos hombres con el ceño fruncido se unieron a Payton, y él agarró una esquina de una cortina.

Los aplausos siguieron a un grito colectivo de aprobación, cuando arrebató la tela para revelar lo que estaba fijado a la pared.

Alba leyó las letras negras, pintadas en el gran cartel de madera.

DESTILERÍA DEL REINO

Hogar del wiski de malta única Uachdaran

Ella entendió el orgulloso deleite de Tavish y Niven, cuando estrecharon la mano de Payton.

Ella nunca revelaría que fue ella quien habló por primera vez del reino de los King. Evidentemente, Payton no había olvidado el cartel arruinado de su padre.

Sin embargo, fue el detalle pintado en rojo debajo lo que hizo que su corazón se hinchara. Le costó respirar, cuando leyó el precioso regalo de Payton.

***Agentes de las Bodegas Castellero
Proveedores de fino jerez español***

La banderita desafiante de su patria en un rincón la hizo llorar.

—*Gracias* —gruñó, cuando Payton la tomó en sus brazos.

—*De nada, mi amor* —replicó.

Había pensado en las sorpresas, pero se hizo el silencio, cuando Kenneth se paró frente a los asistentes, aclarándose la garganta.

—Por supuesto —dijo ella—. Las otras cortinas.

—Sí. Mi primo está un poco molesto porque insistí en que mi cartel fuera revelado primero.

Ella gritó de alegría, cuando Kenneth quitó la manta. Pegado a la pared había un magnífico escudo carmesí en relieve con bordes dorados. Un escudo de armas estaba al frente y al centro. Encima se encontraban las letras doradas.

* * *

DESTILADORES DE wiski

—Las palabras más importantes están debajo del escudo de armas —explicó Payton—. Por nombramiento real.

—¡Su Majestad, el Príncipe Regente envía saludos a Glengeárr! —gritó Kenneth—. Y desea poder estar presente en este día memorable.

Se escucharon fuertes vítores, cuando Payton y Kenneth escoltaron a sus novias al interior de la destilería.

Los rituales

Tavish miró alrededor de su destilería, apenas capaz de creer que este fuera el lugar donde pasó la mayor parte de su vida. Muchas manos habían estado ocupadas, adornando el espacio frente a las teteras con banderines. Las velas ardían intensamente. Su lugar de trabajo se había transformado en una catedral. Fue apropiado. Siempre había considerado la destilación del wiski como una tarea sagrada, una transformación mágica de la cebada en *Uisge Beatha*, el Agua de la Vida.

Él no fue el único que se quedó boquiabierto con asombro. Pero tres personas parecían acaloradas y molestas, mientras caminaban hacia él: Payton, el tío Gregor y el sacerdote de Craigdarroch.

—¿Qué pasa? —preguntó Tavish, preocupado, cuando vio a Kenneth mordiendo el labio. No le sorprendería que su primo se acercara para añadir su opinión a lo que fuera que estuviera mal.

—Tuvimos una discusión —explicó Payton—. El tío Gregor piensa que lo primero es el ayuno de manos... Pero, el monseñor Bourguignon insistió en que el rito católico debe tener prioridad.

—Luego, ¡señalamos que no todos los asistentes a la boda son católicos romanos! —dijo Kenneth con irritación, al participar en la discusión—. Yo en particular... Es más, mi novia y yo ya tuvimos nuestro matrimonio bendecido por la Iglesia de Inglaterra hace semanas.

El clérigo resopló burlonamente.

—Entonces —continuó Payton con un suspiro—, finalmente, llegamos a un acuerdo: el monseñor bendecirá las uniones, una vez que termine el ayuno de manos.

—Estuve de acuerdo porque a Cat le gustaría la bendición de la iglesia de su abuelo —dijo Kenneth.

El sacerdote se ajustó los quevedos.

—Pero, entonces... No sabía que los rituales se llevarían a cabo en una destilería. ¡Debo santificar este lugar pecaminoso!

Tavish se enfureció, sin embargo, intentar ganar una discusión sobre religión y wiski, simplemente empeoraría las cosas.

—Adelante, entonces, monseñor —dijo—. Rocíe su agua bendita.

Tuvo un impulso momentáneo de ofrecer una botella de *Uachdaran* para la tarea, pero lo pensó mejor.

* * *

Alba volvió a respirar una vez que el cura terminó la bendición de la destilería. Había sido católica desde su nacimiento, pero quería evitar cualquier disgusto relacionado con la religión. Era suficiente que Payton hubiera accedido fácilmente a criar a sus hijos en la verdadera fe.

Su corazón frenético se calmó, cuando el tío de su marido levantó los brazos. Todos siguieron su ejemplo cuando giró hacia el este.

—¡Bendita sea esta unión con los dones de oriente: un nuevo comienzo, pureza de mente y cuerpo!

Payton le había explicado el ritual del ayuno de manos, pero las palabras todavía le parecían

muy extrañas.

Entonces, todos voltearon con Gregor para mirar en una dirección diferente.

—¡Bendita sea esta unión con los dones del sur, por la pasión y el calor de un hogar amoroso! Compartan el fuego dentro de ustedes incluso en los momentos más oscuros.

El fuego interior resonó en el corazón de Alba. Lamentaba haberse acostado desnuda antes, en la cama explorando más del tentador cuerpo de Payton.

—¡Bendita sea esta unión con los dones de occidente, por la emoción! Al ayunar, se ofrecerán absoluta confianza, uno a la otra, y prometerán mantener sus corazones abiertos tanto en la tristeza, como en la alegría.

El sentimiento detrás de esas palabras empezaba a tener sentido para Alba. No fue tan ingenua como para creer que Payton y ella no experimentarían tiempos oscuros, pero les encantaría superarlos.

—¡Bendita sea esta unión con los dones del norte, el sustento, la fertilidad y la seguridad! La tierra los alimentará y enriquecerá, y los ayudará a construir un hogar lleno de amor.

—Sí —proclamó con su corazón. Pensó en un hogar amoroso, lleno de los hijos de Payton.

Ella se maravilló que el viejo escocés hubiera pronunciado estas sagradas palabras, mediante su corazón, sin recitarlas desde un libro.

—Perfecto —susurró.

—Sí —confirmó Payton con voz ronca.

Gregor se aclaró la garganta.

—Payton King y Alba Castillero, los invito a que se miren a los ojos.

—Te amo —articuló Payton, mientras obedecían. Sus ojos verdes estaban llenos del amor que profesaba.

—¿Se honrarán y respetarán, el uno a la otra, y procurarán no manchar ese honor?

—Lo haremos.

Gregor les puso el tartán en las manos unidas.

—Y así se hace la primera atadura —declaró—. ¿Compartirán el dolor de los demás y buscarán aliviarlo?

—Lo haremos.

Payton se quitó el tartán, que llevaba sobre el hombro, y lo colocó junto al de Gregor.

—Y así, se hace la segunda atadura. ¿Compartirán las cargas para que su espíritu crezca en esta unión?

—Lo haremos.

Tavish les envolvió las manos con su tartán.

—Y así, se hace la tercera atadura. ¿Compartirán la risa de los demás y buscarán el brillo de la vida y el bien, el uno con la otra?

—Lo haremos.

Por último, Niven enrolló su tartán alrededor de las manos unidas de los dos, y lo anudó sin apretar.

—Y así se hace la cuarta atadura —declaró Gregor—. Payton y Alba, así como sus manos están atadas ahora, sus vidas y espíritus están juntos, en una unión de amor y confianza. Arriba están las estrellas y debajo está la tierra. Como las estrellas, su amor debe ser una fuente de luz y, como la tierra, una base firme desde la cual crecer.

Con los ojos brillantes, Payton la acercó, a su cuerpo, y compartieron su primer beso como marido y mujer. No había nada casto en este beso. La lengua de Payton se apoderó de su boca. Ella se fundió en su duro cuerpo y voluntariamente le dejó respirar por ella. Estridentes vítores y

aplausos resonaron en su corazón.

* * *

Una vez que Gregor completó el ayuno de manos para Payton y Alba, dirigió su atención a Cat y Kenneth. Ella llenó sus pulmones, contenta por la oportunidad de apreciar plenamente el significado de la ceremonia, mientras escuchaba y observaba. Había observado a Gregor realizar el rito para otros en el pasado, pero nunca había prestado mucha atención a las palabras.

Su marido tenía buenos recuerdos del ayuno de manos de Tavish y Piper, en su salón de Londres, y había insistido en viajar a Escocia para que su tío pudiera decir las palabras sobre su novia y él. Ahora ella entendió. Estaba especialmente agradecida que su abuelo, con los ojos llorosos, utilizara su tartán para el acto final.

La idea de una bendición católica molestó a Kenneth, aunque en realidad no había dicho tanto. La cabeza de Alba estaba cubierta por la hermosa mantilla de encaje de su madre, por lo que Cat le cubrió el cabello con un tartán para apaciguar al crítico sacerdote. Kenneth se arrodilló a su lado, y ella lo amó aún más por eso.

Ambos novios se pusieron inquietos, mientras el monseñor prolongaba el rito. Kenneth incluso suspiró irritado, cuando les rociaron una generosa cantidad de agua bendita. Cat temió que a Tavish le diera un ataque, cuando el sacerdote encendió el censor y nubes de incienso llenaron el aire. Sin embargo, todos los presentes sabían que el ritual romano significaba mucho para Alba y el abuelo de Cat.

* * *

Payton no podía imaginar ningún lugar más adecuado para comenzar su nueva vida. Podría viajar de ida y vuelta a Londres para hacer negocios para la familia, pero allí era donde pertenecía. Otra certeza llenó su corazón. Glengeárr también era el lugar al que pertenecía Alba.

Ella era diferente. El vestido de novia negro que enfatizaba cada curva esbelta fue solo un ejemplo. Había logrado explicarles el estilo andaluz a Cat y Piper. Sin embargo, a Glengeárr le vendría bien un toque de especias exóticas. Quizás eso era lo que amaba de ella. Alba lo enardecía como ninguna otra mujer lo había hecho jamás. Pero ella también encajaba con su temperamento. Entendía su humor y sus estados de ánimo. Y estaba esa veta de terquedad escocesa, que había heredado de su madre. En cierto modo, Alba era un enigma. Tenía la intención de pasar su vida tratando de descifrarla, aunque su parte racional reconocía que nunca lo haría. La alegría estaría en realizar el esfuerzo.

Los gritos de alegría

Payton se acercó al oído de Alba.

—Espero que no estés decepcionada —susurró.

—¿Por qué lo estaría? —respondió ella, aunque tenía una idea de lo que quería decir su nuevo marido.

—La cocina de Piper no es un lugar grandioso para el desayuno de una boda.

Alba consideró detenidamente su respuesta.

—Si los franceses no hubieran invadido mi país y yo me hubiera casado en España, mis padres habrían dado un fastuoso banquete, en nuestra bodega. Habrían asistido invitados de todas las bodegas vecinas de Jerez.

Lamentando el ceño, que estropeaba su hermoso rostro, se apresuró a explicar.

—Sin embargo, me he casado con un hombre al que amo con todo mi corazón. Los invitados a esta mesa de cocina, en un rincón lejano de Escocia, son todos familiares. La única persona que falta es mi padre.

Él le tomó la mano por debajo de la mesa.

—Pero esto es lo que tu padre quería. Creo que él sabía, antes que nosotros, que estábamos destinados a estar juntos.

—No, esposo mío, lo supe tan pronto como te vi.

Él pasó la mano por su falda escocesa y la colocó en su lugar más íntimo.

—Bueno... Admito que mi cerebro pensó que eras un muchacho, pero mi cuerpo me dijo que eras una muchacha. Todavía lo entiende, como puedes ver.

Tavish inesperadamente hizo un gran espectáculo al aclararse la garganta.

—No tengo intención de dar un discurso, excepto para decir que mi hermano claramente desea llevarse a su hermosa novia, escaleras arriba.

El calor subió al rostro de Alba, pero Payton le sostuvo la mano firmemente sobre la carne cálida bajo su falda escocesa.

Tavish sonrió.

—Pensándolo bien —continuó, levantando su vaso de *Uachdaran*—, únanse a mí para brindar por un hermano valiente del que estoy orgulloso y su astuta nueva esposa... ¡Por Payton y Alba!

Mientras los demás repetían el brindis, Alba estaba de repente en los brazos de Payton.

—Te lo agradezco, Tavish —bromeó—. Por darme permiso para comenzar mi vida matrimonial.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, mientras él la llevaba escaleras arriba, acompañada de carcajadas desde abajo.

* * *

Payton levantó a su novia sobre el umbral del dormitorio, donde había dormido durante años. Cuando eran pequeños, los tres hermanos compartían la habitación. Tavish finalmente consiguió su propio dormitorio. Después de la muerte de sus padres, cada hijo obtuvo su privacidad.

Una vez, Payton pensó que llevaría a Catriona Neish a su guarida. Es curioso cómo la vida

puede dar giros inesperados.

—*Un centavo por tus pensamientos* —bromeó Alba, devolviéndolo al presente.

De repente, él vio el estrecho dormitorio, a través de los ojos de su novia.

—Sabes que esto es solo temporal.

—¿Temporal? —repitió ella.

Al darse cuenta que él había dado una impresión equivocada, se esforzó por explicarlo.

—Viviendo con Tavish y Piper... Construiré una cabaña. Cerca, pero solo para nosotros, para nosotros dos.

Ella le pasó un dedo por el pelo.

—Un lugar propio será bueno para nuestros hijos, pero mientras tanto estoy contenta de vivir aquí. Piper y yo nos llevamos bien, y ya he aprendido mucho sobre los bebés, ayudándola. Olvidas que he acampado bajo las estrellas durante años. Eres parte de esta casa y he soñado con acostarme contigo, en este dormitorio.

Había tenido sed durante horas de explorar el tentador vestido negro, y dejarla en el suelo significaba que había desperdiciado la oportunidad.

—Sí. Es muy grandioso. No tenemos una galería con retratos...

Ella le puso un dedo en los labios.

—Has dormido aquí desde que eras un *niño*.

—Sí.

—Entonces es apropiado que aquí sea donde me hagas tu esposa, en todos los sentidos.

Su polla hinchada saludó con aprobación la perspectiva.

—¿Cómo puedo quitarte este hermoso vestido? —preguntó.

* * *

—Tengo que admitirlo —susurró Alba, cuando el vestido desabrochado quedó doblado y arrugado bajo sus pies. La piel se le puso de gallina. Tenía la garganta demasiado seca para decirle a Payton que tenía miedo, por lo que desvió la mirada del intenso anhelo en sus ojos. Ya él se había quitado las botas y la mayor parte de la ropa. Cuando el kilt cayó...

—¿Admitir qué? —preguntó, mientras el kilt tocaba el suelo.

Ella había visto su prodigiosa lanza antes, incluso se la había metido en la boca.

—Pero... Eres un hombre grande —murmuró ella con el corazón acelerado, cuando él tomó el control.

—Sé que recibí algo generoso para... —Frunciendo el ceño, él hizo una pausa.

Ella lo había decepcionado.

—Soy un tonto insensible —dijo, acercándola a ella—. Sé que eres pequeña, pero te prepararé. Dicen que es doloroso la primera vez, no lo puedo negar.

La reconfortante calidez de su desnudez y el aroma almizclado, que ella amaba, aliviaron su nerviosismo. Habían discutido detalles íntimos de hacer el amor antes, cuando ella ansiaba su masculinidad dentro de ella, y él se resistía a sus súplicas.

—Ya estoy mojada, ahí abajo —confesó.

—Sí —gruñó y apuesto a que mi pequeño guerrero español pronto estará aún más mojado.

Ella nunca había entendido realmente el motivo de la decisión de su madre de casarse con Pedro Castillero y abandonar Escocia. Cuando Payton la llevó a la cama y comenzó a mamarla, supo que Olivia Castillero estaba consumida por el amor hacia su apuesto español.

* * *

Payton seguía diciéndose a sí mismo que debía ir despacio, pero el embriagador aroma de la excitación de Alba lo tenía nervioso. Sus dedos ansiaban sumergirse en la humedad de la que ella había hablado. Él ya anticipó el sabor de ella, en sus labios.

Esto podría matarlo, pero tenía que dejar que ella marcara el ritmo. En verdad, chuparle los senos no fue una dificultad. Le encantaba la forma en que sus pezones se convertían en pequeñas y duras nueces, bajo su lengua.

Un gemido gutural y un movimiento de caderas finalmente le hicieron saber que el lugar de su mujer necesitaba atención.

¡Por fin!

Le separó las piernas y se arrodilló entre ellas. Esta sería la última vez que miraría la apertura de una virgen. Descartando ese pensamiento, como si pudiera llevarlo al límite, inclinó la cabeza y succionó sus jugos, mientras apretaba sus pezones.

No tardaría mucho para que su apasionada partisana llegara, y hoy no sería la excepción. Mientras ella gritaba de satisfacción, él le levantó las caderas, se posicionó, y pensó para poder hacerlo bien.

—Ahora, ahora, Payton —jadeó.

Sin necesitar más estímulo, empujó hacia adentro. Ella dejó de respirar y gritó, cuando él rompió su virginidad. Se quedó quieto, tratando desesperadamente de ignorar las protestas de su codiciosa polla. Como esperaba, su vagina era alucinante, maravillosamente apretada y caliente. Sus caderas no estarían quietas.

—Te pertenezco ahora —susurró ella—. Ahora te pertenezco.

—Y yo a ti —afirmó, cuando su necesidad lo dominó. Empujó y se retiró, empujó y se retiró.

Esclavizado por los impulsos masculinos, más allá de su control, poco a poco, reconoció los signos de su excitación. Ella igualó su ritmo, golpe tras golpe. Su Alba había estado a la altura del desafío, emprendiendo el viaje con él. Cuando esas semillas irrumpieron en su cuerpo, los gritos de alegría de su esposa resonaron en su corazón.

Los diferentes caminos

En los días posteriores a la boda de Payton, Niven hizo todo lo posible por participar con un humor alegre, en las celebraciones. Kenneth organizó una cena de gala, en Lockie House, durante la cual Piper y Tavish revelaron que esperaban otro niño.

En general, las cosas en Glengeárr estaban mejorando. Tavish ahora contaba con Payton y Alba para ayudarlo con la expansión de la destilería. La gente de la pequeña aldea estaba orgullosa del escudo con bordes dorados del príncipe regente, y aún más orgullosa de haber engendrado a otra duquesa.

Sin embargo, los sentimientos de alienación plagaron a Niven. Ansiaba volver a Londres, donde tenía un puesto. Withenshawe escuchaba sus opiniones. Lo que él pensaba sí importaba. Si se quedaba en las Highlands, terminaría casado con una muchacha, a la que no amaba. O se convertiría en el tío soltero y anciano de los hijos de sus hermanos: otro Gregor. Por mucho que amaba al viejo, la perspectiva lo llenaba de pavor.

Cuando Kenneth y Cat embarcaran rumbo a Londres, él navegaría con ellos y haría su vida allí.

* * *

Preguntándose distraídamente, cuánto tiempo planeaba Justin dejarla desnuda y atada al enorme dosel, Jasmine reprimió su creciente excitación, y dejó que su mirada vagara por el opulento dormitorio.

Lujosas cortinas de terciopelo cubrían las enormes ventanas. Obras de arte de valor incalculable adornaban las paredes. En el hogar ardía un fuerte fuego. Poco a poco, ella había ido aceptando su negativa de permitir que trajeran desde Londres su arañada cómoda de cedro. De hecho, a ella le habían prohibido traer cualquier cosa de su antigua vida.

Aunque la vida en Berkshire era buena. Justin era un marido generoso. Había conseguido que a su padre se le prohibiera la entrada a las casas de juego de Londres, y también había pagado las deudas de su familia.

A sus padres no se les permitió visitar la finca de Berkshire, lo cual quizás fue lo mejor. Ciertamente, su madre no aprobaría los diversos aparatos, que Justin y ella tenían en su dormitorio.

Al principio se sorprendió, pero su marido resultó ser el tipo de hombre dominante, que ella necesitaba.

Su cuerpo palpitaba de anticipación, cuando él finalmente apareció en la puerta, desnudo y con el látigo en la mano.

* * *

—¿Alguna vez te has preguntado acerca de tu ex prometida? —preguntó Alba, trazando con las yemas de los dedos el muslo desnudo de su marido.

—Es una pregunta curiosa para un hombre que acaba de hacer el amor contigo —respondió adormilado.

Ella se acurrucó, en su calidez, sintiendo la necesidad de confesar algo ridículo.

—Me preocupo por ella.

Él se sentó y la miró con incredulidad.

—Para ser honesto, nunca pienso en ella. Esa mujer se merece todo lo que la vida le haya deparado.

—Un marido rico, según todos los indicios, y una mansión señorial.

—Warterdown no puede ser tan rico, como yo —aclaró—. Él no te tiene a ti.

—Espero que esté feliz —susurró Alba, incitándolo a acostarse—. Pero sigo pensando que ella fue una tonta al renunciar a ti.

—Bueno, yo sabía que no la amaba, incluso antes de conocerte. Esperemos que Carmichael se preocupe por ella. Ahora, basta de hablar de la señorita Foxworthy. Mañana recorreremos los campos de aquí y elegiremos un lugar para nuestra cabaña.

—Lástima que Niven y Kenneth se vayan. Podrían haberte ayudado con la construcción.

—Sí —asintió con nostalgia—. Sin embargo, Kenneth y Cat no pueden quedarse en Escocia. No sé exactamente qué decir sobre Niven. Supongo que tiene que seguir su propio camino.

Alba permaneció despierta un buen rato, contemplando el rumbo, que había tomado su propia vida. Dejar atrás su país y su familia había sido una decisión desgarradora, pero ella no lo habría querido de otra manera. Payton era su destino. Ella pertenecía a sus brazos, en este remoto pueblo escocés.

El fin.

Notas históricas

JEREZ ESPAÑOL

Este sitio web tiene un excelente diagrama, que explica el complicado proceso de elaboración del jerez:

<https://www.sherrynotes.com/2013/background/sherry-production-process/>

Una explicación del sistema Solera:

<https://www.sherrynotes.com/2013/background/sherry-solera-system/>

Para obtener más información sobre la “flor” del jerez:

<https://www.sherrynotes.com/2013/background/flor-sherry-yeast/>

LA ARMADA ESPAÑOLA

Artículo extenso y con muchos detalles interesantes:

<https://www.britishbattles.com/the-spanish-war/the-spanish-armada/>

Más sobre el barco español que naufragó cerca de Tobermory, en Mull:

<http://www.thesonsofscotland.co.uk/thespansharmadainscotland.htm>

GIBRALTAR

https://en.wikipedia.org/wiki/Strait_of_Gibraltar

<https://en.wikipedia.org/wiki/Gibraltar>

INVASIÓN NAPOLEÓNICA A ESPAÑA

Esta es una línea de tiempo útil. Echa un vistazo al 25 de agosto de 1812, fecha en la que las tropas francesas abandonaron el asedio de Cádiz. La última guarnición francesa en España no se rindió hasta el 4 de junio de 1814. Napoleón había abdicado, en el mes de abril anterior:

https://en.wikipedia.org/wiki/Timeline_of_the_Peninsular_War#1812

GUERRA DE GUERRILLAS EN ESPAÑA

Estoy en deuda con el mayor José de la Pisa de la Infantería de la Marina española por su excelente disertación sobre la resistencia española, durante la guerra de la independencia:

<https://apps.dtic.mil/sti/pdfs/ADA600639.pdf>

ARMAMENTO FRANCÉS

https://en.wikipedia.org/wiki/Gribeauval_system

EL GENERALÍSIMO BALLESTEROS

Basé este personaje en una figura histórica real (con algunos ajustes):

http://www.historyofwar.org/articles/people_ballesteros_francisco.html

TRATO DE LOS NOBLES

Si un plebeyo habla con un duque o una duquesa, se espera que se dirija al noble como Su Gracia. Aunque un noble puede llamar a otro por su título. Así, el enigmático conde de

Waterdown se siente con derecho a dirigirse a Maureen Hawkins como duquesa.

“APAGAR” MIS LUCES SUPERIORES

Este es solo uno de los arrebatos de curiosidad de Kenneth. Quizás recuerdes de inmediato, la peluca y los botones del pantalón del libro anterior, *[Tavish en busca de una novia rica](https://whynow.co.uk/read/susie-dents-top-tens-10-brilliant-swearwords)*:
<https://whynow.co.uk/read/susie-dents-top-tens-10-brilliant-swearwords>